

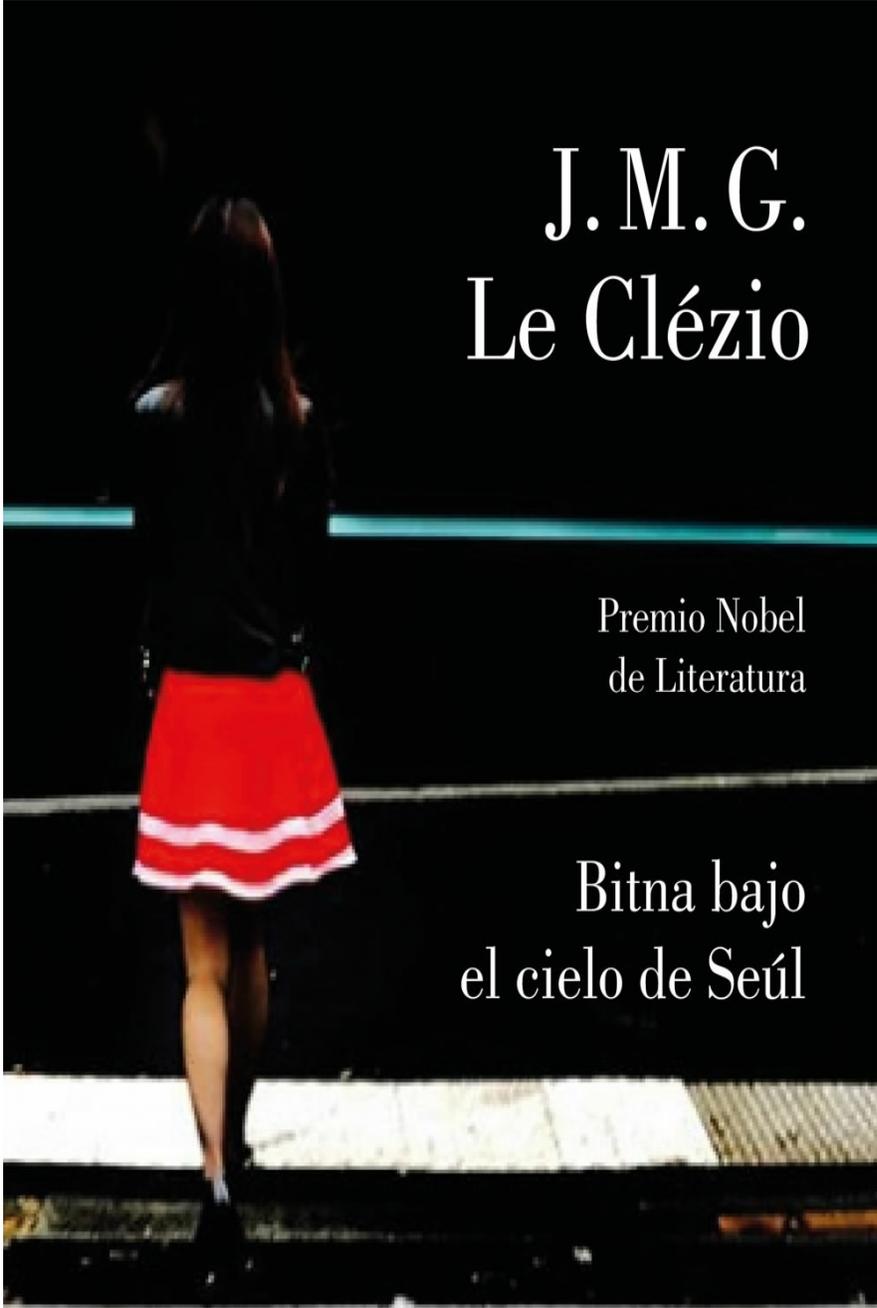


J. M. G.  
Le Clézio

Premio Nobel  
de Literatura

Bitna bajo  
el cielo de Seúl

Lumen



J. M. G.  
Le Clézio

Premio Nobel  
de Literatura

Bitna bajo  
el cielo de Seúl

Lumen

# Bitna bajo el cielo de Seúl

Jean-Marie Le Clézio

Traducción del francés de  
María Teresa Gallego Urrutia y Amaya García Gallego

Lumen

---

*narrativa*

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial

El día menos pensado volveremos a vernos  
bajo el cielo de Seúl.

Refrán seulita

Me llamo Bitna. Pronto cumpliré dieciocho años. No puedo mentir porque tengo los ojos claros y se me notaría enseguida en los ojos. También tengo el pelo claro, hay quien piensa que me lo decoloro con agua oxigenada, pero nací así, con el pelo de color maíz, porque mi abuela padeció una serie de carencias después de la guerra y mi madre también. Nací en el sur, en la provincia de Jeolla-do, en una familia de vendedores de pescado. Mis padres no son ricos, pero cuando acabé la enseñanza secundaria quisieron darme la mejor formación que fuera posible y buscaron una universidad Sky (una universidad del cielo)[1] y pidieron un préstamo. Al principio no tuve problemas de alojamiento porque mi tía (la hermana mayor de mi padre) accedió a alojarme en su piso diminuto del barrio Yongse, muy cerca de la universidad, compartiendo habitación con su hija, llamada Paek-hwa, aunque, a decir verdad, ese nombre de flor inmaculada no le pega en absoluto. Doy estos detalles porque esa situación y esa convivencia fueron el origen de mis posteriores aventuras y perfeccionaron mi formación no menos que las clases de mis profesores, pues en ese cuartito descubrí cuánta perversidad, cuánta envidia, cuánta cobardía y cuánta pereza puede albergar una persona.

Paek-hwa tenía algunos años menos que yo y no tardé en darme cuenta de que me habían invitado a vivir en esa casa para cuidarla. Al principio me pedían cosas sencillas: «Bitna, tú que eres tan sensata, ¿te importaría ocuparte de que tu prima haga los deberes (o de que ordene su cuarto, o ayude en las tareas de la casa, o rece sus oraciones, o se lave la ropa interior, etcétera?)»; y, poco a poco, las sugerencias se fueron convirtiendo en recomendaciones más imperiosas («Pero bueno, si ya sabes que tienes que dar ejemplo») y, al final, en órdenes puras y duras: «¡Bitna! ¿Qué te hemos dicho? ¡Vete a recoger a tu prima y prepárale el almuerzo!».

Esta situación no tardó en volverse intolerable. Paek-hwa hacía lo que le daba la gana. A los catorce años lo único que le interesaba era su persona; se pasaba las horas muertas mirándose en un espejito de aumento para arremeter contra las imperfecciones de su cutis, rojezes y granos, que reventaba con bastoncillos de algodón para sacarles el pus, curar luego las heridas con pañuelos empapados de alcohol y acabar tapando las cicatrices con una capa de crema antiojeras y otra de base de maquillaje. ¡Se había convertido realmente en una experta en medicina cosmética!

Era una lucha constante, porfías interminables para decirle lo que tenía que hacer y que acababan invariablemente con voces y lloros, o con ataques de ira, cuando Paek-hwa agarraba lo que tuviera a mano para tirármelo a la cabeza o, a veces, por la ventana: platos, vasos e incluso cuchillos; y yo no me atrevía a mirar abajo a ver si había matado a alguien. Luego tenía que cargar yo con los desperfectos y también con los reproches de mi tía: «Eres una ingrata, con todo lo que hemos hecho por ti, todo lo que hemos hecho para ayudarte en la vida; si no fuera por mí, estarías mendigando en la calle; o tendrías que volverte con los pescadores esos tuyos, a Jeolla-do, a desescamar y destripar peces en el mercado». ¿Qué podía yo contestar a algo así?

Por entonces fue cuando empecé a viajar por la ciudad. Las clases en la universidad me tenían ocupada solo parte del tiempo. El resto lo dedicaba a caminar por las calles o a embarcarme en largos trayectos en autobús o en metro. Al principio, recorría las calles para olvidarme de los problemas familiares, de la suciedad de la habitación que compartía con mi prima y de los constantes reproches de mi tía. En cuanto salía del piso, en cuanto cerraba

de golpe la puerta metálica y bajaba las escaleras empinadas que conducían a la calle, se me quitaba un peso de encima, respiraba con más libertad, tenía energía en las piernas y sonreía.

La calle era mi aventura personal. En mi ciudad pequeña de la provincia de Jeolla-do nunca pasaba gran cosa. El centro constaba de una o dos calles nada más, con algunas tiendas, sobre todo de comida, y algunos restaurantes; toda la actividad concluía a las cinco de la tarde y el momento de mayor ajetreo era por la mañana temprano, cuando los tractores tiraban de las carretas, llenas de repollos y cebollas. Vivíamos al ritmo de las fiestas, tres veces al año: la fiesta de Chuseok, el Año Nuevo y la fiesta de los antepasados, cuando se asean las tumbas. Al llegar a Seúl, me pareció entrar en un nuevo mundo. Rodean los barrios amplias avenidas por las que circula un mar de coches y de autobuses que van en todas direcciones. En las aceras la muchedumbre es tan compacta que he tenido que aprender a andar sin tropezar con la gente que va en sentido contrario, lo cual, dado lo que abulto (mido un metro cincuenta y seis y peso cuarenta y tres kilos), supone dar brincos para esquivarla y, a veces, bajarme de la acera. Al principio iba con mi tía y mi prima a hacer los recados. Tenían una seguridad que me impresionaba. Nunca se bajaban de la acera, sino que, antes bien, se arribaban la una a la otra para formar un bloque compacto y avanzaban sin mirar a los lados. ¡Era la técnica del carro de combate! Yo me quedaba prudentemente detrás, en su estela. Miraba a todo el mundo a los ojos, que es algo que no se hace. Incluso, en los primeros tiempos, saludaba a los peatones por la calle, sobre todo a las personas mayores, hasta que mi tía me regañó: «Bitna, ¿por qué le sonríes a todo el mundo? ¿Quieres que te tomen

por una deficiente?». Paek-hwa se burlaba de mí: «¡Es de pueblo, no sabe nada de la ciudad!».

Durante ese primer año fue cuando cogí la costumbre de mirar a las personas sin que se dieran cuenta. No siempre resulta fácil. Hay que encontrar un buen punto de observación, a no mucha distancia, pero tampoco muy cerca. En el metro, está el reflejo en los cristales, pero no siempre es nítido y, además, la gente tarda bastante poco en localizarte porque cuando mira los cristales se topa con tu reflejo. Están mejor los autobuses porque van a la luz del día y puedes observar a través de las ventanillas. O bien las personas van en coche y entonces las ves desde arriba porque el autobús es más alto, o bien, cuando el autobús se para o circula despacio bordeando la acera, te da tiempo a verlas bien y a imaginarte montones de cosas sobre ellas. De dónde vienen, a qué se dedican, sus preocupaciones, sus problemas sentimentales, sus dificultades económicas, o, si no, lo que les pasó hace tiempo, sus recuerdos, su familia, sus penas.

Por entonces llevaba una libretita y apuntaba todo cuanto veía, con una descripción breve de las personas:

Una señora de unos cincuenta años. Lleva un abrigo negro un poco raído, zapatos bajos y un bolso de cuero de imitación con dos hebillas doradas, tiene el pelo gris y rizado, y arrugas alrededor de la boca. Vive en Gangnam, en un bloque de viviendas, está divorciada, su piso es muy pequeño, le gustaría tener un perro pero las normas lo prohíben. Es la señora Nah Mi-sook. Ha trabajado toda la vida en un banco, detrás de un cristal, contando billetes y haciendo transferencias. Dimitió antes de cumplir la edad de jubilación. Pensó incluso en suicidarse, pero le faltó valor.

Cuando arrancó el autobús se nos cruzó la mirada; pareció sorprenderse y apartó la vista; luego, un momento después, mientras el autobús iba despacio, me volví y ella me sonrió.

Una mujer joven, sola al filo de la acera, no hay parada de autobús, parece estar esperando a alguien, su novio viene a recogerla en coche, es ya muy tarde, tiene el entrecejo fruncido de impaciencia. Piensa que debería irse, pero sigue con los pies clavados al suelo, no consigue moverse, como en un mal sueño... Me gustaría llamarla señorita Koh Eun-yee, creo que le pega mucho ese nombre. A lo mejor mañana, si cojo el mismo autobús, el 660, sigue en el mismo sitio. El novio ha decidido romper, no le coge el teléfono y ella no se atreve a ir a su casa porque está casado.

Una anciana, seguramente viene del sur, reconozco esa tez renegrada por el sol, el trabajo en el campo le ha doblado la espalda, está aquí para acompañar a su hija y a su nieta al hospital, le da miedo llegar tarde a la cita, corre hacia el autobús, luego retrocede; tiene los ojos pequeñísimos, patas de gallo en las mejillas y un lunar en el dorso de la nariz. La hija se llama Yun-yin, lleva tres años casada con un revisor de tren, y la nieta se llama Yun-ja, su madre le ha puesto un nombre que se parece al suyo, aunque normalmente eso solo se hace entre hermanas; también tiene un nombre cristiano, Maria, porque el revisor es cristiano.

Apunto los nombres y los sitios como si tuviese que volver a ver a esas personas, pero sé muy bien que no volveré a verlas nunca; la ciudad es tan grande que podrías caminar por ella un millón de días sin encontrarte dos veces con la misma persona, incluso aunque el refrán diga: «El día menos pensado volveremos a vernos bajo el cielo de Seúl».

Más adelante encontré el sitio ideal para observar a la gente. La gran librería de Jongno; al acabar las clases, cojo el metro para ir ese sótano donde están todos los libros. Eso de tener a mano todos esos libros era algo que no podía creerme porque donde vivimos, en Jeolla-do, no había dinero para

comprarlos, solo tenía los de la escuela, que estaban muy usados, sucios, pringosos, con las páginas llenas de garabatos de todas las generaciones de alumnos por cuyas manos habían pasado. Así que una vez descubrí aquel mundo ya no pude prescindir de él. Todos los días, al salir de clase, iba a la librería y me quedaba en un rincón para mirar los libros y a las personas. Me gustó enseguida la sección de libros extranjeros. Cogía los tomos al azar de las estanterías y empezaba a leerlos. Leí las novelas de Dickens, había una que me gustaba mucho, *El grillo del hogar*. Empezaba a leer y todo cuanto tenía en torno desaparecía; oía la música del gran caldero puesto a la lumbre y el canto del grillo que silbaba en la ceniza por algún sitio, sin que se lo pudiera ver, y me imaginaba que me hallaba en esa habitación espaciosa, junto al fuego, y escuchaba la voz de Charles Dickens, que me contaba aquella historia solo a mí, en lengua inglesa. O, si no, eran las novelas de Mazo de La Roche, *El nacimiento de Jalna*, o también Margaret Mitchell, *Lo que el viento se llevó*, y más adelante encontré la colección de cuentos de Edgar Allan Poe y leía *El gato negro*, *El retrato oval*, las palabras me embujaban, olvidaba qué hora era. Leía también los libros en francés, porque desde hacía dos años había decidido aprender ese idioma, tan dulce y musical. Solo había unas cuantas antologías y, entre ellas, los poemas de Jacques Prévert, que me gustaban mucho.

A veces se acercaba un joven, se colocaba a mi lado, me miraba leer y lo hacía de forma tan insistente que no me quedaba más remedio que apartar los ojos del libro. «Disculpe —decía—, pero la tienda cierra dentro de cinco minutos.» Yo me alteraba, me ruborizaba, trataba de encontrar una explicación: «No consigo decidir qué libro voy a comprar, lo siento mucho». Él asentía cortésmente con la cabeza como si no tuviera importancia. «No, no, no hace falta que lo decida ya, puede volver mañana.» No era muy alto, tenía unos ojos bonitos, negros y almendrados, y la nariz fina; pensé que

también podría incluirlo un día entre mis personajes favoritos. Me inventé enseguida un nombre para él, lo llamé señor Pak.

Fue en la librería donde empecé de verdad a observar a la gente. El autobús, el metro o las aceras no eran sitios adecuados, porque las personas se movían demasiado deprisa y se marchaban corriendo. O, al contrario, se paraban y era yo quien se convertía en la observada, que era lo más terrible que me podía suceder, porque lo que quería en realidad era ser invisible, ver sin que me vieran.

Un día, sin embargo, algo cambió en mi vida. Acababa de devolver un libro a la estantería tras haberle echado una ojeada, cuando el señor Pak se acercó a hablar conmigo.

—Venga —me dijo—. Tengo algo que enseñarle.

No sabía lo que quería, pero fui tras él dócilmente. A lo mejor supuse por un instante que iba a proponerme que trabajase en la librería, y ese era mi sueño, porque me encanta leer y me hacía mucha falta el dinero. Mi tía no paraba de decirme a la primera de cambio: «Nos sales muy cara, tenemos que buscar una solución para que te pagues los estudios y el alojamiento». Mi prima lo sabía y se portaba aún peor; lo desordenaba todo aposta en el cuarto para disfrutar viéndome recogerlo después.

El señor Pak abrió un cajón de su escritorio y me enseñó una carta. Estaba escrita a máquina y decía exactamente esto:

Me llamo Kim Se-ri, pero prefiero Salomé, ya no puedo salir de casa por la enfermedad. Espero a quien venga a contarme el mundo, me gustan mucho las historias. Este es un anuncio serio, a cambio de las historias que usted me cuente, le pagaré un buen sueldo.

A continuación había un número de teléfono.

El señor Pak me alargó la carta y yo la cogí sin pensar, la doblé y la metí en la mochila, con los libros y los cuadernos de la clase de inglés. Estuve unos días sin pensar en ello y cuando volví a encontrar la carta, descolgué el teléfono y llamé a Salomé.

## Primera historia narrada a Salomé, abril de 2016

En primavera, cuando los capullos empiezan a brotar y sopla el «viento de anhelo de flores», el señor Cho Han-soo saca sus jaulas de palomas a la azotea del bloque donde vive. El señor Cho tiene permiso para hacerlo porque es el portero y es el único que tiene la llave para salir a la azotea. El bloque es un edificio grande de la década de 1980 que forma parte del complejo al que llaman —no sé muy bien por qué, puede que por estar tan lejos de cualquier atisbo de suerte o de felicidad— Good Luck! (así, en inglés, con signo de exclamación y todo). Carece por completo de estilo, con miles de ventanas idénticas, cientos de terracitas donde los inquilinos tienden la colada para que se seque al pálido sol que se cuele a través de los paneles acristalados. El bloque del señor Cho tiene el número 19 pintado en negro en la pared ciega. Tiene el número 19 porque hay otros dieciocho casi iguales, el diecinueve es el mejor, en lo alto de la colina que domina Yongsan.

Cuando está en la azotea, en la vigésima planta, el señor Cho mira la ciudad que tiene alrededor, los enormes bloques de cemento que emergen en la bruma. En primavera, el sol ya calienta y a las palomas enjauladas las ponen nerviosas el viento tibio y los olores que suben de todas las ramas de los pinos circundantes. Arrullan y se empujan en las jaulas, estiran el pescuezo para intentar mirar fuera, se olvidan de la cuadrícula de rejilla que está clavada en los laterales de las jaulas. Hay gente que dice: «¡Las palomas son los animales más tontos de la

naturaleza!». Para sustentar tal afirmación, hablan de esas aves que intentan escaparse a través de un agujero tan pequeño que apenas les cabe medio pico. «¿Se ha fijado usted de qué tamaño tienen el cerebro?», dicen. ¿De qué sirve discutir? El señor Cho ya intentó un par de veces llevarles la contraria: «Pero vuelan; ¿se imagina usted lo que es volar, algo tan distinto a conducir un coche o resolver un sudoku?». La gente, los vecinos, las personas que viven en el edificio e incluso los porteros de los demás edificios conocen la obsesión del señor Cho con sus palomas.

Durante el invierno, todo descansa, las palomas y el señor Cho, como en un letargo perezoso. El señor Cho tiene un acuerdo con el gerente de Good Luck! Es el portero, pero sin sueldo. En lugar de cobrar un sueldo, le permiten quedarse con sus palomas mensajeras y subirlas a la extensa azotea del edificio para que les dé el aire. «¡Pero tiene que estar pendiente de que no ensucien nada y no puede meterlas en el ascensor!» El señor Cho acepta. Por supuesto que recibe un trato de favor del gerente, pero es porque el señor Cho es policía retirado y en un bloque de viviendas siempre viene bien tener a un policía. El señor Cho es portero del 19 desde hace cinco años, pero antes vivía en el campo, en una aldea de Ganghwa-do, cerca de la frontera con Corea del Norte. Es la aldea donde creció, su madre atravesó la zona de combate, se refugió en esa península y allí se quedó, cultivando cebollas y patatas, primero de jornalera y luego se casó en segundas nupcias con el dueño de la explotación. Cuando el señor Cho era pequeño ya no había guerra pero tampoco había llegado del todo la paz. Había soldados por todas partes, las carreteras solo servían para

que circularan los tanques y los camiones, había una base estadounidense no muy lejos. Lo único que sabe de la comarca de su madre, de sus abuelos y de su padre es el nombre, Gaesong. Al señor Cho su madre le contó algunas cosas de su abuelo, un hombre alto y muy guapo, de piel muy morena y pelo abundante, que era cantante de pansori. También era propietario, por matrimonio, de una plantación de perales. Un hombre rico, decía su madre, autoritario pero generoso. ¿Qué fue de él después de la guerra? Pues se murió hace ya tiempo y ahora nadie se acuerda de él a este lado de la frontera, excepto él, el señor Cho, porque escuchó todo lo que su madre le contaba, y cuando ella murió a su vez, se llevó consigo esos recuerdos. El amor que siente el señor Cho por las palomas se lo debe a ella. Cuando su madre cruzó la línea de demarcación, se llevó una pareja de palomas mensajeras que había criado su padre, cargadas a la espalda, como su hijo, metidas en una bolsita llena de agujeros para que pudieran respirar. Lo hizo para que un día pudieran volar a su país natal y llevarle noticias a la familia que se había quedado del otro lado. Sin embargo, pasó el tiempo y la madre del señor Cho no tuvo valor para mandarlas allí de vuelta, vivieron de este lado de la frontera, se hicieron viejas y acabaron muriéndose. Pero mientras tanto, tuvieron muchos hijos, que son las palomas que cría el señor Cho para que algún día, quizá, lleven a cabo su misión. No se lo ha contado a nadie, ¿quién iba a creer que la tercera o la cuarta generación de aves conserve el recuerdo de su país de origen?

Es por la mañana, no hay un momento mejor para las palomas. El señor Cho ha subido las cinco jaulas, una tras otra; en cada jaula hay dos

parejas de palomas separadas mediante un tabique de cartón grueso. Cada pareja tiene algo así como un apellido, y cada miembro de la familia, su propio nombre. Puede parecer un detalle baladí. La señora Li, la vecina del señor Cho, le comentó un día: «¿Por qué les pone nombre a los pájaros esos? ¿Acaso las palomas saben cómo se llaman? ¡Ni que fueran perros!». El señor Cho la miró con cara de reproche: «Pues claro que saben cómo se llaman, señora. Son mucho más inteligentes que su perro, si quiere saber mi opinión». La señora Li no da su brazo a torcer. Le gustan los enfrentamientos y se alegra de que, por una vez, el señor Cho se digne hablar. «Es lo más ridículo que he oído en mucho tiempo —dice—. ¿Qué tienen sus palomas que no tenga mi perro?» «Vuelan, señora», dice el señor Cho, y es una respuesta categórica que le cierra el pico a la señora Li. Más tarde, la mujer piensa: «Tendría que haberle dicho que volar no significa ser inteligente y que, por otra parte, si Ranita (así se llama su perro, porque es pequeño, orondo y paticorto, y tiene una voz que parece más de rana que de perro) tuviera alas, sabría volar».

Así pues, aquella mañana de primavera, el señor Cho subió las cinco jaulas a la azotea. No cogió el ascensor porque, como es el portero, respeta el acuerdo que tiene con el gerente de Good Luck! de no meter las palomas en la cabina del ascensor. Se arriesgaría a que lo amonestara el banco propietario del edificio, tras recibir la queja de algún vecino malintencionado so pretexto de ser alérgico a las plumas de paloma. Acabarían discutiendo y al señor Cho no le gustan las discusiones.

El señor Cho llega a la azotea jadeando porque ha tenido que subir cinco veces los veinte pisos hasta la azotea y calcula que equivale a unos cuatrocientos peldaños en cada viaje, es decir, dos mil peldaños en total. El señor Cho ya no es ningún niño. Ya ha superado la edad de jubilarse, después de treinta años de servicio en la policía, y nota en las piernas y en los pulmones que ya no tiene veinte años, ni siquiera treinta y cinco. Así que al llegar a la azotea se toma un respiro, sentado en la base de una boca de ventilación, mientras mira el paisaje de la ciudad que emerge despacio de la bruma matutina. Dentro de un instante, verá claramente Namsan y la aguja de la torre de radio y, un poco más allá, la serpiente grande y brillante del río Han y, aún más lejos, las siluetas de los rascacielos de Gangnam y las cintas de las autopistas. Es un domingo de primavera, todavía es temprano y el ruido de la ciudad está atenuado, como si todo el mundo contuviera el aliento por lo que va a pasar ahora.

Es el momento. Las palomas lo esperan cada vez más impacientes, dando vueltas en el estrecho compartimento de las jaulas, intentan aletear y el sonido de las plumas remeras emite un silbido que las impacienta aún más. El señor Cho lo siente en su propio cuerpo, como un fluido eléctrico que le recorre los miembros, se exagera en la yema de los dedos y le eriza los pelillos del dorso de la mano. Se acuclilla delante de las jaulas, les habla a las aves, recita lentamente sus nombres, uno tras otro:

Raposa, y tú, muchacho, Pinzón,  
Azul, y tú, Petirrojo,

Cohete, Flecha Blanca,  
Luz, Luna,  
Mosca, Cigarra,  
Viajera, Presidente,  
Acróbata, Ardilla,  
Diamante, Dragón Negro,  
Cantora, Rey,  
Bailarina, Sable

Le gusta mucho llamarlas por su nombre, acercando la cara a las jaulas y, una tras otra, el ave nombrada deja de rebullir, echa la cabeza hacia atrás y lo mira con sus ojos amarillos. Para el señor Cho es como recibir una confidencia, una frase de gratitud al tiempo que una promesa. ¿Promesa de qué? No sabría decirlo, pero es lo que sucede: algo que se une a él y le rememora el pasado, algo como un sueño que se reanuda al cabo de unos días durmiendo.

Ha llegado el momento. El señor Cho abre una caja alargada de hojalata, parecida a un plumier de escuela. Dentro hay una serie de mensajes que ha preparado, escritos a mano primorosamente en un papel de arroz muy fino, casi translúcido. Son mensajes que el señor Cho ha meditado mucho antes de trazarlos. No quiere escribir así como así. No se trata de una mera diversión, aunque su hija Soo-mi aproveche para hacerle rabiar: «¿Qué, papá, escribiéndole a tu novia?». O bien: «¡Que no se te olvide poner tu número de teléfono!». Ella, claro está, no se lo cree. No es propio de su generación ni de las personas mayores que viven en el mismo bloque. Son personas de su tiempo a

quienes les importan un comino las quimeras del señor Cho. Tienen internet, escriben con el móvil o en la pantalla, utilizan el correo electrónico. Hace mucho que ni siquiera escriben cartas. Aunque a Soo-mi, hace unos años, le gustaba mucho escribir cartas. El señor Cho recuerda que hasta compuso algunos poemitas para que su papá los enrollase como cigarrillos y sujetase las cápsulas a las patas de las palomas. Y luego se le pasó. Cuando se mudaron a este bloque, en el centro de esta ciudad tan grande, dejó de creer en las palomas y en sus mensajes, se volvió como todos los demás.

Es la hora. El señor Cho abre la jaula donde está Dragón Negro, lo coge delicadamente, lo sujeta en el hueco de las manos, nota lo deprisa que le late el corazón en el pecho, la tibieza suave del vientre y las patas frías. Con la yema de los pulgares acaricia al ave, se la acerca a la cara y le sopla en la cabeza, en la punta del pico. La paloma entorna los ojos, luego los abre y se le dilatan las pupilas porque ha comprendido que ha llegado el momento de hacer lo que sabe hacer, volar.

Se ha levantado el viento, una mezcla de suavidad y de aspereza, el señor Cho conoce muy bien ese momento del año, su favorito, el «viento de anhelo de flores», el recuerdo de la nieve mezclado con el perfume de las tímidas flores de pruno que se abren en el valle. Aquí no hay prunos, solo plantas en maceta, que algunos vecinos de Good Luck! cuidan en sus ratos libres. Y abajo, bordeando el edificio, algunos magnolios sin flores.

Dragón Negro se sacude en los brazos de su amo; debajo del plumón,

el señor Cho nota el corazoncito que se agita como un cascabel. Le sopla despacio en el pico, le murmura palabras de ánimo, no frases, solo palabras que elige con esmero, palabras suaves, palabras redondas, palabras livianas. «Viento», «espíritu», «luz», «ala», «amor», «regreso», «hierba», «nieve»... Para Dragón Negro, solo se le antojó una palabra: «esperanza», y para su compañera Diamante, eligió «deseo» porque también significa «viento». Dragón Negro escucha, en los ojos amarillos se le dilatan las pupilas y en lo hondo del buche el señor Cho oye rodar guijarritos, son las palabras de su idioma, del idioma solo del buche porque todo el cuerpo del ave tiene ganas de hablar con las remeras, con las alas, con las plumas de la cola, hendir el aire y hablar sumergiéndose en las corrientes. Lentamente, el señor Cho se acerca al borde de la azotea, tiende los brazos como si estuviera ofreciéndole el ave al cielo. ¡Fuff! Dragón Negro se lanza, primero cae hacia la calle y de pronto se recupera, gana altura planeando y empieza a volar por encima de los edificios, en dirección al sol naciente.

En la jaula, Diamante se impacienta. Ha oído el batir de alas, ahora le toca a ella, lo sabe, llama al señor Cho. Cuando este la coge con ambas manos, le da picotazos, para decir: «¡Que me sueltes, imbécil! ¡Mi amor ya está en el cielo, déjame ir con él!». Al señor Cho no le hace falta ir hasta el borde de la azotea. Abre las manos y Diamante se lanza a su vez, es más liviana que su macho, sube en línea recta hacia el cielo, dibuja un arco por encima de la avenida y al poco desaparece en la luz. El señor Cho no puede seguirla con la mirada, tiene la vista frágil, le lagrimean los ojos con la fuerza del sol.

Entonces el señor Cho inicia la larga espera. Sabe que puede durar

horas, a veces incluso hasta la noche. Se sienta en la azotea junto a las jaulas, cierra los ojos y trata de imaginarse lo que ven Dragón Negro y su compañera Diamante, por encima de la ciudad. Los elevados edificios de cristal, que se alzan como acantilados de vidrio, las cintas de las autopistas y, a continuación, el ancho río. La energía que se les ha ido acumulando en las alas durante varias semanas de confinamiento se transforma en fuerza eléctrica, las alas se les mueven a toda velocidad, las corrientes del viento los empujan hacia arriba y las depresiones heladas que hay sobre el río los hacen zambullirse. Dragón Negro guía en cabeza hasta el río y luego se adelanta Diamante, sigue la ribera hasta el puente, hacia la isla. Hay otras aves en el cielo, más abajo, pardelas, gaviotas y, cerca de la isla, grupos de patos. Las palomas no se detienen, dibujan círculos por encima del agua, la superficie espejea al estremecerse, las matas de hierba y los juncos se inclinan con el viento, en el enorme puente los coches están parados por culpa del atasco matutino, rumor de bocinas, o bien los gritos de los patos, o incluso la llamada del tren que cruza el río lentamente. Para que le haga compañía durante esa espera tan larga, el señor Cho se ha traído a su inquilino más viejo, una paloma que conoció a su madre, puede que uno de los hijos de la pareja inicial. Se llama Chochongsa, «piloto», porque volaba tan alto como un avión. Pero ahora está ciega y parálitica por la artrosis, así que se queda en las manos de su amo sin moverse, se limita a respirar el viento y a notar la caricia del sol en las plumas.

Salomé aplaudía. Le brillaban los ojos. Esbozó algunos ademanes, pero la mano izquierda le fallaba y en lugar de tocarse la frente, se dio un manotazo en la nariz e hizo una mueca muy fea.

—Ahora querrá descansar un poco, ¿no? —le dije.

Salomé es alta y flaca pero por culpa de su enfermedad está muy encorvada en la silla de ruedas. Se tapa las piernas endebles con una manta escocesa para que no se vea que lleva pañales. A pesar de todo, se lo toma con humor. Dice: «¡Es para que no se vea que me tiemblan las piernas, no quiero perder la felicidad!». [2] Es cierto, yo también conozco esa leyenda. Me gusta que tenga el coraje de burlarse de sí misma.

Insisto:

—Debe de estar cansada...

—No, estoy bien.

Buscó un motivo para no estar contenta del todo, era su forma de ser. Lo único que se le ocurrió fue exigir nombres:

—Me ha gustado mucho la historia, me siento como si yo también pudiera volar igual que las palomas del señor Cho, por encima de la ciudad. ¡Qué ligera me siento! —Soltó una risita sarcástica—. ¡Pero quiero saber los nombres!

No la entendí del todo.

—¿Nombres? ¿Qué nombres?

Hizo un ademán de impaciencia.

—Los nombres de los lugares por donde vuelan esas palomas tuyas, ¡dígame los nombres!

Entonces me inventé los nombres, todos los nombres que me sabía de la ciudad, y también nombres que no existen, lugares que nunca he visto, que he vislumbrado en mis sueños.

Dragón Negro y Diamante sobrevolaron los edificios hasta el río Han y luego pasaron por encima de Yeouido, de las casas estatales, grandes y blancas, de los parques donde los ancianitos llevan de paseo a sus nietos los domingos por la tarde, viraron lateralmente y ahí van, por encima del largo puente Seogangdaegyo, con los millones de coches corriendo uno tras otro como insectos. No se detienen ahí, pasan por encima de la isla de los patos y luego retroceden, bordean el río y después, el canal, van a Myeong-dong, por encima del hotel Savoy, hay montones de calles embotelladas, de callejuelas aún a oscuras, pasan junto a la gran montaña, a lo mejor Diamante hubiese querido pararse un momento en los pinos de la montaña, le encanta el olor de las agujas, le gustaría que Dragón Negro se decidiera a construir un nido, quizá algún día, pero él aletea deprisa, dibuja una amplia curva hacia Jongno, hacia la torre de la librería Kyobo, juntos vuelan hacia Insadong y luego hacia los jardines de Changgyeonggang, por encima del jardín secreto, el agua de las lagunitas brilla al sol, huele a árboles, a flores, el viento que baja de la montaña los empuja hacia atrás, están encima de Dongdaemun, de Samcheong, y el señor Cho, en la azotea polvorienta de su bloque, puede imaginarse lo que ven, los tejados tradicionales de brillantes tejas esmaltadas, los jardines, los patios cuadrados, a continuación las palomas vuelven cerca del palacio de Gyeongbokgung, hasta la estación de ferrocarril, descienden de nuevo hacia el sol, ya se está acabando el día, están cansadas después de tanto

vuelo, trazan un semicírculo más en torno a los edificios de Samsung y el viento del río, o bien el viento solar, las devuelve hacia la elevada silueta que está pegada a la colina del Dragón, hacia la azotea donde las espera el señor Cho.

Salomé tenía la cara congestionada; mientras yo decía los nombres, cerraba los ojos y se deslizaba por el aire con la pareja de palomas, se escapaba de una calle a otra, sentía la corriente de aire del río, oía el ruido mezclado de los coches, los camiones, los autobuses y también el estruendo del metal del tren que se desliza por su surco cerca de la estación de Sinchon.

Me había inventado los nombres:

Songsi, Myeongju, Cheonggang, Pyeolhae, Paramgebi, Tokhae, Hongro...

No significaban nada, pero Salomé creía en ellos, sus manos demasiado blancas se aferraban a los brazos de la silla, como si hubiese despegado y se deslizara bajo las nubes...

Después, Salomé se escurrió un poco por el respaldo de la silla de ruedas, los ojos cerrados le teñían de azul los párpados blancos, se quedó dormida. Muy despacito, sin hacer ruido, me puse de pie, cogí el sobre de billetes de cincuenta mil won que llevaba escrito mi nombre con letras grandes y desiguales,

*BirNA,*

abrí la puerta del estudio y salí a la calle.

Por aquel entonces, las cosas empeoraron mucho en casa. Las broncas eran cada vez más frecuentes, en parte porque mi querida prima, la encantadora Paek-hwa, había empezado a salir de noche, a relacionarse con chicos, en resumen, a convertirse en una joven muy poco formal.

—Tú que tienes experiencia en la vida —decía mi tía dirigiéndose a mí (¿de qué experiencia hablaba?)— deberías decirle que rectifique su comportamiento, en el colegio ya no estudia y dice incluso que quiere dejarlo, que eso no sirve para nada.

No es que yo no lo hubiera intentado. En el fondo, me daba un poco de lástima esa chica que siempre había sido la niña mimada de su familia y que no sabía nada de la vida. La estuve sermoneando una tarde, a la salida del colegio, donde había ido a esperarla. Fuimos a un café Lavazza, en Hongik. Se sentó en la terraza para poder fumar.

—Quizá no deberías fumar con lo joven que eres —le dije.

—¿Acaso no fumas tú?

—A tu edad aún no fumaba.

—¿Y ahora qué ha cambiado?

Lo dejé estar. Al fin y al cabo, que fumase en público o a escondidas no era asunto mío.

—Haz lo que te parezca, pero no te esfuerzas nada en clase.

—¿Cómo lo sabes?

—Oye, he visto tus boletines, faltas muchísimo a clase, tienes unas notas catastróficas.

—¿Y qué te importan a ti mis notas?

De pronto, la conversación subió de tono, se inclinaba hacia mí, yo veía cómo se le dilataban las pupilas y se le hinchaban de ira las venillas de las sienes.

—¡A ti, que no eres nadie, que no eres más que una pueblerina, y que por ir a la universidad te crees más que todo el mundo! ¡Vuélvete al Jeolla-do ese tuyo, vete a pescar calamares!

De pronto, me pareció fea y vulgar. La oía insultarme y no podía dejar de pensar que era como mi tía con veinte años menos, tenía la misma cara ancha, la barbilla huidiza, la frente estrecha. Todo lo que me decía, lo de volverme a pescar, lo había sacado de mi tía, que debía de decir lo mismo en cuanto me daba la vuelta.

Tomé una determinación. Con el dinero de Salomé, me alquilé un cuartito en otro barrio, en la colina que domina Sinchon. Lo bueno es que el cuarto contaba con una entrada independiente y no tenía que ver a la casera. Era solo una habitación en un semisótano, con un lavabo viejo y una taza de retrete separados con una cortina de plástico. Aunque fuera un poco húmeda y oscura, era mi casa, ya no tenía que oír los lloriqueos de mi prima, ni los reproches de mi tía, ni los ronquidos de su marido. Iba a clase, me compraba cositas para comer, una Coca y cigarrillos, y era la persona más feliz del mundo. Nunca me había imaginado lo bien que se estaba sola, totalmente sola, sin la obligación de ver a nadie en absoluto. No puedo entender a esas chicas que se quejan de no tener amigas y de sentirse solas. No saben lo felices que son. Ni siquiera necesitaba echarme novio. Todos los chicos que conocía me parecían unos idiotas y unos creídos. Auténticos creídos a los que mimaban su mamá, sus novias, sus hermanas mayores y sus profes. No les importaba nada salvo ellos mismos, se pasaban casi todo el tiempo

peinándose, perfumándose, comprobando si llevaban bien el pelo, haciéndose fotos con el teléfono. A los que se me acercaban o intentaban contarme sus rollos los mandaba a paseo, una crítica de nada bastaba para desanimarlos: «¡Tú y tus granos!», o si no: «¿Nunca te han dicho que tienes un olor muy fuerte?», y también: «¿De dónde has sacado esa cazadora? ¡Pareces un mecánico!». No hacía falta más, se volvían por donde habían venido. ¡Me recordaban a esos estafadores que engañan a la gente hablándole del otro mundo para llevarla a un lugar aislado fuera de la ciudad y robarle todo el dinero!

La única persona a la que me apetecía ver era Salomé. No porque me hubiese contratado para contarle historias, sino por la forma que tenía de escucharme, como si se bebiera mis palabras, como si toda su energía impotente le desbordara por los ojos. Fue ella quien me llamó por teléfono una mañana. Yo estaba en clase, vi aparecer su número en la pantalla pero no le devolví la llamada, y a la hora de comer, cuando estaba en el comedor universitario tomándome el tazón de sopa, volvió a llamarme.

—¿Moshi-moshi? —Era ella la que contestaba así—. La necesito, me gustaría oír cómo sigue la historia. ¿Por qué no me ha llamado?

—He tenido cosas que hacer en la facultad, me han encargado que organice un seminario sobre traducción.

Era verdad, aunque había estado liada sobre todo con la mudanza. No podía contárselo, habíamos decidido no hablar nunca de la vida real y eso me gusta; opino que la gente suele parlotear demasiado sobre cosillas suyas que a nadie más le importan. Salomé tenía graves problemas de salud, pero solo lo

mencionó una vez para explicar que no podía andar, que las enfermeras iban a su casa dos veces al día para mudarla y lavarla. Porque quería que yo entendiera por qué no podía salir a despedirme. Yo nunca había conocido a nadie en semejante estado. Incluso mi abuela, antes de morirse, podía andar, doblada por la mitad, solo para salir a dar de comer a las gallinas.

—La espero a usted esta tarde. Va a venir, ¿verdad?

No lo dudé:

—Esta tarde. A las cinco.

—Ay, Bitna, es usted un ángel.

Dijo esto último en inglés y al minuto siguiente me llegó al teléfono un muñequito muy curioso con una corona de pájaros bailándole alrededor de la cabeza.

Cogí el autobús hasta su calle, cerca del liceo francés, al sur de la ciudad. Hacía mucho sol y nunca me había fijado en lo bonito que era su barrio, con lujosos bloquecitos de viviendas rodeados de zonas ajardinadas, o bien chalets modernos. Había perros detrás de las tapias que ladraban ferozmente cuando pasaba delante de las portaladas. En ese barrio no solía haber peatones, no era como en la zona alta de Sinchon, donde casi todo el mundo va a pie o tirando de los carretones cargados de verdura y de las carretillas atestadas de cajas viejas de cartón. En el barrio de Salomé (yo solo había ido una vez), ni siquiera los coches parecían moverse. Estaban aparcados muy formalitos en las plazas pintadas en la calzada. Delante del portal del bloque de Salomé me pareció reconocer el coche, un Kia gris que la enfermera aparcaba pegado a la pared. Resultaba en cierto modo tranquilizador pero también, como todo lo que no cambia, angustioso, y estuve a punto de dar media vuelta. Fue el recuerdo de la voz de Salomé, esa voz tan seria cuando

decía: «¡Qué pasa luego, cuénteme qué pasa luego, por favor!», lo que me infundió valor para llamar a la puerta. La enfermera me hizo pasar, me quité las playeras y me puse las zapatillas de andar por casa que me ofrecía. No dijo nada, sobre todo no dijo: «La señorita Salomé la está esperando» (eran las instrucciones de Salomé, no decir nunca ninguna de esas frases trilladas). El silencio.

La habitación estaba bien iluminada con el último sol de la tarde, me alegré de haber elegido esa hora, no me habría gustado un ambiente oscuro y frío, con olor a enfermedad. Por el contrario, olía al té de jazmín que la enfermera nos había preparado y humeaba en la mesita de jugar a las cartas, al lado de Salomé. Daba una sensación de ritual, aunque no fuese más que la segunda vez, y me gusta todo lo que se parezca a un ritual. Crea en mí la necesidad de narrar, algo así como una impaciencia que me estremece las manos. Puede parecer vanidoso, pero cuando llegaba delante de su casa, tenía la sensación de que mi destino era darle a Salomé ganas de vivir. Y eso me encantaba porque en el momento de cruzar el umbral de la puerta no tenía ni idea de lo que iba a hacer, si seguir con la historia del señor Cho, si contar la de la señorita Kitty o incluso si inventarme la historia de un asesino. Me decidí por Kitty.

## Segunda historia narrada a Salomé, mayo de 2016

Kitty llegó al salón de belleza una mañana temprano, cuando la señora Lim estaba disponiéndolo todo para la clientela, los sillones, las toallas limpias, los utensilios y el gran hervidor para el té verde. El salón de la señora Lim no es muy grande pero todo está bien organizado para atender a las mujeres que acuden deseosas de que las peinen, las tiñan o les hagan la permanente. La clientela no es muy variada, son más bien mujeres de cierta edad, la señora Lim se sabe el nombre y apellido de todas, e incluso algunos secretillos, de esos que suelen cosechar las peluqueras y las manicuras. De modo que el hecho de que Kitty entrase en el salón de la señora Lim resultaba algo estafalario e imprevisto. En ese instante era una desconocida a la que no se asociaba ningún nombre. No fue sino más adelante, al cabo de uno o dos meses, cuando llegó el nombre de Kitty, puede que por la marioneta japonesa, o porque la señora Lim se lo hubiera oído decir a alguien. Con la señorita Kitty cuajó la efervescencia en el salón. Solo dos empleadas de la señora Lim, Jo-eun y Yeri, comentaron el hecho largo y tendido, montándose hipótesis, con un desorden del todo ilógico y puramente emocional:

—Está muy flaca, debe de venir del norte, del campo.

—No, es imposible que venga de tan lejos, yo diría que es de ciudad; fíjese: nada la asusta, se ha plantado aquí directamente, como si conociese el barrio.

—¡De ciudad! Como si una chica de Yeongwol como usted pudiese notar la diferencia. En cualquier caso, no pasa necesidades, ¿se ha fijado en la capa? Un gris precioso, sin una mancha, no parece que haya andado rodando por el barro del campo. Y además, se conoce bien el barrio, debe de vivir en el bloque ese tan grande, al lado de Good Luck!, o puede que sea del restaurante de fideos fríos, o de la timba donde juegan a las cartas.

—¡De la timba! Qué bobadas dice usted, ¿qué se le va a haber perdido ahí, con todos esos borrachos? No estoy muy segura, pero creo que ya la había visto por donde la iglesia cristiana, debe de estar a cargo del pastor, no me sorprendería, con lo seriecita que parece.

—¡Usted sí que dice bobadas! ¡Ya puestos, podría ser una budista del templo de Jogyesa o del de Namsan!

—Pero entonces, ¿qué pinta aquí? Este salón no es para gente elegante, es solo para las ajumma del barrio, ¿no?

—Bla, bla, bla —zanjó la señora Lim—, menudas comadres estáis hechas. Vamos, a trabajar, hay que lavar las toallas, las tijeras, los pulidores, no os pago para contar paparruchas sobre esta visitante nuestra, esa viajera.

De modo que así se llamaba; ni Kitty ni Kelly ni nada parecido. Se llamaba la Viajera. Un nombre que le iba como un guante.

«¿Sabe quién soy?», «¿Sabe cómo me llamo y dónde vivo?», «Si alguien lee este mensaje, sírvase contestar usando el mismo sistema», «Se ruega llamar al número 10 2...» (luego venía un número que no copio por miedo a dar pie a llamadas intempestivas o incluso injuriosas). Ese era el tipo de mensaje que la Viajera llevaba metido en un bolsito colgado

del cuello —un bolsito muy pequeño de paja trenzada, más monedero que bolso—. Se le ocurrió a la señora Lim. No porque realmente le interesaran el origen y las desventuras de aquella Viajera, sino porque le picaba la curiosidad, el misterio que la rodeaba, ese aspecto tenebroso, casi maléfico, que se imaginaba. Para ella no existían las casualidades ni muchísimo menos. Todo tenía una causa, un significado y una finalidad. Una Viajera no podía llegar un buen día a su barrio, a su local situado al pie del edificio Good Luck!, sin alterar el orden establecido, como una perturbación en las ondas abocada a provocar algo tan imprevisible como inquietante. «Al fin y al cabo, de algún sitio tiene que venir —les argumentaba a sus empleadas—. ¿O será que nos la envía alguien?» «Debería usted preguntárselo», bromeaba una clienta, una mujer corpulenta de unos cincuenta años que acudía con regularidad a hacerse la permanente y a la que la señora Lim despreciaba porque, a pesar de estar casada con el pastor de la iglesia vecina, era una rúcana que siempre discutía los precios, sobre todo el del masaje que le daban en ese cuello grueso después de peinarla y que exigía como si le correspondiera por derecho. «Pues mire usted por dónde, es lo que voy a hacer», replicó la señora Lim, y fue ese día cuando se le ocurrió lo de los mensajes en el bolsito de paja trenzada.

Durante algunas semanas, el bolsito que la Viajera llevaba colgado del cuello guardó el secreto. Las notitas no recibían respuesta. Hasta que un buen día, cuando la señora Lim ni siquiera se acordaba ya del tema, la señorita Kitty volvió. Entró en el salón sin ningún miedo, como si conociera a todo el mundo y fuera de lo más natural que se sentara en uno de los sillones de moleskine negro para esperar a que la atendiesen. La señora Lim estaba agitadísima. No dejó que nadie más que ella se acercara a la Viajera. Le preparó un tentempié, unas

albóndigas de arroz y pescado, y colocó la bandeja delante de la señorita Kitty. «Con tanto viaje, debe usted de tener hambre, así que coma algo primero y luego podremos charlar un rato.» La palabra «charlar» era un poco exagerada porque la señora Lim no esperaba tener una conversación. Dejó que la Viajera comiese mientras ella le marcaba el pelo a la clienta de turno, una señora mayor algo sorda que estaba empeñada en teñirse de azul. Las empleadas de la señora Lim, por su parte, también siguieron con su trabajo, pero mirando de reojo para observar el comportamiento de la señorita Kitty. Esta comía tranquilamente del plato, sin apresurarse. «No tiene hambre», pensó la señora Lim. Prueba de que no se trataba de la típica vagabunda, debía de tener su casa, sus costumbres, a alguien que cuidara de ella. Eso la reconfortaba al tiempo que le aumentaba la curiosidad. «Si no necesita nada, si tiene una casa y está rodeada de seres que la quieren, ¿cómo es posible que se aventure en una peluquería, se siente en un sillón y espere a que le llegue la vez?» Le entraron incluso escalofríos cuando se puso a imaginar que la Viajera ni siquiera era quien parecía ser, sino una persona real, que retornaba del más allá, alguien que la conocía personalmente y que volvía, al cabo de años de olvido, para recuperar su sitio. Le urgía terminar los preparativos del tinte azul, dejar a la clienta esperando con un gorro de plástico ceñido a la cabeza, e ir corriendo hasta el sillón, al otro extremo del local, para hablar con la Viajera. Esta no se impacientaba. Después de comerse las albóndigas, bostezó perezosamente y pareció amodorrarse en el sillón, con la cabeza apoyada en el cojín del respaldo y los párpados entornados, por los que se filtraba un poco de luz amarilla del iris. La señora Lim corría tanto que no se limpió las manos y cuando acercó los dedos al cuello de la señorita Kitty, esta se apartó en el acto porque le disgustaba el olor

avinagrado del tinte. «Ay, lo siento, señorita —dijo la señora Lim—. Ya lo sé, no es un olor muy agradable, voy a lavarme las manos.» Cosa que hizo con esmero en el lavabo que había delante del sillón. Luego, como no sabía qué postura adoptar, se acuclilló delante del sillón para que su cara quedase a la misma altura que la de la señorita Kitty. «Vamos a ver qué mensaje me trae.» Con delicadeza, soltó el bolsito de paja del cuello de la Viajera y lo abrió. El corazón le dio un brinco cuando descubrió en el bolso una hojita de papel doblada en cuatro (no era ni mucho menos el mensaje que había dejado ella unos días antes). Era un papel fino, de color tirando a malva y llevaba escritas unas palabras con rotulador y letras infantiles.

*Estoy en el piso quince del bloque.*

*No tengo nombre ni familia.*

*¿Quién soy?*

En ese instante las demás empleadas se acercaron corriendo y rodearon a la señora Lim para intentar leer por encima de su hombro, pero la señora Lim no las dejó. Se puso de pie, volvió a doblar la carta con cuidado y se la metió en el bolsillo del delantal.

—Pero bueno, ¿qué dice? —preguntó Jo-eun, la más joven.

—Sí, ¿cuál es la respuesta? —dijo Yeri.

Hasta la señora del pelo azul se acercó, con el gorro de plástico en la cabeza:

—¿Se puede saber qué pasa?

Una de las empleadas intentó explicárselo.

—Nada malo, ajumma. Es solo que la respuesta acaba de llegar.

La anciana refunfuñaba:

—Nada malo, nada malo, pero yo lo que quiero es que me tiña, por favor.

La señorita Kitty, que era la causa de tanto alboroto, no parecía ni pizca de preocupada. Se estiró lánguidamente y apoyó la delicada cabecita en el otro brazo del sillón, para mirar hacia otro lado.

Se quedó allí toda la mañana y parte de la tarde, dormitando en el sillón. Luego, a la hora de cerrar, la señora Lim se resolvió a escribir otra carta. Las empleadas se habían marchado después de barrer la peluquería y recoger los utensilios. Fuera ya estaba anocheciendo y las luces se encendían, se oía el ruido quedo de los coches que traían de vuelta a los habitantes del bloque después de la jornada laboral. El vendedor de naranjas se había apostado con su puestecito ambulante en la esquina de la avenida y pregonaba la mercancía con un megáfono chirriante.

La señora Lim había escrito la nota. Tras pensárselo brevemente, creyó que había llegado el momento de poner un nombre:

*Kitty*

*Estoy en la peluquería que hay al pie del edificio Good Luck!*

*Si me conoce, hágamelo saber.*

*Gracias.*

A continuación metió cuidadosamente el papel doblado en el bolsito de paja, cerró el cordón alrededor del ojal y esperó. La Viajera parecía estar esperando a que lo hiciera porque bajó en el acto del sillón y se encaminó a la salida, dio unos pasos por la acera como si dudase de qué dirección tomar y en un instante desapareció. La señora Lim se había abalanzado hacia la puerta para observar a la mensajera, pero

esta ya se había esfumado detrás de los arbustos que adornaban la entrada del bloque. Se le encogió el corazón, como si ya no fuera a verla más, como si esa fuera la última vez que la señorita Kitty iba de visita a la peluquería. Esa noche regresó a casa, con su marido y su hija, pero tuvo buen cuidado de no contarles nada de lo sucedido. Era como un secreto, creía que si lo contaba, se arriesgaría a perderlo, al igual que un sueño frágil que se desvanece en el momento en que lo convertimos en palabras.

La tarde ya está muy avanzada, el sol únicamente ilumina la pared del fondo de la habitación, en la que Salomé ha colgado el marco de madera amarillo donde están todas las fotos de su familia. No me he atrevido a detenerme frente a ese marco, solo he visto a medias el retrato de una señora con traje de chaqueta, alta y de cara seria, delante de un paisaje de estudio fotográfico, con cascadas y monumentos antiguos. Incluso he llegado a pensar que un día podría inventarme la historia de esa mujer, una viajera como Kitty, que hace mucho tiempo vivió en Australia y que seguramente murió en un naufragio porque me parece que morir en un naufragio es romántico (aunque, pensándolo bien, ahogarse debe de ser horrible). Pero ya tengo muchas cosas en qué pensar con Kitty.

Salomé ha pedido más té de jazmín y como la enfermera no contesta (debe de ser la hora del cambio de turno), soy yo quien pone el agua a hervir en el escritorio pequeño que hay junto a la ventana y quien sirve el té en las tazas. Las tazas son muy corrientes, parecidas a las que la gente roba en el comedor de la universidad, de loza gruesa, sin decorar, pero tengo la sensación de que para Salomé esas tazas significan algo muy importante.

Me dice: «¡Cuénteme cosas de Kitty! —Añade—: Y luego seguirá con la historia de las palomas del señor Cho, ¿verdad?».

Se bebe el té a sorbitos, le tiembla la mano izquierda y la derecha descansa sobre el regazo, como si ya no sirviera para nada. Salomé me pilla mirándola y dice, sencillamente: «Esto es lo que más me cuesta aceptar, ¿sabe? —

Tuerce un poco el gesto porque quiere decir algo gracioso pero no le sale—. Marcharme poco a poco, un trocito cada día, algo que se va, que se borra».

No respondo, opino que alguien como Salomé no necesita palabras para consolarla, ni compasión. Solo cuentos que la hagan viajar.

Así pues, todas las mañanas, la señora Lim acecha la llegada de la señorita Kitty. Algunos días no aparece y la jornada se le hace eterna, con el parloteo de las peluqueras y los lloriqueos de las clientas: «Ay, no sabe usted lo malo que es mi hijo, a veces creo que me va a pegar». O bien: «Mi marido está a punto de jubilarse, quiere viajar a todas partes, a Manila, a Dubái, a Bombay, todo el mundo me dice la suerte que tengo pero la verdad es que a mí no me atrae nada; preferiría quedarme en casita regando mis arriates». A la señora Lim le traen sin cuidado esos viajes, esos hijos y esos maridos. Bastantes problemas tiene ya con su propia vida. Así que se acuerda de la señorita Kitty, de la respuesta que va a traerle en el bolsito de paja. Y cuando la respuesta llega, no puede esperar. Despacha marcados, tintes rojos, tratamientos y masajes del cuero cabelludo, echa el cierre y se dirige hacia la señorita Kitty.

—¿Qué me has traído? A ver, a ver...

La señorita Kitty alarga el cuello y la señora Lim desata con cuidado la cinta del bolsito. Dentro hay un papelito blanco donde pone:

*La Viajera también es amiga mía.*

La señora Lim garabatea a toda prisa la respuesta:

*Entonces venga a verme, estoy en la peluquería, al pie del edificio.*

En cuanto el bolsito de paja está cerrado, la señorita Kitty se aleja, de un par de brincos se planta en la calle y se adentra en los arbustos del jardín. Ni siquiera ha pedido lo que le corresponde, el cuenco de pescado y la escudilla de agua.

Al día siguiente regresa, con otro mensaje escrito con otra letra:

*Yo también soy amiga suya, pero no vivo en este bloque, solo vengo a casa de una pareja de ancianos a plancharles la ropa.*

Lim:

*¿Alguien sabe dónde vive?*

La respuesta:

*Yo no, creo que viene de la planta baja, hasta mi casa sube en ascensor.*

Y en otro mensaje, al cabo de dos días:

*¿Quién sabe lo que quiere? ¿Quién sabe por qué viaja?*

Al leer esa respuesta sarcástica, a la señora Lim le viene inmediatamente a la cabeza ese hombre sucio y cascarrabias que vive en la planta baja, sin duda uno de los porteros del edificio:

*La Oiajera está intentando saber quién es, ¿no? ¡Pues déjela en paz!*

Ese comentario, aun viniendo de un viejo borracho medio loco, se le quedó grabado a la señora Lim hasta el punto de convertirse en una

obsesión. «Está intentando saber quién es.» Cuando volvía a casa después de trabajar, en lugar de sentarse delante de la tele y ver sus culebrones favoritos, se aislaba en la cocina para reflexionar. Su marido empezó a preocuparse:

—¿Qué te pasa? ¿Tienes problemas de dinero?

El señor Kang, el marido de la señora Lim, no tenía mucha imaginación. Para él todo se reducía a asuntos de dinero o problemas de salud. Como la señora Lim no le contestaba nada sobre el dinero, pensó que le pasaba algo aún peor.

—Cariño, ¿por qué no vienes a sentarte? ¡Va a empezar la serie Rosa salvaje!

La señora Lim se encogió de hombros.

—Déjame, tengo que pensar.

—¿Pensar?

El señor Kang no estaba seguro de haber oído bien.

—¿Te duele algo? ¿Has ido al médico del hospital?

Tres o cuatro años antes, la señora Lim se había encontrado un tumor debajo del pecho derecho y la biopsia reveló que tan solo se trataba de una bola de grasa, pero durante unas cuantas semanas, la pareja había vivido muy angustiada. El señor Kang, que le llevaba unos cuantos años a su mujer, hasta había soltado una broma con intención de quitarle hierro al asunto, pero no había funcionado:

—Ya hay bastantes viudas en Seúl, no quiero hacer lo que todo el mundo —declaró—. Si te mueres tú antes.

La señora Lim soltó una risita.

—No, cariño, estate tranquilo, me encuentro bien. Pero esta Kitty...

Le había hablado de ella un par de veces, pero al señor Kang no le había entusiasmado la historia.

—¿Qué le pasa a la Kitty esa?

La señora Lim titubeó. Su marido no era el mejor interlocutor para ese asunto.

—Creo que no vino a vernos a la peluquería porque sí.

—¿Cómo que porque sí? ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que... —arrancó la señora Lim. Pero le costaba encontrar las palabras—. Es como una sensación que tengo cuando me mira. No sé por qué, pero me entran escalofríos, como si intentara decirme algo.

El señor Kang no creía en esas cosas.

—Menuda ocurrencia, ¿qué iba a querer decirte?

Y como prueba de que no había entendido nada, añadió:

—Si Kitty te molesta, no tienes más que echarla de la peluquería y listo.

Había vuelto a sentarse delante de la tele y como su mujer no estaba viendo el culebrón, se pasó a otro programa, las noticias políticas del día que un periodista con cara de hastío repetía y comentaba en bucle.

Por la noche, la señora Lim se despertaba con la sensación de que comprendía parte del misterio, pero esa sensación se desvanecía cuando profundizaba en ella.

La señorita Kitty no había aparecido por casualidad. Alguien la había enviado. Era portadora de mensajes, pero esos mensajes no significaban mucho, salvo que iba de un vecino del barrio a otro y que estaba empezando a tejer una trama de relaciones entre personas que no se conocían.

Hasta que sucedió lo de la señora Yang Yu-mi, una inquilina del sexto piso del bloque B.

La señora Lim la conocía porque había ido una vez a la peluquería,

no para que le hicieran la permanente, sino para pedir trabajo. Su marido había desaparecido sin dejar rastro y aquella mujer intentaba sobrevivir porque su hijo único, que se había quedado minusválido en un accidente en la calle, no ganaba suficiente dinero. La señora Lim se había compadecido de la señora Yang, pero no podía contratarla ni buscarle un trabajo. Le dio un poco de dinero, que la señora Yang aceptó y le agradeció humildemente. Desde entonces no había vuelto a saber de ella, pero sospechaba que su situación no había mejorado. Y hete aquí que una tarde, a eso de las cuatro, la señorita Kitty llegó a la peluquería con un mensaje de la señora Yang. El mensaje estaba garabateado con letras rojas en una página arrancada de un bloc:

*Espero volver a verla en una próxima vida, se lo ruego.*

*Yang Yu-mi, 6.º piso, bloque B.*

En cuanto leyó el mensaje, la señora Lim cerró la peluquería a toda velocidad, sin pararse a apagar las luces ni los secadores de casco. Sus empleadas y ella corrieron hasta el bloque B de Good Luck!, y se metieron a toda prisa en el portal. El ascensor estaba arriba del todo y tuvieron que esperar varios minutos. En el momento de entrar en el ascensor, la señora Lim se fijó en que Kitty estaba con ellas, aguardando delante de la puerta. Daba la impresión de que conocía bien el camino. ¿Sería la enviada de Yang Yu-mi? En el sexto, la señora Lim no estaba segura de a qué puerta llamar. ¿La de la izquierda, la de la derecha, la del centro? Fue Kitty quien le indicó la puerta y la señora Lim empezó a aporrearla. Llamaba y luego escuchaba. Dentro del piso se oía un ruido, como un lamento o un sollozo.

—¡Abra! —decía la señora Lim—. ¡Estamos aquí por usted, abra la

puerta!

Un vecino abrió a medias la suya.

—¿Por qué no llama a la policía? —dijo con aire timorato.

La señora Lim no le hizo ni caso y siguió llamando a la puerta. Era una puerta de contrachapado, muy corriente; lo único que tenía era, cerca del picaporte, una calcomanía que representaba un dragón, o un ave fénix o algo por el estilo.

—¡Señora Yang Yu-mi! Señora Yang, ábranos, hemos venido a ayudarla. Soy la peluquera del salón de belleza, estoy aquí con mis empleadas, ya nos conocemos. ¡Abra, por favor!

Al cabo de un rato, hubo un barullo en el piso y la señora Lim oyó el ruido del cerrojo. Entonces la puerta se abrió despacio, como si la persona que estaba dentro tirase de algo muy pesado. En ese instante, la señorita Kitty se escurrió dentro del piso y la señora Lim oyó la voz de la señora Yang que exclamaba:

—¡Ah, eres tú, has vuelto, gracias, gracias!

Comprendió que esas palabras solo podían ir dirigidas a la Viajera, a la señorita Kitty, y sintió cierto chasco, pero se le pasó enseguida.

La señora Lim había dejado a las dos peluqueras a la entrada del piso, no quería que hubiese demasiados testigos. Dentro, todo estaba muy oscuro, las persianas estaban bajadas. El suelo estaba sembrado de periódicos, papeles, bolsas de basura apiladas en el corto pasillo, y el salón parecía que lo hubieran desvalijado. No había nada en su sitio, las sillas estaban volcadas, había jarrones boca abajo, botellas de soju y platos sucios por el suelo y, cerca de la ventana, una manta arrugada indicaba el lugar donde dormía la señora Yang. La señora Lim quiso encender la luz, pero parecía que habían precintado el contador, seguramente la compañía por impago. Cuando se acostumbró a la

penumbra, vio a la señora Yang sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, las manos caídas sobre los muslos y la cabeza inclinada hacia delante como si estuviera leyendo algo en el suelo. Si no fuera porque ella en persona había acudido a abrir la puerta, la señora Lim habría creído que la señora Yang se había muerto allí mismo. En ese preciso instante, la señora Lim sintió que un leve escalofrío de espanto le recorría el espinazo, como si hubiese penetrado en un antro sobrenatural.

La señora Lim se sentó a su lado para hablar con ella.

—¡Señora Yang Yu-mi! ¡Señora Yang Yu-mi! ¿Está usted bien?

Pero saltaba a la vista que estaba bastante mal. En el piso olía mucho a alcohol, la penumbra estaba repleta de algo angustioso, algo letal. Al final, las empleadas de la señora Lim acabaron entrando y en ese momento la señora Lim vio que la señorita Kitty salía del piso, una furtiva línea de color amarillo que se iba por el lateral.

—¡Subid la persiana! —ordenó la señora Lim.

La luz penetró en el cuartito, iluminando el desorden y obligando a la señora Yang a agachar la cabeza para taparse la cara con el pelo, como si el sol le hiciese daño en los ojos. Tenía las manos muy pálidas, crispadas entre el pelo gris.

Las mujeres pasaron el resto de la tarde con la señora Yang, a su alrededor, llevándole de beber. Una de las empleadas, la de más edad, empezó a ordenar el pisito, a amontonar todo lo que era para tirar, todo lo que había que olvidar. La señora Yang las dejó, estaba tumbada en el suelo con la boca abierta como si recuperase el resuello después de una inmersión en aguas profundas. No había dicho nada, nada inteligible, pero saltaba a la vista que había querido matarse, abriendo el gas de la cocina, o bebiendo lejía (había una garrafa medio llena junto a la

puerta, con el tapón desenroscado). O puede que tirándose por la ventana, pues la puerta que daba a la terracita estaba entornada. Toda la tarde y parte de la noche las mujeres permanecieron juntas. El señor Kang llamó por teléfono, incluso se acercó a verlas, por una vez parecía bastante afectado. Llevó una macetita con flores para la señora Yang, junquillos recién abiertos, y la señora Yang se los quedó mirando como si fueran lo más maravilloso del mundo.

En los días posteriores, la vida reanudó su curso, pero la señora Lim no dejó de ir a ver a la señora Yang. Al final le consiguió un trabajillo en un taller de costura, no muy lejos del edificio Good Luck! Era como si las mujeres del barrio hubiesen hecho juramento de no dejar nunca de darse señales de vida. De permanecer unidas, aunque no pesara sobre ellas ninguna amenaza. De hablar, de enviarse mensajes al móvil o incluso de hacerse visitas improvisadas. La única pena que sintió la señora Lim, y con ella todo el barrio, fue que, desde aquella famosa tarde en que la señora Yang decidió matarse, la señorita Kitty había desaparecido. Ya no volvió más a la peluquería para llevar sus mensajes. El señor Kang tenía una explicación: al final, había encontrado otro lugar menos turbulento, con menos dramas. Sabido es que a los gatos les gusta la tranquilidad. Pero a la señora Lim se le ocurrió otro motivo, algo descabellado, es cierto, pero que explicaba muchas cosas: la señorita Kitty, la Viajera, no era un gato normal y corriente. Era una diosa, un fantasma o algo por el estilo. De haber sido cristiana, habría dicho que era un ángel, o (si en lugar de ser rubia hubiese sido negra) un demonio. Pero tendía más al budismo, lo que para ella significaba que la señorita Kitty era de verdad una Viajera, que

cruzaba por varias vidas, por varios mundos, para cumplir con su tarea de reparación, quizá para expiar una falta que cometió en su juventud, cuando dejó que su hermana pequeña muriera de desesperación, la señora Lim recordaba haber oído aquella historia, no había sucedido exactamente en el edificio Good Luck!, ni el bloque B, pero salió en la televisión, o puede que en los periódicos, aquella joven a la que encontraron colgada en su piso, en medio del desorden y las botellas de soju vacías. Aunque puede que solo fuera un cuento, una de esas leyendas que nacen en los barrios de esta ciudad donde cada minuto pasan montones de cosas raras, bonitas o terribles, a elegir.

Hacía algún tiempo que ya no iba a casa de Salomé. No me olvidaba de ella, pero los estudios en Yongse y los seminarios que tenía que organizar tres tardes por semana me ocupaban todo el tiempo. No había tocado el sobre que contenía los billetes de cincuenta mil won, puede que porque me sentía en la obligación de continuar lo que había empezado, o quizá por la mujer que aparece en los billetes, esa mujer señorial y de expresión algo triste que me recordaba a Salomé. Era como si los billetes me dijeran: «¡No se olvide de mí! ¡Venga a verme!». O incluso, con esa voz suya tan seria: «¡No sea cruel!». El sueldo de los seminarios me bastaba para pagar el alquiler y para lo demás me las iba apañando, comía esencialmente *ramyeon* y *kimchi*. ¡Recuerdo que mi abuela aseguraba que se puede sobrevivir comiendo solo *kimchi* mañana, tarde y noche! Según contaba, era la dieta de los años de posguerra, cuando el Gobierno, para castigar a los habitantes de Jeolla-do por sospechar que eran insurgentes comunistas, les impuso el régimen de la hambruna.

Y además, en mi vida había una novedad. Un día que fui por ahí con unas amigas, me volví a encontrar con el señor Pak, el joven de la librería de Jongno, y estábamos medio saliendo juntos. Me enteré de que en absoluto se llamaba señor Pak sino señor Ko, porque es oriundo de la isla de Cheju. Aun así, seguí llamándolo señor Pak para no tener que rectificar mi memoria (él se había buscado un nombre cristiano, Frederick, en homenaje a Frédéric Chopin, porque le gusta mucho la música para piano).

Naturalmente, me habló de Salomé. No la conocía mucho; según decía, la había conocido al ir a llevarle unos libros que había encargado, novelas en inglés y en francés, y libros científicos, sobre medicina y psicología. Hablando con ella cayó en la cuenta de que yo podía servirle de acompañante, no para hablar y distraerla, sino para compartir con ella el mundo imaginario. Cuando uno está enfermo, decía el señor Pak, el mundo se convierte en algo totalmente imaginario (y creo que no se equivoca). Se me aparecía su rostro, de día y de noche, sin que yo pudiera resistirme. Me gustaba todo de él, en especial los ojos almendrados, de un negro muy brillante y bordeados de pestañas homogéneas, y las cejas (recuerdo que mi madre siempre decía que sin duda, en un buen mozo, la forma bien arqueada de las cejas trazada como a carboncillo era de lo bueno lo mejor). Me gustaba su color de piel, moreno casi rojizo, y el pelo, que llevaba muy corto, me gustaban las manos largas y fuertes, con la punta de los dedos cuadrada (un día me confesó que no tenía paciencia para cortarse las uñas redondeándolas y que con las tijeras le bastaban tres tajos, ¡clac, clac y clac!).

Cogimos por costumbre vernos varios días a la semana, los fines de semana o cuando él salía de trabajar de Jongno a primera hora de la tarde. Elegíamos cada vez el destino del paseo: por la orilla del río, o bien a los jardines del centro, o si no, cuando hacía bueno, al parque zoológico, en el sur de la ciudad. Siempre me ha gustado visitar los parques zoológicos, no por los animales enjaulados que se ven allí (de hecho, de pequeña, me acuerdo muy bien, ¡juré solemnemente que algún día abriría todas las jaulas de todos los zoos para devolverles la libertad a esos prisioneros que no habían hecho nada!), sino por el propio parque, esas avenidas sinuosas flanqueadas de palmeras y de camelias, por la gente que se ve allí, los niños que corren entre

gritos, las ancianas que intentan alcanzarlos para darles la merienda y también, todo hay que decirlo, las parejas de enamorados que se sientan a la sombra en los rincones algo recoletos.

De modo que ahora también yo iba allí con un chico. Permanecíamos uno al lado del otro, muy formalitos, y recorríamos las avenidas sin llegar a hablar de veras, solo la charla habitual de los enamorados que tratan de conocerse mejor cruzando trivialidades.

—Frederick, ¿es verdad —decía yo (empezaba ahora a llamarlo por su nombre inglés)—, es verdad que los enamorados siempre procuran estar a la orilla del agua?

—¿Cómo sabes eso?

—No lo sé —decía yo—. No me he enamorado nunca.

Después de pensármelo añadía:

—Creo que el dicho popular tiene algo de cierto, porque el agua es un elemento romántico. En todas las historias de amor está el agua, el mar o un río, o aunque solo sea un lago o un estanque.

—También podría ser una piscina —decía Frederick en broma.

Yo no me atrevía a decirle que desde el primer momento tuve ganas de que Frederick me llevase a la orilla del mar, porque la gran ciudad de Seúl es demasiado seca, solo hay edificios y carreteras, coches y autobuses.

En cualquier caso íbamos al zoo hasta el recinto de los monos verdes porque aunque estén prisioneros, parece que los monos verdes se divierten, discuten, gritan, hacen el amor y se roban la comida unos a otros igual que los humanos. ¡Podrían vivir perfectamente en la ciudad!

Yo caminaba hacia el centro del parque, me hubiese gustado cogerle la mano a Frederick pero no me atrevía. Los gritos de los monos y de los pájaros sonaban por encima de los árboles y me daba la sensación de estar

caminando en un sueño, lejos de los problemas de la realidad, lejos de la maldad de mi tía y de su espantosa hija.

Hacíamos fotos con el móvil de Frederick. Eran fotos tontas, como las que hace todo el mundo, selfis en los que juntábamos las mejillas y yo hacía una V, el signo del corazoncito, por qué, no sabría decirlo. Luego él le añadía dibujitos a la foto, corazones y nubes en las que había escrito, por supuesto, «Sarang». En una de las fotos escribió lo más bonito que me han escrito nunca:

*¡Bitna, estrella mía!*

Y yo me acordaba de lo que me había contado mi madre, que mi nombre lo había elegido mi abuelo materno porque quería que yo brillase en la vida, por dentro y por fuera.

Nos quedábamos en el parque zoológico hasta que cerraban, así sin más, solo andando por los senderos entre la gente, oyendo cómo gritaban los niños, cómo gritaban los monos y cómo gritaban los loros. Me sentía libre, por primera vez desde hacía mucho. Hacía bobadas que nunca pensé que sería capaz de hacer, como subirme a los columpios de las áreas de juegos, o correr alrededor de los estanques, o incluso cantar a voz en grito una canción de Gumi o de Ed Sheeran o de quien fuera. Frederick, a quien le gustaba la buena música para piano, las sinfonías y los *lieder* de Schubert, parecía algo apurado y eso era precisamente lo que me divertía. Estaba siempre un poco envarado; aunque llevara unos vaqueros y una cazadora, parecía que iba de traje. Y eso también era lo que me gustaba, no me habría agradado que acabara siendo como esos Wang Ja, uno de esos creídos que se perfuman y se

pasan el día echándose laca en el pelo. El señor Pak me reconfortaba, parecía muy seguro de sí mismo, seguro de cuál era su meta en la vida. En eso era totalmente opuesto a mí, que no sabía nunca lo que me depararía el día siguiente.

Fue el dinero, creo, lo que empezó a preocuparme. Al principio, Frederick siempre me invitaba, era él quien pagaba en los restaurantes, en los cafés o en los taxis. Una vez me hizo una pregunta que me dio mucho apuro. Dijo:

—Bitna, ¿cómo te las arreglas con los estudios?

Y yo dije:

—Me gustan mucho las clases de francés.

Sonrió.

—No, me refiero al dinero.

—Me va bien, la verdad es que no tengo problemas de dinero.

Y entonces mentí:

—Mi familia no es muy rica, pero son ellos los que me mantienen. Y lo completo con algunos trabajillos.

No me habría gustado que supiera que solo comía *kimchi*, ni mucho menos que viese en qué barrio vivía. Evitaba los detalles.

—Tengo un cuartito en la ciudad universitaria, en Yongse, no es muy lujoso pero es cómodo.

—¿Compartido?

—No, qué va, no me gustaría nada, ¡con lo sucias que son las estudiantes, y además, roncan!

Fue por entonces cuando empecé a inventarme una vida para el señor Pak, para dar el pego. Él llevaba una vida muy ordenada, vivía en casa de sus padres en un barrio bonito, estudiaba los exámenes de Derecho al mismo tiempo que trabajaba de dependiente en Jongno. Pronto se compraría un coche, era el regalo de sus padres por licenciarse en la facultad.

De modo que yo tenía que parecerme a lo que él se imaginaba que era: una muchacha de clase media, con padre funcionario y madre profesora en un colegio privado, nada que ver con Jeolla-do y los pescadores. Bueno, sí que le conté algo sobre mi abuela: que había venido del norte, perdió a su marido durante la guerra y se refugió en Busan.

No eran mentiras. Para mí eran como la continuación de las historias que le contaba a Salomé para ver cómo el sueño le vencía los párpados o cómo el corazón le latía más rápido.

Teníamos esa relación un poco rara en la que nunca hablábamos de nuestra vida real. De hecho, yo no sabía nada de él. Cuando nos separábamos, Frederick paraba un taxi, me dejaba delante de la universidad, donde supuestamente yo vivía, y él seguía su camino. Nunca daba las señas delante de mí. En parte por hacerlo rabiar, pero también por curiosidad (las chicas siempre son un poco curiosas y demasiado *nosy*), una vez le dije:

—Llévame hasta tu casa, me apetece ver tu barrio.

Pareció muy apurado.

—No es buena idea, vivo muy lejos y podrían verme contigo.

Esa respuesta me dolió un poco. Él debió de notarlo porque trató de explicarse:

—Es por mis padres, conocen a mucha gente en el barrio, y ya sabes cómo le dan a la lengua cuando hay algo que contar.

No me gustó mucho esa explicación. Habría preferido que me invitase a conocer a esos padres suyos tan estirados (aunque no pensaba aceptar). Pero zanjé en seco:

—Vale, vale, no tienes por qué darme explicaciones, me hago cargo.

A cambio, nunca le conté nada de mis historias familiares. Solo mencioné

una vez Jeolla-do y omití hablar de mi tía y de su hija Paek-hwa. La posibilidad de que pudieran coincidir alguna vez me parecía absurda. Tenía la sensación de que el piso donde había vivido con ellas era un nido de escorpiones.

El señor Pak y yo seguimos saliendo y dando largos paseos por toda la ciudad. Le gustaban mucho los monumentos, visitamos los templos antiguos que hay en lo alto de las colinas y también los museos. Aunque nunca me ha interesado mucho la arquitectura, escuchaba pacientemente las explicaciones que me daba sobre los voladizos y la imbricación de las tejas antiguas. Al final de los paseos íbamos a los cafés de Hongdae o de Sinchon, los que tenían terraza porque a Frederick le apetecía encenderse un cigarrillo. Con él, volví a coger la costumbre de fumar. Comprábamos cigarrillos mentolados, de esos que hay que pellizcar entre el índice y el pulgar para liberar la esencia de menta en el tabaco.

Tomábamos café muy cargado. Para mí, el café y el tabaco eran las señas de identidad de ese chico, no solo por su color de ojos y de piel, sino porque también albergaba algo oscuro y amargo que me fascinaba. Nos quedábamos en la terraza de los cafés, sin prestar atención al trajín habitual de los estudiantes del barrio, fumando y bebiendo el café a sorbitos, casi sin hablar. Me hubiese gustado que intimásemos más, pero él se resistía. Seguramente por miedo a que lo viera alguien. Del mismo modo, aunque habíamos acortado las distancias (ya tonteábamos bastante en los parques o en los bancos a la orilla del río), Frederick no quería que fuéramos cogidos de la mano. Nunca debíamos exteriorizar nuestros sentimientos, ese era su concepto de la vida en pareja. «Los demás no tienen por qué enterarse», decía.

También era él quien imponía el calendario de citas.

—Ni mañana ni pasado mañana, voy a estar ocupado —decía.

—¿Y si yo no puedo ningún otro día?

Me miraba fríamente.

—Pues entonces, se acabó.

Era yo la que tenía que ceder y modificar mis horarios. Por ese motivo había dejado de organizar algunos seminarios y corría el riesgo de perder la correspondiente retribución.

Él nunca explicaba el porqué de tales negativas. Trabajaba (obviamente, mi trabajo era de otro tipo, sin compromisos de grupo). No tenía que hacer caja ni que participar en los inventarios de la librería. Un día me lo explicó:

—Este trabajo es para acumular experiencia. Mi objetivo son los negocios, quiero entrar en un grupo grande, en Samsung, en LG o puede que en Hyundai. No voy a pasarme la vida entre libros.

Aquello me sentaba un poco mal porque a mí nada me hubiera gustado tanto como pasarme la vida entre libros.

Tenía a Salomé abandonada desde hacía muchas semanas. Me enviaba mensajes al móvil, frívolos al principio, que decían «Necesito al señor Cho Han-soo y a sus palomas» o bien «Una historia, la que sea, ¡deprisa!». Y luego, cada vez más desesperados: «No se olvide de su Kim Se-ri, ¡se moriría!», o bien «Cuénteme un cuento, ¡un cuento con el que dormirme para siempre!».

Las salidas con Frederick resultaban muy caras, necesitaba dinero y la dueña del estudio me estaba reclamando tres meses de atrasos. A pesar de todos mis loables principios, me había gastado en restaurantes y salidas el dinero de los sobres, los bonitos billetes de la señora triste. Ahora sentía cierta impaciencia, ya no me compadecía en absoluto del destino de esa señora de los cincuenta mil ni del de ninguna otra persona. La vida en esa

gran ciudad se parecía a ese orfanato enorme que fui a visitar con una de las estudiantes de la clase de inglés, donde decenas de bebés esperaban como si estuvieran en un mercado a que los comprara alguna familia rica carente de descendencia; y que tendría buen cuidado de no adoptar a un niño con síndrome de Down o hijo de drogadictos.

Respondí a la llamada de Salomé, elegí un día en que Frederick Pak estaba ocupado con sus cosas y me fui al sur de la ciudad.

## Tercera historia narrada a Salomé, julio de 2016

En la amplia sala de la maternidad, los pequeñines están en hilera, cada uno en su cuna. A esta hora, todavía duermen, no hay movimiento. Detrás de la cristalera que se empaña con los alientos, la enfermera Hana se ha quedado traspuesta en la silla. Fuera todavía es de noche, se sabe por la tonalidad azul que tiñe las ventanas enrejadas. Pero la amplia sala está totalmente iluminada, una docena de tubos de neón, con algunos que parpadean, casi a punto de fundirse, la bañan de luz blanca y fría.

Naomi llegó aquí una mañana de julio de 2008. Fue Hana quien encontró a Naomi al entrar en la maternidad del Buen Pastor (es el nombre inglés de esta institución de caridad). Hana empieza el turno a las seis de la mañana, se bajó del metro en la estación de Hongdae y subió por las callejuelas a lo alto de la colina. A las seis, las calles aún están desiertas, empantanadas con las cajas de cartón y las botellas vacías que han dejado los juerguistas trasnochadores. Hana está acostumbrada a esta situación, ya no refunfuña como al principio: ¡malditos estudiantes, viven como perros, sin ninguna ley! Cuando llegó a la entrada del Buen Pastor, lo primero que vio fue un lío de ropa en el suelo y estaba a punto de empujarlo al canalillo con el pie, cuando el lío de ropa empezó a moverse y oyó unos grititos, muy parecidos a los que haría una camada de gatines. Se inclinó con precaución hacia los trapos, los apartó con la punta de los dedos por si hubiera un animal

dispuesto a arañar y morder, y entonces lo vio: un bebé diminuto, de piel sonrosadita, con los ojos cerrados y una mata de pelo muy negro. Era Naomi.

Claro está que aún no se llamaba Naomi. A Naomi, ese nombre se lo puso Hana porque nunca se había casado, nunca había podido tener hijos y siempre había pensado que de haber tenido uno, habría sido una niña y la habría llamado Naomi.

Naomi llegó hace un mes. Ya ha abierto los ojos y vive en su cuna, en medio del nido, con los otros veintiséis niñitos. Ella es la más guapa, según dicen las empleadas de la maternidad, y Hana les da la razón. Los otros bebés tienen distintas edades, algunos llevan aquí seis meses, otros llegaron después que Naomi. Hay niños y niñas. Algunos tienen minusvalías, ya se les nota a pesar de su corta edad. A todos los han abandonado sus madres, por distintos motivos, a la mayoría porque la mamá era demasiado joven, casi una niña aún, y no podía cuidar de un bebé ni mucho menos enfrentarse a la vergüenza de haber traído al mundo a un hijo fuera de los lazos del matrimonio. Todos los días vienen padres a visitar la maternidad para adoptar un niño. No se les deja elegirlo, ni siquiera acercarse. Se conforman con quedarse al otro lado de una amplia cristalera que comunica con el nido, miran las cunas y oyen gritar a los niños. Quizá estén esperando a sentir una llamada, adivinar, solo con mirar las camitas y oír el llanto de los bebés, cómo será el niño más adelante. Hana ha colocado a Naomi en el centro de la sala, lo más lejos posible de la cristalera, con la esperanza de que los padres adoptivos no la vean, no se fijen en su voz, no se queden prendados de esa piel sonrosada y ese pelo negro tan bonito.

¿Qué ve Naomi? Todavía no mueve la cabeza, que aún le pesa demasiado, pegada a la sábana fría del colchón. Pero tiene los ojos abiertos de par en par, hacia las nubes de luz que le pasan por encima, a veces muy blancas, que lo tapan todo con sus volutas movedizas, a veces casi invisible, un tul, una gasa liviana que se derrama por la sala y centellea con miles de gotitas suspendidas en el aire. Pero Naomi es la única que las ve. Lo que nota también es la presencia de otros bebés. Hay muchos, aunque la cantidad no significa nada para ella. Son todos esos gritos, esos llantos y también los alientos, el olor a sudor y a orina, el olor algo rancio de los lactantes, el olor que dibuja un damero en el techo, en las paredes, incluso en el suelo invisible, y otra cosa además, se parece a una onda, a un grito, a un color, pero no es nada de eso, va y viene, surca el espacio de Naomi, se desliza por el cuerpo de Naomi, por su rostro crispado, dentro de sus manos y pies. Una ola, quizá. Naomi nota la presencia de todos esos cuerpos a su alrededor, incluso cuando han dejado de gritar y de llorar, incluso cuando han vuelto a sumirse en el sueño por el cansancio, incluso cuando quieren que se olviden de ellos, Naomi sabe que están ahí, es una vibración dentro de su cuerpo, que le dice que es una niña, hija de una mujer, a la que han arrojado al mundo a partir de hoy y que nunca saldrá de él durante el resto de su vida, tendrá que vivir todos esos años, sí, de cabo a rabo, hasta el último instante.

Naomi, chiquitina, escúchame, sonríeme, estoy aquí para ti, cariño.

Es Hana, que se ha inclinado sobre la cuna y hunde la mirada en los ojos tan grandes y tan negros, cuyo blanco aún es azul como la noche de antes de nacer.

¿De dónde vienes, pequeña Naomi? ¿Lo recuerdas? ¿Podrás contarlo algún día? ¿Quién te arrojó al mundo y luego te abandonó en el umbral del Buen Pastor, envuelta en un montón de trapos viejos, limpios aunque no hacían de vestido y ni siquiera de cama, quién te dejó ahí en la madrugada fría de la primavera incipiente, con el polen de las flores de cerezo posándose en tus labios y el olor acre de la hierba que crece en el parque? ¿Has visto pasar por el cielo blanco las grullas que llegan de Siberia y cruzan el mar hasta Japón? Avanzan despacio, con la más vieja en cabeza, una escuadrilla perfecta, y entonces oyes sus gritos huecos que retumban por toda la ciudad, hasta el fondo de las callejuelas de Sinchon y de Hongik, hasta tu escondite al pie del edificio gris. ¿Lo recuerdas, pequeña Naomi? Es el principio de tu vida, no puedes olvidarte de eso. No naciste en un hospital como los demás bebés, naciste en algún lugar de la ciudad, puede que en un jardín, o en la azotea de una casa, entre cajas de cartón y sábanas tendidas. Gritaste al mismo tiempo que tu madre que te traía al mundo y luego viniste aquí, al umbral de la maternidad, para que yo, Hana, te encontrara y te hiciese mía.

Pero Naomi no atiende. Todavía está en el otro mundo, en el de antes de nacer que los humanos llevan consigo, unido al cordón umbilical, a los miembros, al sexo, un mundo tan ancho y tan desconocido que la mente no puede concebirlo, porque la mente es solo ese pedacito de carne, y el tiempo y el espacio siguen unidos a él por unos instantes aún, unos días, unas semanas, como si a través de un orificio minúsculo se pudiera vislumbrar el principio del infinito.

Escucha mi voz, es la primera voz que has oído, porque los que te llevaron para dejarte en el umbral de la maternidad lo hicieron en silencio, del miedo que tenían a que un día te acordaras, reconocieses su voz y les gritaras: «Miserables, ¿qué habéis hecho? ¿Por qué me abandonasteis?». Mi voz cuando te encontré, en cuanto te cogí en brazos, yo, Hana, vieja ya y que nunca pudo tener hijos, de vientre seco y estéril y pechos vacíos como odres viejos y arrugados. Mi voz, canté cuando te cogí, para mecerte en brazos, canté una canción sin letra, la que mi madre me cantó cuando nací, lo recuerdo, la canción que le pedí cuando nos fuimos del sur para venir a esta gran ciudad y yo tenía miedo de perderme.

Cuando la mamá se va a buscar ostras al mar,  
 엄마가 섬그늘에 굴따러가면-

se queda solo el bebé cuidando de la casa.  
 아기가 혼자남아 집은보다가-

Y el océano al cantar adormece al bebé  
 파다가 불러주는 자장노래에-

en la cuna de madera. Ru, ru, ru...  
 팔배고스르르르- 잠이들니다-

Seguía cantando sin letra, así: Lu lulu lulu, lu, lu lulu lu lu, lu, lululu lululu, lu... Muy quedo, redondeando los labios para que las palabras sonasen como el arrullo de las palomas en el tejado, pichoncita mía, para que te acuerdes, para que sepas que ya hubo alguien, en la calle

fría, en el viento primaveral, en el olor de la hierba del parque, en la nube blanca de los cerezos en flor, en el roce de las gotas de lluvia de aquella mañana.

Después, la amplia sala de la maternidad acogió a la pequeña Naomi.

Llevaron rodando por las baldosas otra cama con cuatro paneles de tela y un colchón duro cuya sábana estaba tan tensa como la piel de un tambor. Dejaron a Naomi en la cama, gritó y todos los niños gritaron con ella, oyó de repente las voces humanas, daba miedo y al mismo tiempo era el comienzo de una aventura, todos esos bebés a los que habían abandonado las niñas madres desesperadas, los padres ausentes o timoratos, las familias ciegas de egoísmo y vileza, las instituciones, las leyes y las costumbres. Niñitos como animalillos glotones y feroces, aferrados ya a la vida con todos los miembros y con todos los nervios.

A Salomé no le gustó esta historia. Se esperaba una continuación, una intriga, algo para satisfacer su apetito. O puede que le recordase su propia historia, que sus padres la habían abandonado, que le habían legado una fortuna considerable y luego habían tomado veneno para reunirse con sus ancestros.

—¿Por qué no se sabe nada de esos bebés? Han tenido que nacer de una mamá, ¿no? ¿Por qué los abandonan? ¿Y qué va a ser de ellos?

—Le gustaría saberlo, ¿verdad?

De repente comprendí el poder que yo ejercía sobre ella, algo así como el que Frederick tenía sobre mí. Era una sensación agradable a la par que

venenosa, daba la impresión de estar cediendo a una tentación, a un vicio. Para asegurarme, añadí:

—Si no le gustan mis historias, podemos dejarlas ahora mismo.

Salomé agachó la cabeza. Yo era su único vínculo con el mundo exterior, un vínculo arbitrario, inmaterial, que nada tenía que ver con la danza habitual de las cuidadoras y las enfermeras que le cambiaban los pañales, la duchaban, le daban de comer y la ayudaban a acostarse. Susurró:

—No, por favor, quédese, cuénteme lo que quiera.

Así que continué la historia de Naomi.

Casi todo el tiempo se quedaba callada en la camita fría. Cuando los bebés empezaban a gritar —primero uno, luego otro, luego tres, luego diez, luego toda la sala, con las caritas crispadas como puños, la garganta aflojada en gritos estridentes, mientras la piel se les volvía rojo oscuro—, las enfermeras se abalanzaban, corrían entre las cunas, sin poder hacer nada, pasando de uno a otro, palpándoles los pañales, comprobando que no había ningún imperdible olvidado en los colchones y, por último, tapándose los oídos para no volverse locas.

Lo que no sabían es que era ella quien había lanzado la llamada para gritar. Cuando todo estaba silencioso —no por la noche, porque en la maternidad no había lugar para la noche, solo para la luz tamizada que emitían las lamparillas a lo largo de los rodapiés—, notaba que la invadía la angustia, la angustia de los pequeñines a los que abandonan igual que ahogan a los gatitos.

Entonces soltaba un grito, un solo grito, pero estridente y maligno, una llamada de socorro o un grito de rabia, y todas las criaturas se

despertaban y se ponían a llorar acto seguido, hasta que las cuidadoras y las enfermeras, e incluso las comadronas, acudían corriendo.

La vieja Hana sí que lo sabía. Se percató enseguida, por instinto, o porque había sido la primera en oírla gritar, cuando la recogió en el umbral de la maternidad, de madrugada. Pero no la delató. La comprendía, era su niñita y de nadie más, no podía aceptar que llegasen esos forasteros, con su cándida fatuidad, y se la llevasen a sus bonitas casas de Gangnam o a sus lujosos pisos a orillas del Han. Fue ella la que se inventó el rumor de que era una niña anormal, que era sorda, o mongólica, o incluso que padecía crisis nerviosas. Cuando los posibles adoptantes llegaban al otro lado del cristal y localizaban su cuna, porque de lejos se habían fijado en que tenía mucho pelo y la piel muy sonrosada, Hana se interponía: «Saben que este bebé no es como los demás, ¿verdad? ¿Se lo habrán dicho en la oficina de adopciones?». Si la gente insistía: «Pero vamos a quererla mucho porque lo necesita más que los otros», contestaba: «Esta niña no va a hablar, no les sonreirá nunca, de hecho, ni siquiera estamos seguros aún de que pueda ver, parece que tiene un problema con eso». Hana siguió ahuyentando candidatos hasta el día en que la dirección decidió que no podían seguir teniendo a Naomi, que causaba demasiadas alteraciones en la maternidad y que por su culpa habían dejado de adoptar a muchos otros bebés. ¿Qué iban a hacer con ella? Se habló de trasladarla a una institución estatal para niños minusválidos. Hana lo planificó todo. Comunicó que pronto tendría que dejar su puesto para volver al sur a cuidar de su madre. Unos días antes de marcharse, se las apañó para coger el turno de noche, la guardia de una a seis de la

madrugada, y reunió todo lo que iba a necesitar en los días posteriores. Esa noche, Naomi decidió superarse a sí misma. Estuvo tranquila durante horas enteras y todas las enfermeras de guardia se quedaron dormidas en la silla, delante de la pantalla del televisor. Hasta que, a las cinco y media en punto, Naomi soltó el grito más estridente y más atroz que jamás hubiera emitido. Empezó el zafarrancho de combate; todo el mundo corría por todas partes, con los ojos hinchados de sueño, para tratar de atajar el escándalo de los bebés chillando a coro. Hana aprovechó el desorden para arropar a Naomi en una manta, salió a hurtadillas, empujó la puerta principal y, fuera, vio el taxi negro que la estaba esperando con los faros encendidos y se sintió inmensamente feliz. Abrió la portezuela y se acomodó en el asiento de atrás con la pequeña Naomi en brazos. «¿Adónde vamos?», preguntó el taxista. Hana se limitó a contestar: «¡Todo recto!». Cuando el vehículo arrancó, Hana se arrellanó en el asiento y apartó una esquina de la manta. Las primeras luces del día aún no eran suficientes para estar segura, pero le pareció que Naomi sonreía.

## Continuación de la historia del señor Cho y sus palomas, agosto de 2016

Era un entrenamiento casi militar. Todas las mañanas, al alba, el señor Cho salía en su motocarro llevando dos o tres jaulas con sus parejas de palomas. Elegía con esmero un lugar, primero cerca del río, para entrenar a las palomas a cruzarlo de un tirón, sin pararse en los islotes o bajo los pilares de los puentes. Por la mañana, al amanecer, el anchuroso río parecía una serpiente de nubes con la bruma procedente del mar que remontaba el estuario. En la zona de Incheon, las palomas aprendían a volar por encima de las extensiones de hierbas rojas, que el agua del mar invadía despacio con la marea alta.

El señor Cho le había prendido en la pata a Dragón Negro un mensaje enrollado, escrito con palabras aisladas cuyo significado solo él conocía, tales como:

*mar*  
*isla*  
*viento*  
*ala*  
*regreso*

y a la pata derecha de Diamante prendía mensajes tiernos, llenos de amor:

*infinito*

*mucho tiempo*

*caricia*

y también el nombre de su mujer, Seon Hee-han.

El señor Cho se acuerda mucho de ella, murió allá, en la isla, cuando él aún estaba en la policía. Como no ganaba mucho, ella trabajaba de ttaemiri en una sauna, dando masajes y exfoliando la piel a las mujeres del pueblo.

El señor Cho empezó con la aventura de las palomas por ella. Recuerda que un día, al preguntarle por su abuela, ella le dijo: «Habría que ser un pájaro para volver allí». Resulta obvio. Las torres de vigilancia y el alambre de espino solo frenan a los animales terrestres y a los humanos. Las aves y los insectos, y puede que también las serpientes y las ranas, no dejan que las fronteras los detengan. Consiguieron criar todas esas palomas gracias al dinero de Seon Hee-han; al señor Cho le habría gustado que ella compartiera su sueño, mostrarle que era posible enviar un día un mensaje a la familia que se había quedado del otro lado. Pero ella murió antes de que se cumpliera.

Después de las pruebas por encima del ancho río, el señor Cho pensó que tenía que hacerlas en la montaña. Allá, del otro lado de la frontera, había montañas altas y nevadas, picos afilados y hondos precipicios, que eran obstáculos infranqueables para cualquiera que no supiera volar bien. Para los primeros entrenamientos, el señor Cho llevó las

palomas hasta la cima de la montaña Bukhan. Como el motocarro jadeaba un poco (databa de cuando al señor Cho le dio por transportar frutas y verduras del mercado a los centros urbanos), al señor Cho le pareció más prudente recurrir a un taxi. Negoció el precio para una carrera por la mañana temprano y otra de vuelta al final del día. El taxista, que se llamaba señor Li, era un antiguo policía, como el señor Cho, de modo que lo hizo con total confianza y por un precio muy razonable. La única condición que puso el taxista fue que las aves viajasen en el maletero, aunque no se pudiera cerrar del todo, para evitar malos olores y plumas dentro del vehículo. El señor Cho accedió sin dudarlo: «Las palomas no son frioleras, un poco de aire les sentará bien», dijo. Esta vez había preparado mensajes más explícitos, por si acaso alguna de las aves se perdía en la montaña y la recogía alguien que viviese por los alrededores. Venían a decir lo siguiente:

¡Hola! Me llamo Dragón Negro, llevo un mensaje para entregárselo exclusivamente a mi dueño, el señor Cho.

A continuación iban las señas. De buena gana habría añadido el número de teléfono de su hija, pero tenía miedo de que a ella no le pareciera bien que su número personal pudiese caer en manos de desconocidos y de que volviese a reírse de él por culpa de esa fijación suya.

De modo que una mañana de abril, muy temprano, el taxi del señor Li llevó al señor Cho hasta la cima de la montaña. El viento era frío pero más arriba de la bruma el cielo brillaba con un azul immaculado.

«Venid, queridas mías —le decía el señor Cho a su pareja de palomas—. Vais a aprender lo que es volar en el aire más puro de este país, lejos de la ciudad.» Primero abrió a medias la jaula para que las aves se familiarizasen con su misión. Mientras tanto, arrullaba desde lo hondo de la garganta, rrrrru rrrrru, para tranquilizarlas. Primero sacó a Diamante, la tuvo cogida entre las manos, soplándole suavemente en el pico, mientras ella se revolvía un poco porque había notado el olor delicioso del aire, los pinares al sol, las plantitas crasas entre las piedras y puede que incluso el olor de la nieve, un olor plácido que solo las aves pueden captar. Al rato, el señor Cho anduvo hasta un murete que dominaba el paisaje y lanzó a Diamante al cielo. Observó cómo alzaba el vuelo muy alto, cómo pasaba por delante del sol naciente y luego giraba por encima de los árboles. El ruido de sus alas llenaba el aire inmóvil. Inmediatamente después, el señor Cho liberó a Dragón Negro, que se elevó en vertical, con un batir de plumas apresuradas, y se reunió con su compañera.

Las dos aves se encontraron en el cielo y se pusieron a piruetear una en torno a otra, tan cerca y tan deprisa que el señor Cho temió por un instante que se estamparan contra las rocas. Luego cerró los ojos para sentir mejor lo mismo que ellas sentían, como un huracán de luz y de viento, haciendo que girara la montaña allí abajo, trenzando los hilos de las nubes blancas y grises.

También Salomé cierra los ojos. Ha tendido la mano y yo se la he apretado entre las mías, como si pudiera transmitir a través de la piel el sabor del aire en la cima de la montaña, el sonido del viento en los pinos, el batir de las alas de las palomas. Le da un escalofrío, porque la enfermedad le ha multiplicado

las terminaciones nerviosas y basta con que la roce un soplo de aire para que vibren todas sus células. Fue Yuri, mi amiga médico, quien me habló por primera vez del síndrome de dolor regional complejo (SDRC): «En determinada fase de la enfermedad, la mínima sensación se convierte en un sufrimiento intolerable, hay que recurrir a los calmantes». Lo dijo con toda la frialdad médica pero aquí, en el cuarto con las cortinas echadas para contrarrestar la luz, amortiguada en el silencio, me parece percibir lo mismo que siente Salomé, como una ola eléctrica en la piel, en el cuerpo y hasta la raíz del pelo. Susurro: «Lo siento, Salomé, no quería hacerte daño, si quieres puedo marcharme». No contesta pero se le crispa la mano y los dedos de uñas ganchudas se aferran a mí y se me clavan en la carne, y sus labios finos se vuelven azules.

La corriente eléctrica aún dura un buen rato. Poco a poco languidece, se retira al fondo del cuerpo de Salomé y noto en mí cierto cansancio, esa especie de embotamiento que sustituye al dolor.

Pues ya está, ha llegado la hora de mi propia historia, no me la he inventado, la he vivido.

He decidido contársela a Salomé porque, en un momento dado, me cansé de que todo fuera demasiado perfecto. Por supuesto, Salomé está gravemente enferma, ya no se puede mover de la silla de ruedas, lleva pañales y la piel es un papel áspero marcada con rojeces y cardenales. También está el olor, que me cuesta aceptar. Antes de conocerla, yo no sabía que las personas enfermas tienen un olor. Es un olor un poco ácido como el de los viejos, sé muy bien cómo huelen los viejos porque cuando era pequeña pasé mucho tiempo dándole masajes a mi abuela. Pero en el caso de los viejos, el olor es más suave, un poco como el de las flores marchitas. En cambio, Salomé tiene un olor fuerte, acre, un olor animal, mezclado con el sudor. Aunque la enfermera le eche en el cuello litros de colonia, el olor sale a flote y asciende a la superficie. A veces me dan ganas de decirle: «Salomé, hueles mal». No se lo digo, pero no por consideración ni porque me pague (al fin y al cabo, no soy su criada, soy su narradora). No, es más bien por orgullo, porque creo que no tengo derecho a quejarme y que no podría cambiar nada. O vuelvo a su casa, o no vuelvo más. Pero ¿qué saco con esa cháchara?

Sin embargo, el olor está muy dentro de mí. Cuando vuelvo a casa, al pisito del semisótano, abro la claraboya a ras de acera aunque haya bolsas de basura que atraen ratas y cucarachas. Me tumbo en el colchón puesto en el suelo y el olor regresa, llena la habitación, me llena las fosas nasales. Me he llegado a preguntar si no seré yo quien genera este olor. Meto la cabeza debajo de una sábana y me duermo apretando los puños.

Así fue como llegó el asesino *wannabe*.

## Historia de un aprendiz de asesino, finales de agosto de 2016

Por aquel entonces, yo aún vivía en el barrio que está más arriba de Ewha, de callejuelas que trepan colina arriba con edificios de dos plantas más bien sórdidos. De hecho, ese era el nombre que yo le daba al barrio. Cuando las amigas de la universidad me preguntaban dónde vivía, yo contestaba: «El barrio se llama El Sórdido».[3] También podía haber sido el nombre del edificio, aunque no tuviera nombre, solo un número, tipo 203 Dong o 1002 Ho. Era de ladrillo y bloques de cemento, con las ventanas metálicas al igual que las puertas y sin luz en la escalera casi vertical. El primer piso lo ocupaba un restaurante de seolleongtang y el segundo, un salón de masajes. A mí me tocaba el semisótano de una sola ventana, una claraboya a ras de acera que a menudo quedaba tapada con las bolsas de la basura. Al principio de vivir allí, me enzarqué en una batalla desesperada (la desesperada era yo) con una rata enorme que hacía vida en mi alojamiento. Se movía por las bocas de ventilación y había forzado la rejilla. Cambié la rejilla por un taco de madera, pero lo roía todas las noches. Puse un trozo de yeso que no fue obstáculo para sus dientes. Como último recurso, compré en una ferretería un trozo de cinc y lo clavé en la pared, pero las noches siguientes fueron un infierno porque la rataza (a la que había llamado Fat Boy, aunque no descartaba que fuera una Fat Girl) intentaba abrirse camino a través del cinc y el ruido de sus incisivos contra el metal

producía una música estridente que me tenía despierta hasta por la mañana. El propio ferretero se compadeció de mí:

—Contra las ratas, solo hay un remedio —me dijo.

Pensé que se refería al veneno.

—No, esa rata suya sabe muy bien lo que es el veneno, no lo tocará, y es peligroso para los niños. —Me dio los cascos de una botella de soju envueltos en un periódico—. Machaque esto y mézclelo con unas albóndigas de arroz. Se lo comerá y la palmará.

Me pareció una solución cruel, pero era la rata o yo. Al cabo de unas noches, no volví a saber de la rata, así que me imaginé que se había ido a morir fuera, en algún rincón oscuro.

La rata fue solo el principio. Porque, pasado un tiempo, fui víctima de un ataque más dramático. Estaba durmiendo en mi colchón cuando me despertó una presencia extraña. Pensé que había sido una pesadilla, pero cuando me volví hacia la ventana tragaluz, creí que se me paraba el corazón. Al otro lado del cristal había un hombre acucillado, mirándome. Yo pensaba que no podía verme nadie, dada la ubicación del tragaluz, a ras de acera, y por eso no había puesto cortinas. Era pleno verano, hacía un calor sofocante y tenía la ventana entornada. Podía oír nítidamente la respiración del hombre e incluso ver los dos halos de vaho que dejaban sus fosas nasales pegadas al cristal.

No sé cuánto tiempo estuve paralizada mirando la silueta de ese hombre, como en una pesadilla en la que no te atreves ni a respirar, hasta que al final el grito me salió de la garganta, grité con todas mis fuerzas, como para quedarme sorda en aquel cuartito, y el hombre se fue corriendo. ¿Qué iba a hacer yo? ¿Denunciarlo a la policía? Pero si

no había pasado nada y ni siquiera podía dar una descripción. Solo una silueta, apretujada contra la ventana, el sonido de la respiración, la sensación de su mirada. No podía contarle, ni siquiera al ferretero, ¿tendría también algún sistema para librarse de un stalker? Las siguientes noches forré la ventana con hojas de periódico pegadas con papel celo al cristal, incluso coloqué el único sillón del cuarto contra la puerta, pero no pude dormir. De tanto en tanto, cuando me quedaba amodorrada, oía nítidamente que golpeaban el cristal, unos toquecitos rápidos e impacientes, y entonces me hundía en la sábana para no oírlo.

Y luego, ya no fue solo por la noche. Ahora, cuando salía del semisótano para ir a clase o a trabajar en la biblioteca, tenía la sensación de que me seguían. El barrio El Sórdido era ideal para eso: con esas callejuelas que bajaban en picado hacia la estación de metro, los recovecos oscuros, las entradas de garaje o los patios interiores, todo me escamaba y veía siluetas sospechosas por todas partes. Echaba a correr sin volverme, giraba a la izquierda, a la derecha y luego me paraba, para mirar a mi espalda en el reflejo del escaparate de la farmacia. Ahí estaba la silueta negra, detrás de mí, un hombre alto y fuerte, con los hombros caídos, los pantalones como un acordeón, camiseta gris y un gorro de lana calado en la cabeza a pesar del calor. Ahora me sabía cada detalle de su persona, sin haberlo visto nunca de frente. Cuando se me pasó el pánico, decidí contraatacar, recabando todos los elementos posibles para una descripción. Sobre la estatura, había calculado a qué altura estaba pegado un cartel en el poste eléctrico y, otra vez en el escaparate, vi que él era unos diez

centímetros más alto, lo que suponía un metro ochenta, más o menos. El peso no estaba tan claro, decidí colarme entre unas cajas de cartón que habían dejado en la acera y me fijé en que él no pudo meterse por el mismo sitio, tuvo que bajar a la calzada. Tampoco tenía claro la edad, pero era capaz de correr o de andar a zancadas, así que deduje que estaba casi seguro en la flor de la vida y que era, por tanto, peligroso.

¿Por qué me había elegido a mí? Seguramente había dado conmigo mucho antes de que yo me percatara, cuando llegué a este maldito barrio, al semisótano de aquel edificio, cuando salí huyendo del piso de mi tía. Pero ¿por qué se empeñaba en seguirme? Para despistarlo, cambié de hábitos. Hasta entonces me acostaba tarde, me quedaba mucho rato leyendo y estudiando en la habitación con la luz encendida, y cuando me despertaba era casi mediodía y la jornada ya estaba más que empezada. De modo que comencé a apagar la luz temprano, para que creyese que estaba dormida, y me acostumbre a madrugar mucho, a veces a las seis de la mañana ya estaba en la calle, sin haber comido nada, sin haberme lavado los dientes siquiera, salía con la ropa del día anterior, sin haberme mudado ni peinado, quería estar hecha una pena para que a nadie le apeteciera dirigirme la palabra. Al principio pensé que él lo había entendido, que renunciaba. Hasta que, al ir a bajar las escaleras del metro, me di la vuelta y ahí estaba, en lo alto de la callejuela, con las manos en los bolsillos y el consabido gorro de lana calado en la cabezota redonda, incluso lo vi sonreír. Y esa sonrisa me provocó un escalofrío entre los hombros, como si de lejos me hubiese rozado la piel con un cuchillo.

Salomé escucha mi historia sin inmutarse. Creo que ella también está asustada, puede que hasta ahora nunca se le hubiese ocurrido que alguien pudiera seguir a una chica por la calle, sin decirle nada, sin acercarse, solo por el puro placer de engendrar miedo. Me sabe mal contarle todo eso, alterarle la espera; ¿lo hago para vengarme de ella, de ese mundo suyo tan confortable y protegido, a pesar de la enfermedad, ese mundo en el que nunca falta el dinero, en el que las enfermeras se relevan a horas fijadas, para atenderla, y al que pertenezco ahora porque me he comprometido a hablar con ella? ¿O será porque quiero castigarla por estar como está, indefensa, rodeada de su propio olor a muerte? Le digo:

—Lo siento, no debería contarle todo esto. Está claro no le está gustando mi historia.

Ella lo niega, de pronto se le encienden las mejillas y le brillan los ojos.

—No, no, Bitna, por favor.

Y añade:

—Es una historia, ¿verdad? ¿No es real?

Por un instante me entran ganas de decirle: «Pero ¿qué se ha creído, que soy capaz de inventarme a un asesino?».

Me contengo.

—No, no, Salomé, claro que es una historia, como la de la señorita Kitty, la gata que llevaba mensajes, o la del señor Cho y sus palomas.

Pero he titubeado y Salomé rellena de inmediato ese vacío entre su pregunta y mi respuesta, le gustaría creer que no es cierto, y al mismo tiempo está deseando saber más, porque una mentira siempre oculta una verdad.

La estación de las lluvias llegó bruscamente, soltando trombas de agua encima de la ciudad y hasta ríos por las calles, era la primera vez que me pasaba porque en Jeolla-do, cuando llueve, la tierra absorbe enseguida los arroyos y los charcos, mientras que aquí, en el barrio de Sinchon, era algo así como el fin del mundo. Pasaban por el cielo nubarrones que tapaban las cornisas de los edificios, los cruces entre calles estaban anegados, de las bocas de alcantarilla brotaban géiseres. Todos los días, para ir a la universidad o a dar mis clases de idiomas, tenía que enfrentarme al desastre. Ni hablar de llevar un paraguas. Embalaba la mochila con varias bolsas de plástico y me resguardaba como podía bajo un impermeable de marinero (¡era lo único que me quedaba de cuando vendía pescado en mi juventud!). Para andar por la calle me quitaba los zapatos y los llevaba en la mano. Lo bueno de haberte criado en un pueblo es que te acostumbras a andar descalza, mientras veía cómo mis compañeras de la universidad se tropezaban con los zapatos de tacón hundidos en el barro o se escurrían con las sandalias, braceando como aves en un banco de hielo. Siempre me ha gustado andar descalza bajo la lluvia, notar cómo se me desliza el agua entre los dedos; recuperaba las sensaciones de mi infancia. Esa estación me dio una tregua porque la silueta de mi *stalker* desapareció. Seguramente no le gustaba mojarse o bien era más torpe que yo y no conseguía seguirme por las calles y callejuelas convertidas en torrentes.

Dejé de ver al señor Pak durante esa estación, sucedió por las buenas, sin

haberlo planeado, él tenía que haberme llamado y no lo hizo, yo tenía que haber ido a buscarlo a la librería un sábado por la tarde y, en cambio, me fui sola al cine a ver una película policíaca. Era como si la ausencia del *stalker* fuese el motivo de que desapareciese mi enamorado. O como si ambos no fuesen más que las dos caras del mismo personaje: por un lado el hombre dominante y narcisista, algo egocéntrico, y por el otro, el desconocido temible y codicioso.

Llevo una temporada sin ver a Salomé y tampoco la he llamado. Supongo que por culpa de la estación de las lluvias. Y porque tenía que preparar las clases del curso básico de francés que doy en la universidad. Había aceptado el trabajo aunque pagaban una miseria. Me lo ofreció Youn-ya, la *bitch*. No es muy legal, porque no tengo los títulos necesarios, pero la convencí de que había vivido mucho tiempo en África y de que hablaba como una nativa. Y además, le viene de maravilla, porque ella y su marido han decidido tener un hijo y está pasando toda la serie de pruebas. Claro que, con cuarenta años, está en el límite, pero no me da ninguna pena. Primero porque es y seguirá siendo la *bitch*, siempre tan arrogante y segura de sí misma y de la fortuna de su familia (su padre es dueño de la mayor fábrica de tortas de arroz inflado de Seúl y ha empezado a exportarlas a los países africanos); y segundo, porque solo me paga una parte pequeña del sueldo de la universidad por ocupar su lugar. Sé que podría amenazar con denunciarla pero ¿qué iba a sacar? Ella seguiría ocupando su cargo gracias al dinero de papá y yo me ganaría la fama de *bitch* (la desagradecida que muerde a traición). De modo que me quedo todos los días en la universidad para preparar las clases y los exámenes de respuestas múltiples, y para descargar imágenes y canciones conocidas: Dalida, Hervé Vilard y el que me sigue gustando, Alain Souchon. Así le daba algo de vidilla al repertorio de Youn-ya la *bitch*, que no pasa de «Tombe la neige» de Adamo.

Cuando llamé por teléfono a Salomé para que dejara de enviarme mensajes, tenía la voz realmente apagada.

—¿Qué tal está, Salomé?

—Mal, muy mal.

—¡Vaya! Cuánto lo siento.

Hubo un silencio denso. Podía intuir el sonido de su respiración, un roce agudo, algo así como el viento pasando entre agujas de pino. Me imaginaba el calor que hacía en su cuarto, la luz del sol en las cortinas echadas, el olor a sudor en la ropa de Salomé. Se me encogía un poco el corazón, como algo que conoces demasiado pero que también necesitas.

—Puedo ir a verla ahora.

Lo dije sin estar convencida del todo. Noté al instante el alivio que sintió Salomé al oír esas palabras, como un suspiro, o como si le resultase más fácil respirar. En el fondo, era muy sencillo. A toda acción corresponde una reacción. Podría haberle mentido, solo por probar. Un experimento cruel, pero es que últimamente había aprendido a ser cruel. Como el señor Pak, que quedaba y luego no acudía a la cita, o que llamaba y no dejaba mensaje. Desde una cabina telefónica o desde un número prohibido, el de la librería, por ejemplo. Y no servía de nada volver a llamarlo.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo, si quiere.

—Entonces coja un taxi y pida el recibo para que se lo pague yo.

—Pero no tengo dinero para un taxi.

—Entonces se lo pido, ¿dónde está?

—En la universidad.

—Voy a pedirlo.

Al cabo de un minuto:

—El taxi llegará dentro de quince minutos. A la puerta de la universidad.

—De acuerdo.

Me quedé impresionada al ver el cambio que había experimentado el cuerpo de Salomé en pocas semanas. Era como si el tiempo, que para mí corría con normalidad, una hora tras otra, un día tras otro, una noche tras otra, con ella hubiese empezado a galopar. El rostro seguía siendo hermoso (siempre pensé que se parecía a un dibujo de Dante Gabriel Rossetti, con el puente de la nariz algo pronunciado, la mirada brillante en la sombra que dibuja el arco de las cejas y el flequillo de pelo negro muy recto, cortado a tijera), pero tenía una expresión extraña, un poco estática, como si la acechase algo espantoso de lo que no podía deshacerse. Estaba hundida en la silla, con la manta en el regazo a pesar del calor.

Me recibió con una sonrisa forzada.

—*Long time no see* —me dijo.

—No hace tanto —empecé a decir.

Pero no me escuchaba, tenía un gesto de impaciencia.

—No me apetece oír eso. Quiero que me cuente el final de las historias.

También tenía la voz alterada, con un velo en las cuerdas vocales. Respiraba deprisa, con la boca entreabierta, y el aire tibio le silbaba entre los dientes, me parecía estar oyendo el ruido de un motor a vapor, pero solo era la forja de los pulmones, que estaba en marcha.

—¿Y el presunto asesino?

—Desapareció... provisionalmente.

—¿Cómo que desapareció? Esa gente nunca desaparece del todo.

Me miraba con expresión irónica. Yo estaba a punto de decir una trivialidad sobre la lluvia que todo lo hace desaparecer, pero me lo impidió su mirada. Se me ocurrió que ella sabía o sospechaba algo que yo no había entendido.

—Pero no necesito esa historia —me dijo.

Empecé el ceremonial yendo a buscar al aparador las tacitas y los platillos, las bolsas de té y la tetera *salam-tea* que su padre le había traído de Inglaterra. Pulsé la palanca para encender el hervidor y esperé, de pie ante la ventana. A través del visillo veía la calle vacía, el cemento de la calzada reluciente por la lluvia y las plantas. Ese cuadrado en la pared era lo único que Salomé podía ver del mundo. Hasta el cielo estaba fuera de su alcance, oculto detrás de los edificios más altos.

—¡Dese prisa!

Era la primera vez que Salomé me daba una orden, pero la voz contradecía las palabras, porque era más bien un quejido que exhalaban los labios delgados y le temblaba en el aliento.

Me senté frente a ella, no en un sillón sino en una sillita baja (una silla de costurera) que me permitía estar frente a ella, como a sus pies. Era la postura del narrador, creo, y me gustaba mucho. En cada ocasión me acordaba de la hermana de mi padre, en realidad su hermanastra, mayor que él, a la que llamábamos Gomo; estoy casi segura de que ese era su nombre. Cuando contaba cuentos, yo me acomodaba a sus pies y dejaba que sus dedos me acariciasen el pelo despacito.

## Final de la historia del señor Cho para Salomé, finales de agosto de 2016

Lo cierto, dije (creo que con cierta solemnidad), es que todo tiene un final, incluidas las historias más increíbles. Eso lo sabía hasta el señor Cho. Por eso llevaba mucho tiempo retrasando el momento de dejar que sus viajeras, su querido Dragón Negro y la mujer de este, Diamante, partieran hacia el otro extremo del mundo.

Puede que en lo más hondo lo asustara la prueba final. Llevaba mucho tiempo esperando ese momento, el de regresar al país natal. Desde que era un niño en la isla de Ganghwa-do, con su madre, y esta le cantaba la famosa balada de Arirang, por la noche, con los ojos vueltos hacia la línea de bruma que tapaba la otra orilla del ancho río Han. Se acordaba muy bien, se había acordado casi todas las noches de su vida, a la hora en que la luz se extingue, como una oración.

«Algún día, algún día cruzaremos el río, cruzaremos las montañas y volveremos a estar en casa.» Eso era lo que le cantaba su mamá cuando era niño, mientras lo acunaba, y él se dormía y soñaba que volaba hasta el otro lado. Puede que fuera el único que se acordaba. Cuando se lo contó a la que iba a ser su mujer, Seon Hee-han (aunque a ella siempre le había gustado más Nancy, su nombre inglés), ella le tomaba el pelo. Al principio, con cariño: «¡Todos los niños sueñan con ir al cielo con su mamá!». Y, a medida que pasaban los años, se convirtió en una burla

desabrida y agria: «Hala, pues vete al otro lado, ya que se está tan bien. ¡Cuentan que a los muertos hay que enterrarlos corriendo para que no se los coman, del hambre que pasa!». El señor Cho comprendió que su mujer ya no entraría en ese sueño suyo y dejó de hablar de él.

El señor Cho sintió que había llegado el momento. Desde que su mujer murió, había dedicado la vida a preparar el viaje de vuelta. Ahora ya no había nada que se opusiera a sus fantasías y su hija había crecido, se había casado con un oficinista del servicio de inmigración (eran sobre todo chinos) y ya no tenía tiempo ni ganas de criticar a su padre. Podía hacer lo que le viniese en gana con sus palomas, a ella la traía sin cuidado.

Por otra parte, el señor Cho era consciente de que tenía que tomar la decisión mientras todavía estuviera a tiempo. Aunque aún se sentía muy robusto para ser un jubilado (y el cargo de portero en el edificio Good Luck! le dejaba bastantes ratos libres), comprendía que los años que le quedaban iban a ser cada vez más cortos. Algún día ya no tendría fuerzas para emprender semejante viaje.

A finales de la década de 1960 hacía ya tiempo que la guerra se había acabado, pero se seguía hablando con regularidad de problemas en la frontera. Los soldados del sur y los soldados del norte tuvieron una escaramuza en la Zona Desmilitarizada de Goseong, en Euji. No hubo muertos ni heridos, pero sí disparos con balas de verdad e incluso algunos impactos de mortero. Todo aquello podía repetirse en cualquier momento.

El señor Cho no podía dejar nada en manos del azar. De modo que decidió someter a las aves a un entrenamiento especial. Primero pensó en una traca como las que se disparan en Año Nuevo. Pero el pedorreo de esos petarditos le pareció ridículo. No se trataba de asustar a los gorriones sino de algo de más envergadura, del viaje más peligroso que sus palomas hubieran emprendido nunca.

Así fue como decidió coger un autobús que iba al sur de la ciudad, hasta un barrio cercano al parque zoológico, para subir luego por el camino sinuoso entre bosques de pinos. Allí, en un claro, estaba el centro de entrenamiento de tiro. Tras inspeccionar la zona, el señor Cho decidió que lo mejor era apostarse un poco al este de las instalaciones, en lo alto de una elevación, en un lugar donde nadie pudiera sorprenderlo.

Aún era temprano y el centro acababa de abrir. A eso de mediodía, el señor Cho soltó a las palomas, primero a Pinzón y a su mujer, Raposa, y luego a Presidente y a Viajera, y a Mosca a quien siguió su mujer Cigarra. Las detonaciones de las pistolas y los fusiles retumbaban en el cielo azul, en el aire flotaba el olor a pólvora. Cuando el fuego se intensificó, el señor Cho sacó delicadamente de la jaula a Dragón Negro y le acarició largo y tendido el buche porque él era su héroe, el que iba a realizar la tarea. A continuación, lo lanzó al aire rumbo al pabellón de tiro y de inmediato Diamante se lanzó a su vez, dibujando un amplio círculo por encima de los pinos.

El señor Cho estuvo esperando a que volvieran las aves hasta que cayó la noche. Las detonaciones de los fusiles en el pinar habían tapado los demás ruidos, no se oían ni los coches de la autopista cercana ni el

chirriar de las cigarras. El señor Cho pensaba en lo que habría oído su madre cuando corría por el campo con su niño sujeto a la espalda con un chal, mientras las ráfagas de los fusiles ametralladora y los obuses se desataban, tambaleándose por el agua de los arrozales de Pohang-dong, en Masan; era a finales de verano, hacía mucho tiempo, en 1950, el señor Cho aún no era más que un niño de teta, pero le parecía recordar todos los silbidos de las balas y todas las ondas de choque de los obuses que explotaban contra el suelo.

Hacia el crepúsculo, la bruma empezó a cubrir el cielo y el señor Cho vio a las aves a lo lejos. Volaban en círculos, dos parejas apenas separadas por unos aletazos, buscando a su amo. Las detonaciones de los fusiles habían callado. Las cigarras habían reanudado su concierto, por oleadas, subiendo y bajando en armonía con el ruido de los coches de la autopista.

El señor Cho dio la señal, unas palmadas, y las palomas se acercaron, primero las hembras, luego los dos machos, y se posaron sobre la tierra seca, entre los pinos. Habían estado volando todo el día pero no parecían cansadas. Cuando el señor Cho las cogió entre las manos, notó que el corazóncito aún les latía muy rápido, al ritmo de la excitación de ese día de libertad tan largo por encima de las colinas. El señor Cho las devolvió, una tras otra, a sus jaulas, sin darles de comer, solo un poco de agua en los bebederos sujetos a los barrotes. Tampoco él había comido ni bebido nada en todo el día, como para acompañar a las palomas en su prueba. Se sentía muy orgulloso porque sus criaturas habían superado la prueba y ahora ya nada se oponía a que el viaje de vuelta a la tierra natal fuese un éxito.

Salomé se había estirado un poco en la silla, sin mover los brazos ni las piernas, tan solo relajando los músculos. Le había desaparecido del rostro la expresión de angustia y casi sonreía.

—Entonces, ¿cuándo se van a marchar de veras? —preguntó.

Yo le dije:

—Mañana.

Podría haberle dicho que ahora mismo, pero fuera la luz ya había declinado igual que en la historia, había dejado de llover y decidí que sería mañana, por ella, por mí y por el señor Cho.

Ya es mañana.

Es el gran día de la partida para el señor Cho. Ha contratado los servicios de una camioneta del mercado y él y las palomas se suben rumbo a su última aventura, del otro lado de la frontera. Se conoce bien el lugar, fue donde se crio con su madre, cuando llegaron del sur después de la guerra, en 1956. Era el punto más cercano al lugar donde había nacido, exactamente del otro lado del estuario del río Han. La madre del señor Cho quiso afincarse allí, en ese pueblo aislado, porque así tenía la sensación de comunicarse con la familia que se había quedado allá, con el marido que desapareció, con su abuelo, con todos aquellos a los que había perdido. A veces le hablaba a su hijo de la vida de antaño, cuando vivían en la plantación de perales y no les faltaba de nada. Del padre del señor Cho no hablaba mucho porque no fue más que un peón agrícola, pero era un hombre guapo, alto y fuerte, con una voz bonita para cantar las baladas de moda, y así fue como la sedujo y la dejó preñada, pero la familia de ella lo despreciaba. Cuando estalló la guerra, se escapó para unirse a las tropas del norte y nunca más se

supo. La madre del señor Cho decidió entonces marcharse con el niño, atravesó el río en una balsa y viajó hasta el sur, hacia Pohang-dong. Ahora los recuerdos le volvían a la cabeza al señor Cho, sobre todo la canción de Arirang, y se le llenaban los ojos de lágrimas mientras abría, una tras otra, las jaulas de las aves.

—¡Venga, volad a lo alto del cielo, hasta mi país natal, hasta la plantación oculta en lo más hondo del valle, la reconoceréis por los perales tan hermosos, le llevaréis mis cartas a mi familia, a mis sobrinos y sobrinas, a mis primos y primas, les diréis que Cho sigue vivo, les daréis las palabras que he escrito para ellos, allá, del otro lado del río, las palabras de esperanza y de amor, las palabras de alegría y de risas, las palabras de felicidad!

Salomé ha cerrado los ojos en la luz cálida y suave de la tarde. Escucha las palabras del señor Cho, escucha el sonido del viento en las alas de las aves, el roce de las remeras, el viento que las eleva por encima del agua oscura del ancho río, las ondas que se estremecen sobre el agua como sobre la piel de un animal, el olor de la siguiente tierra que se acerca, los sonidos de los campos, las voces, las risas de los niños.

Escucha, el viento viene del mar, el viento claro de la mañana, respira y nota el viento en la piel de la cara, Salomé, estás volando muy alto por el cielo, hacia el norte, hacia la otra orilla del mundo, es tu último viaje, con Dragón Negro, Diamante y las demás, el viento te embriaga, el viento te deslumbra y te corta el resuello, pero sigues volando, vas en derechura al final del viaje, abres los brazos y notas el viento en el

cuerpo, ya no pesas nada, eres una pluma al viento, una hoja, un pétalo de flor, y por debajo de ti el río con sus islas te impulsa hacia arriba, hacia el norte, hacia el país del retorno.

Salomé sigue con los ojos cerrados mientras yo le hablo cada vez más bajo, cada vez más despacio. Abre las manos, siente el aire entre los dedos, respira el viento, nota el sabor a salitre del mar y el sabor a miel de las praderas floridas, los largos tallos de las eulalias que ondulan al viento, el follaje de los árboles, los setos brillantes de camelias y todos los caminos que se cruzan, no carreteras sino senderos que van entre tapias de piedras, y los tejados de chapa azul de las aldeas; son las palabras las que la transportan, ya ni siquiera necesita oírlas, nacen en su mente como cohetes que se iluminan.

Las palomas vuelan el día entero hasta que cae la noche, por encima de los valles y las colinas, por encima de los arrozales amarillos y los campos de colza, por encima de las fábricas y las estaciones de clasificación ferroviaria, por encima de las aldeas grises, los campos de aviación, los lagos y los ríos. Y cuando cae la noche, las palomas reconocen el lugar donde nació su amo, el valle angosto encajado entre dos montañas donde crecen los árboles frutales. Entonces dibujan un último círculo en el cielo y se posan en los tejados de las casas, una pareja, luego otra, y otra más, están todas, no falta ninguna, ninguna se ha perdido. Caminan por el tejado del pajar y las uñas les chirrían en el metal y en el buche arranca el arrullo de la paz, su cancioncita dulce y triste, su saludo de amor antes del apareamiento.

Salomé cierra los ojos, oye las voces de la gente que vive en la

granja, primero los gritos de los niños, han descubierto las palomas en el tejado del granero y las llaman: «¡Ho-ho-ho!». Llegan los adultos, uno tras otro, mujeres con delantal de trabajo, hombres de rostro atezado, son altos, de hombros recios y manos que ha encallecido el trabajo. Están todos a pie firme delante de la casa de cemento, mirando esas aves que nunca han visto antes. Entonces uno de ellos apoya una escalera en la pared y trepa despacio, con precaución, y cuando agarra a Dragón Negro, el ave no se resiste, está tan cansada del viaje que no se puede revolver. En el suelo, todo el mundo rodea al ave y en ese momento Diamante baja a su vez, se posa junto a su marido, y las demás parejas acuden a su vez y los niños las cogen entre las manos, riendo. Hasta que una niña llamada Mi-sun exclama: «¡Mirad, tiene una carta sujeta a la pata!». Señala el canutillo de papel, que el hombre desenrolla y la mujer lee en voz alta, solo esta palabra: «porvenir». Es una palabra secreta, que rebota de boca en boca, mientras desenrollan los otros papeles, uno tras otro, con sus mensajes de una sola palabra. Alguien menciona la palabra «espía», un nombre que asusta, y todos retroceden un paso, pero la paloma picotea tan tranquila los granos de arroz que le ha traído Mi-sun y los comparte con las aves. Están a mitad del día, el sol del invierno incipiente quema a través de la bruma. Las palomas han llegado hasta aquí, guiadas por una orden misteriosa y obvia, hablan del otro mundo, del otro lado del estuario del río, un mundo que deja de ser ajeno. Andan por el suelo, entre los moradores de la gran explotación colectiva de perales. Es el final de su viaje. Mañana, o quizá dentro de unos días, Mi-sun y los niños escribirán una palabra en la hoja de papel, la enrollarán alrededor de la pata derecha de Dragón Negro y harán otro tanto con las demás palomas, solo una palabra, como «felicidad» o «amor» o «alegría», y luego tomarán a las

aves entre las manos y las lanzarán hacia el cielo, en la dirección de vuelta.

Salomé está reclinada en la silla, con la cabeza un poco ladeada y los ojos llenos de lágrimas, pero no sabe si de alegría o de pena. Es el final de una historia, el final de un viaje.

Le cojo la mano, se la estrecho mucho rato, tiene la mano caliente y seca, febril.

Me voy despacito, sin decir adiós. Es hora de que la atiendan, la enfermera está de pie delante de la puerta del salón, el delantal blanco reluce en la penumbra, como una especie de aparición. El señor Cho ha cumplido su sueño, está de vuelta, no anhela nada más, porque para él el mundo es perfecto. Pero aquí, para los que vivimos en otra parte, no hay nada realmente zanjado. La felicidad no existe. Tan solo algunos sueños, algunas palabras. Tan solo el viento del mar que sacude las plumas de las aves cuando cruzan el estuario.

Y la realidad asesina.

La estación de las lluvias nos ha dejado cansadas, a Salomé y a mí, como si toda esa agua que corría por las calles y se evaporaba sobre el cemento recalentado de las carreteras nos hubiese lavado y fregado, escurrido y tirado, vaciado y dejado sin fuerzas.

Yo había decidido volver a mudarme; la vivienda del semisótano ahora resultaba peor que insalubre, con la lluvia habían aparecido en las paredes manchas sospechosas y la rataza que durante una temporada había renunciado a invadirme había vuelto con redoblado entusiasmo y un montón de amigos de refuerzo, y todas las noches empujaba la chapa de cinc atornillada a la pared, oía nítidamente cómo le rechinaban los dientes, me daba la impresión de que había digerido la pasta de harina de arroz y vidrio machacado y había vuelto para echármelo en cara obligándome a oír cómo masticaba las últimas migajas de vidrio, ¡y sonaba como un alma en pena! También había visto cucarachas correteando por el cuarto de baño (que en realidad solo era una ducha colocada encima de una placa turca), y como dice el refrán, cuando ves una rata es que hay diez y cuando ves una cucaracha ¡es que hay cien! ¡No me daba la gana seguir contándolas!

A través de una amiga de mi madre conseguí la dirección de una vivienda que alquilaban en el otro extremo de la ciudad, al sur del todo, tanto que no sabía ni siquiera si se encontraba aún en la ciudad o ya en el campo; se tardaba más de una hora en llegar a la estación de metro de Oryu-dong. Hice el equipaje atiborrando el *trolley*, el bolso de bandolera y la mochila con

todas mis cosas, sábanas, ropa e incluso la almohada en forma de conejito que me había regalado mi madre cuando me fui de Jeolla-do. Me marché una mañana muy temprano, antes de que se despertara el barrio, para no arriesgarme a que me vieran el casero (al que le debía tres meses de alquiler) ni el terrible *stalker* (aunque este último se había esfumado por completo tras la estación de las lluvias, igual se había derretido como un muñeco de nieve al sol). Me iba sin dejar ni señas ni añoranzas. Creo que los meses que estuve viviendo en El Sórdido fueron los peores de mi vida.

El nuevo barrio me gustó porque se parecía un poco a las calles de mi pueblo, feas y rectas, sin tiendas de caprichos, pero también sin nidos de ratas. Junto al edificio de ladrillo corría una avenida poblada de arbolitos raquíuticos, mi piso estaba en la segunda planta, encima de un restaurante de fideos fríos, cosa que la casera, una señora llamada Ahn So-yong, me presentó como una ventaja: «Puedes bajar de mi parte a cualquier hora del día, aunque sea tarde, y te darán de comer. Y no te costará casi nada».

Al contrario que en El Sórdido, donde no conocía a nadie porque evitaba a los vecinos y, sobre todo, al casero, ávido de dólares, en Oryu-dong enseguida tuve buenos vecinos e incluso amigos. Eran casi todas personas humildes, excepto el vecino de arriba que era profesor de matemáticas en un instituto al lado de Sungkong-hoe University. Había un zapatero, cuya tienda estaba en un *container* colocado cerca del puente, gobernantas de pensiones, madres de familia y funcionarios de a pie que trabajaban en las oficinas de Shindorim o de Yeongdeungpo-kucheong. Como todos se iban al trabajo temprano y las mamás llevaban a sus hijos al colegio, las mañanas eran muy tranquilas y podía dormir hasta mediodía (siempre me ha encantado

levantarme tarde, era uno de los motivos por los que reñía con mi padre, porque para ir a vender pescado había que levantarse al alba).

También me gustaba mucho mi nueva estación de metro. A partir de Hapjeong, la línea 2 del metro era aérea, sobrevolaba el río, en Dangan pasaba por debajo de los edificios altos y en Shindorim, la línea 1 ascendía a la superficie para sobrevolar los barrios más populares, las casas de tres plantas mal construidas y muy apiñadas, hasta Oryu-dong; veía barrios distintos, muy distintos, edificios modernos, extensos parques, calles concurridas, y luego otra vez las casitas de ladrillo con tejado de chapa, hasta Oryu-dong. Allí tenía que bajar unas escaleras y pasar por debajo de la vía, me gustaba mucho ese cruce tan grande, con todas esas avenidas y aquel puente de hierro empernado. Me sentía como si estuviera viajando por algún lugar de Estados Unidos, me imaginaba que el puente de Brooklyn se parecía al puente de Oryu-dong y que las avenidas y las calles eran iguales a las de los barrios populares de Nueva York, como el Bronx o Queens. Por gustarme, me gustaba hasta el nombre de Oryu, que me recordaba al nombre de un barrio de Tokio (¡otra capital que me moría por conocer!).

Enseguida me acostumbré a vivir allí. De pronto, y por primera vez, ¡me sentía tan libre! No tenía que rendirle cuentas a nadie y ¡estaba muy lejos de mi tía y de su deliciosa Paek-hwa! ¡No había peligro de que se acercaran a verme! Para las clases del curso básico de francés conseguí negociar un acuerdo con Younya, mi explotadora: seguiría impartiendo las clases de por la mañana a cambio de que me dejara pasar la noche en su despacho. Al principio se lo pensó un poco porque no podía decirse que la administración

lo autorizase, pero el vigilante de los despachos tenía por costumbre acostarse pronto para ver las telenovelas metido en la cama, de modo que pasadas las nueve yo disponía del edificio para mí solita, cosa que me permitía ir a ducharme y usar los baños sin peligro de coincidir con nadie. En el mercado de Seodaemun compré un *yo*[4] que doblaba y metía en el armario de Youn-ya todas las mañanas. Para la comida, en la cocinita del final del pasillo había un microondas y un hervidor, que era todo lo que necesitaba para tomarme el *ramyeon* y mi café matutinos antes de dar las clases (¡el *ramyeon* es la peor comida de todas por las especias y la sal y es lo que comen los pobres estudiantes!). Esta organización iba sobre ruedas y por eso digo que nunca me había sentido tan libre en toda mi vida.

Me gustaba mucho dar clase de francés. Casi todos los alumnos (aunque debería decir «las alumnas» porque en el grupo de dieciocho solo había un chico y algo afeminado de propina) se habían apuntado para sumar puntos al currículo, cuyas asignaturas principales eran las matemáticas, las ciencias naturales, la física o incluso la filosofía. Utilizaba un libro de texto titulado *La Joie de lire*, una obra para párvulos más que para universitarios. También había ejercicios de gramática y textos teóricos totalmente ininteligibles. Uno tras otro, los estudiantes tenían que leer los textos trastabillando, y modificar los tiempos verbales o pasar las frases a modo interrogativo, negativo o ambos.

*Il me semble que le bateau se dirige vers l'île.*

*Il ne me semble pas que le bateau se dirige vers l'île.*

*Le bateau, me semble-t-il, se dirige vers l'île ?*

*Ne me semble-t-il pas que le bateau se dirige vers l'île ?*[5]

Mientras los alumnos se las veían con los problemas de sintaxis, yo me entregaba a dulces ensoñaciones con las palabras, que es algo que siempre me ha encantado. Me imaginaba, por ejemplo, la embarcación en el río Han, deslizándose lentamente aguas abajo, sin motor, tripulada por un solo hombre con un remo muy largo en la parte de atrás, y acercándose en silencio a la isla de los patos (que era mi isla favorita del río), entre el reposado espejeo del agua que forma remolinos y, a ratos, repentinas eclosiones de pompas que llegan desde el fondo, y me acordaba de la embarcación en la que la madre del señor Cho, Han-soo, había cruzado el río con un niño pequeño y la pareja de palomas, hacía más de cincuenta años, y de que los patos que ya estaban allí no habían salido huyendo de los bombardeos; para ellos un avión, un camión o un barco a motor debían de ser iguales.

Durante estas clases —en los ratos de silencio o cuando los alumnos leían los textos con voz forzada, tratando en vano de reproducir los sonidos de ese idioma en el que la be y la pe son distintas, las palabras cambian en plural y hay que colocar la lengua en la boca justo debajo de las fosas nasales internas, para pronunciar unos sonidos de lo más gangosos—, era cuando en mi fuero interno empezaba una historia nueva que pronto le llevaría a Salomé, para verla abrir los ojos y oírla respirar más fuerte. Así fue como me inventé al personaje de Nabi, la cantante.

## Historia de Nabi, la cantante, para Salomé, septiembre de 2016

Llegó a Seúl muy joven, a los doce años, creo; era una chica guapa de la provincia de Gangwon-do, de una pequeña ciudad llamada Yeongwol. En realidad se llamaba Kwon Hyang-su, un nombre predestinado, puesto que significa «el perfume del agua» pero también «nostalgia». Lo único que le había gustado siempre era cantar, desde muy pequeña. Acompañaba a su abuela a la iglesia cristiana y enseguida formó parte del coro, cantaba himnos religiosos dando palmas y contoneándose, cosa que a los fieles les gustaba mucho, sobre todo a los chicos, pero nada de nada a su abuela, que era una anciana chapada a la antigua, muy estricta y autoritaria.

—No te menees tanto cuando cantes, porque sabrás que el diablo está en todas partes, incluso en la casa de Dios.

Pero Nabi no le hacía caso. En cuanto empezaba el himno, notaba que la música se le metía dentro y le ondulaba por todo el cuerpo, y solo entonces la voz se le tornaba potente y clara y se imponía a las demás, hasta que se quedaba sola cantando delante del micrófono y los fieles la acompañaban marcando el ritmo con las palmas, y hasta el pastor sentado al piano se echaba un poco hacia atrás para escucharla y para mirarla.

Hyang-su era guapa pero no muy alta, de modo que cuando tenía

catorce años no aparentaba más de doce, aunque los pechos incipientes ya abultaran debajo de la camisa. Le gustaba ponerse vestidos bonitos con los que lucir las piernas de pantorrillas rellenas; había aprendido a caminar muy erguida porque una revista que había leído decía que resaltaba las nalgas y daba la sensación de ser más alta. En la iglesia, el pastor Randall (en realidad no se llamaba así, pero había vivido en Estados Unidos y había adoptado ese sobrenombre) a menudo la recibía comentando: «¡Aquí está la chica de las piernas bonitas!». A su abuela no le gustaba, pero no se atrevía a decir nada porque un pastor es un pastor, por lo demás, Randall estaba casado con una mujer algo mayor que él, de pelo gris y ancas voluminosas, y nadie se habría permitido criticar a una mujer así. Se decía que la que de verdad mandaba en la iglesia era ella, y que incluso escribía los sermones.

La iglesia cristiana era como un taller muy grande en la planta baja de un edificio moderno cuya puerta de doble batiente más bien parecía la de un garaje o una discoteca. Pasada la puerta, había una sala para cuatrocientas personas con una tarima y una pantalla de cine. Allí era donde todos los domingos Hyang-su iba a cantar. El coro constaba de seis chicos y seis chicas, vestidos de azul y blanco, y Hyang-su era la única con permiso para subir a la tarima con un vestido bonito o, a veces, vaqueros y camisa blanca, porque era la estrella del espectáculo. Cantaba los himnos en coreano y también en inglés, a ritmo de jazz, y a menudo el pastor Randall dejaba de tocar el piano y acudía un chico con una guitarra eléctrica para acompañar a Hyang-su en los solos, con un toque rhythm and blues.

Hyang-su solo vivía para esos momentos. En cuanto se subía al estrado se sentía como si fuera otra persona, muy distinta, una mujer, no ya una niña a la que le mandan cosas sino una mujer que sabe lo

que quiere, que maneja a los demás y sabe hacerse respetar. Cuando terminaba la canción, la sala aplaudía y eso también incomodaba a la abuela, que decía: «Sería cosa de que no nos olvidásemos de dónde estamos, caramba, ¡que esto no es un night club!».

La abuela de Hyang-su no apreciaba mucho al pastor Randall. Todo el mundo sabía que era un hombre que no valía nada, que había conseguido el cargo engatusando al pastor de antes, un anciano digno e ingenuo, y comprando con dinero los votos de los miembros influyentes de la comunidad, sobre todo ancianas viudas y acomodadas que se dejaban impresionar por su encanto y sus regalos.

La abuela de Hyang-su era severa pero también generosa con su nieta. Había intentado reparar la falta que cometió la madre de Hyang-su al abandonar a su marido y a su hija para marcharse con otro hombre. El padre de Hyang-su era también, a su modo, un gandul, un mujeriego y un mentiroso, que vaciaba sin escrúpulos el cepillo de la iglesia para apostar a las carreras o comprarle perfume al ligue de turno. Pero la abuela de Hyang-su tenía una indulgencia infinita con él porque era su hijo pequeño, su niño mimado, y le pasaba por alto muchas cosas. Así pues, había trasladado su cariño a su nieta y a los asuntos de su iglesia, y el hecho de que la bonita voz y las piernas de Hyang-su atrajesen a nuevos fieles no le disgustaba, antes bien, decía que todo debía estar al servicio de Nuestro Señor Jesucristo.

Por aquel entonces, Hyang-su vivía en casa de su abuela con su tía y el marido de esta, un hombrecillo inquieto y mala persona, pero como

estaban sometidos a la autoridad de la anciana, parecía que en aquella familia todo era normal. Incluso Jiseok, el padre de Hyangsu —aunque prefería que lo llamaran Jack Jipe, un nombre que pegaba mucho más con sus actividades de bookmaker— podía causar la ilusión de que llevaba una vida normal y ordenada. Cada mañana desayunaban juntos en la sala contigua a la iglesia, y la abuela de Hyang-su les daba instrucciones a todos. Luego Hyang-su se iba al colegio vecino, donde estaba acabando a trancas y barrancas el tercer curso de enseñanza media. No le disgustaba ir a la escuela, pero las cosas de que se hablaba allí y las que decían sus compañeras le parecían muy alejadas de su propia vida. Hablaban de ir de compras, de maquillaje, de salir con chicos, de competiciones deportivas o de series de la tele. En casa de la abuela de Hyang-su había, desde luego, un televisor, pero estaba reservado exclusivamente para ver vídeos cristianos. La mayor fantasía que había visto Hyang-su (y que le encantó) fue la película Narnia, porque su abuela le explicó el mensaje de la historia, el León que representaba a Nuestro Señor Jesucristo y los combates que los auténticos cristianos tienen que librar para encontrar la senda en medio de los impíos.

Fue en esa época cuando a Hyang-su le dieron la mayor oportunidad de su vida, la que orientó definitivamente su carrera de cantante. El destino llegó en forma de carta de un grupo de productores que estaban buscando candidatos y candidatas para grabar himnos y canciones de tema religioso, y el pastor Randall citó a Hyang-su en su despacho. No se lo había comentado a nadie pero, si le apetecía, Hyang-su podría llegar a ser la cantante que estaba buscando la productora aquella. La

joven notó que se le aceleraba el corazón, lo que Randall le decía era lo que llevaba esperando desde hacía mucho tiempo aun creyéndolo imposible: que un día le llegaría su hora y que podría dedicarse a lo único que le gustaba en esta vida. Pero, al mismo tiempo, también tenía dudas. ¿Le parecería bien a la abuela? Cantar en el coro de la iglesia para los fieles era una cosa, y cantar para unos productores para ganar dinero era otra muy distinta. Se quedó plantada delante de aquel hombre alto, con las manos juntas a la espalda, cruzando los dedos para forzar el destino. No sabía qué contestar, notaba que se había puesto colorada y le daba vergüenza que se le notase.

La audición se celebró al día siguiente, en los locales de la productora Jericho, en la otra punta de la ciudad. Hyang-su acudió a la cita en metro, y a la entrada del edificio reconoció al pastor Randall en un corrillo. Una mujer elegante, algo esnob, la acompañó hasta el estudio de grabación. Para el ensayo habían elegido, con la aprobación de Randall, un himno en inglés que la joven no se sabía muy bien, aunque ya lo había oído por la radio. La letra era:

*King of all days  
Oh so highly exalted  
Glorious in Heaven above  
[...]  
Here I am to worship  
Here I am to bow down...[6]*

Hyang-su cogió aire, arqueó la espalda y empezó a cantar con esa voz suya algo grave, sin acompañamiento; luego se dejó llevar por el ritmo de la música y se balanceó mientras cantaba, con los ojos cerrados, como si estuviera delante del gentío, en la tarima de la iglesia:

*Here I am to worship*

*Here I am to bow down*<sup>[7]</sup>

Cuando terminó y volvió a abrir los ojos, los técnicos, la mujer elegante e incluso Randall la estaban mirando, y por cómo la miraban comprendió que la habían seleccionado. Le entró un temblor tal que para marcharse tuvo que cogerse del brazo del pastor, después de haber firmado los contratos. Era como si acabara de volver a nacer en un nuevo mundo, bajo un nuevo sol; le urgía comunicarle la noticia a su abuela pero cuando le contó que había firmado un contrato, a ella no le pareció bien:

—¿Cómo es posible que una chica de dieciséis años pueda firmar nada? Menuda ridiculez, vamos a tener que romper ese papelote y olvidarnos de él.

Las semanas siguientes no fueron fáciles para Hyang-su. No se atrevía a suplicarle a la anciana, pero no dejaba de darle vueltas día y noche a la que podría ser su nueva vida de cantante, sobre todo por la noche, hasta marearse.

Randall se propuso que aquella anciana tan austera cambiara de parecer: «Todo esto es por la religión, no para divertirse —decía—. Es un don del cielo, nadie tiene derecho a ponerle trabas». Al final, la abuela cedió: Hyang-su podría seguir grabando dos o tres veces por semana a condición de que no perjudicase ni a sus deberes de cristiana ni a sus estudios. Ese día, Randall citó a Hyangsu en su despacho para comunicarle la buena noticia. Era un día entre semana, un poco antes de mediodía, a una hora en la que ya no quedaba nadie en el edificio. Hyang-su acudió a la cita con el corazón palpitante porque el pastor ya le había dado a entender que la abuela había accedido y que podría seguir grabando y convertirse en la cantante estrella de Jericho. Pero lo

que no había previsto era la trampa que aquel hombre le tenía preparada.

—Acércate, jovencita —le dijo Randall cuando entró.

En el despacho hacía un calor excesivo por culpa del sol vespertino, las cortinas rojas estaban corridas y tapaban la ventana. Había algo así como una penumbra excitante en el silencio de la iglesia cerrada. Hyang-su oía cómo le sonaba el corazón en el pecho y tenía las manos crispadas a la espalda.

—Acércate, no tienes por qué asustarte de mí, ya hace mucho que nos conocemos, ¿verdad?

¿Por qué hablaba así? Tenía una voz rara, no era la voz de orador con la que sermoneaba a los fieles todos los domingos, ni la voz dulce y casi empalagosa con la que acompañaba las canciones sagradas, exagerando mucho las aes y las oes, e insistiendo demasiado en los sonidos «tch» y «kkk». Era un susurro un poco agudo, que exhalaba con los dientes apretados, como si susurrara un secreto. Hyang-su lo oía y no podía moverse, ni mucho menos acercarse al escritorio como le decía el pastor, pero tampoco lograba retroceder, notaba que tenía los pies clavados en el suelo, atornillados a la tarima del despacho; permanecía de pie, casi sin respirar, con la mirada gacha, esperando la continuación de lo que no podía dejar de suceder, como en una pesadilla.

—Hyang-su, Hyang-su, no dejes de pensar en ti, para mí eres la chica de las piernas bonitas, la chica que ilumina mis noches, ¿no lo sabías?

El pastor Randall no se había movido del escritorio, pero tenía el corpachón inclinado hacia delante, se había ido escurriendo poco a poco de la silla y ya no estaba más que a unos pocos centímetros de Hyang-su; era lo que ella notaba sin verlo del todo, le parecía que aquel

hombre habitualmente tan estirado y tan distante se había vuelto igual que una serpiente, deslizándose y reptando por la superficie de la mesa, acercándole la cara al vientre, al pecho; notaba en el vestido y en el escote el aliento tibio de su respiración mientras seguía hablando, pero no oía lo que decía, solo las palabras sibilantes que repetían lo mismo, el zumbido de su nombre, las notas graves, insistentes, los suspiros y los silencios.

«... las piernas bonitas, las piernas bonitas...», decía la voz, y Hyang-su se preguntaba si de verdad hablaba de ella, de sus piernas, de su cuerpo; ahora lo estaba mirando, veía las gotitas de sudor que le cubrían la frente, donde el pelo raleaba y por encima de las cejas enmarañadas, le veía la superficie de los párpados, un tanto grisáceos y arrugados, y el resto del cuerpo, la camisa blanca con el cuello sobado, los brazos apoyados en la mesa, y las manos que se acercaban, dos animales musculosos y oscuros, cubiertos de venas que los recorrían como ramas de árbol. Las manos que le agarraban las piernas e iban subiendo despacio, hacia las zonas prohibidas.

He dejado de hablar. Miro a Salomé, tiene la cabeza ladeada como si el cuello le faltara fuerza para sostenerla, la tez quebrada, los párpados cerrados. Cuando me callo, abre los ojos y me mira, no sé qué debo leer en su mirada, miedo o ira. ¿Qué se pensaba? ¿Que iba a contarle cuentos de hadas, inventarme un país de fantasía, una princesa? Cuando mi tía Mi-kyeong contaba hace tiempo, mientras me acariciaba el pelo, sus historias de *guls*<sup>[8]</sup> y licaones, de *gwishins* y brujas, yo sentía ese escalofrío delicioso, como si estuviera mirando a través de una puerta prohibida y vislumbrara un mundo

oscuro y maléfico muy cerca de la superficie de la vida, al alcance de la mano, y eso era lo que quería darle a Salomé.

—¡Por favor, cuénteme cómo sigue, *onni*!

Salomé me ha llamado *onni*, su hermana mayor, lo mismo que le decía yo antes a My-kyeong, con voz quejumbrosa de niña, y de golpe comprendo en qué se ha convertido para mí, dependiente de mis palabras y de mis sueños: ¡en mi hermana pequeña, en mi tutelada! No sé por qué, en lugar de sentirme satisfecha, ese descubrimiento me perturba más de lo que debería, como si me marease. De golpe las tornas han cambiado, yo, que era la sirvienta, la empleada a la que pagan en billetes de cincuenta mil con la efigie de la señora mayor y digna, me he convertido en su dueña, a la que tiene que seguir ciegamente a través de los meandros de la imaginación, a merced de mis palabras y de mis deseos, tengo el poder de continuar o de interrumpir el flujo que le suma tiempo a su vida y retrasa la hora de su muerte.

La luz va bajando en las cortinas rojas corridas para tapar el sol que Salomé ya no puede mirar por culpa de su enfermedad. Cuando se quejó del dolor que la luz diurna le clava en lo hondo de los ojos, le compré en un *drugstore* de Fashion Street, en Ewha, unas gafas tintadas de azul; se las probó para luego dejarlas encima de la mesa que tenía al lado y ahora han desaparecido. No me comentó nada pero comprendo que no quiera disfrazarse, que quiera hacer frente ella sola a sus problemas.

Para Hyang-su, lo que pasó ese día en el despacho del pastor Randall fue el inicio del naufragio. No se lo contó a nadie, y mucho menos a su abuela, pero de un día para otro dejó de ir a la iglesia. No dio ninguna

explicación. Cuando su abuela le dijo: «Hyang-su, seonyo, tu sitio está en el coro», no contestó y miró hacia otro lado, y en la mirada tenía algo tan triste y tan impenetrable que impidió que su abuela insistiera. Luego empezó a quedar con un grupo de músicos, chicos mayores que ella que por las noches iban a los clubes a tocar rock, y se convirtió en su cantante. El guitarrista, un chico que se llamaba David Choi, le dijo: «Si vas a entrar en el grupo, tienes que buscarte un nombre». A ella le pareció bien porque no quería seguir utilizando su nombre de niña, y eligió el nombre de un insecto, Nabi. Al principio pensó llamarse Mudangbeolle porque le gustaban mucho esos bichitos rojos con manchas negras que a veces se posan en la mano y se van volando por los aires para cumplir una misión secreta. Nabi era más corto. Y luego pensó que las mudangbeolle son frágiles y pueden caer con facilidad en las trampas de las arañas, y La Araña era precisamente el nombre artístico de la cantante favorita de Hyang-su. De modo que a partir de ahora es y seguirá siendo Nabi.

Estoy cansada de narrar y Salomé está cansada de escuchar, se lo noto en la mirada, que le pesa, en los párpados cenicientos. Esta vez no habrá té, no tengo ánimos para poner el agua a hervir, esperar y verter el agua encima de las bolsitas de papel dentro de la *salam-tea*. Puede que la historia de Nabi nos consuma toda la energía, puede que sea una de esas historias cuyo final no te apetece oír.

Me marché sin decir nada, sin despedirme de la enfermera, que estaba sentada en la cocina tecleando en el móvil. ¿Acaso es que todo lo que

esperamos está muy visto, sin esperanza? Entonces, es como la vida de Salomé, al menos durante el tiempo que le queda. Mi amiga Yuri, que es médico residente en el hospital de Yongse para terminar sus estudios de patología epidémica, me ha hablado del síndrome de dolor regional complejo, la enfermedad que padece Salomé, un mal incurable, incomprensible, que va clausurando poco a poco las fuerzas vitales, como una flor que se marchita muy despacio. Todas las funciones desaparecen, día tras día, una noche en blanco tras otra, excepto el cerebro, la imaginación, el interés por las cosas, el anhelo de ser feliz o los rencores, los celos, las maquinaciones diabólicas. El enfermo acaba siendo como una nave espacial perdida en la inmensidad cuya cabeza ya no manda en nada pero que asiste a su propio naufragio. Yuri dice: «No es una enfermedad, Bitna. Es una maldición». Me sorprende la palabra, pero lo entiendo. Yuri es muy religiosa, cristiana de los últimos días los llaman, le recuerda a la historia de Job tendido en estiércol, corroído por un mal sin nombre, porque Dios así lo quiso. Sé que hay que humillarse, reconocer que no somos nada, renunciar a rebelarnos y a la vida. Pero a mí me llama más el budismo, aunque no acabo de creer en la reencarnación; creo que la vida es un océano que nos abarca a todos y que la muerte nos lleva juntos hacia otra forma de la que nada sabemos. También creo que todos estamos vinculados unos a otros, los hijos a los padres, los padres a su descendencia, y quienes no han nacido aún están tocando a los que viven hoy y tienden una mano a los que ya no están...

—*Onni*, tuve tanto miedo de que no volviera...

Salomé intenta incorporarse en la silla, el cojín que le sujeta la espalda se cae y al intentar agarrarlo, se le escurre la manta escocesa que la tapa a pesar del calor sofocante de después del tifón. Le veo las piernas, dos miembros muy blancos y muy flacos doblados bajo el cuerpo, en la posición de un *jockey* cabalgando en un caballo invisible. Vuelvo a colocar la manta con

mucho cuidado, con gestos de hermana mayor, y veo que la mano de Salomé se alza del reposabrazos para tocarme la cara y rozarme el pelo.

—¡Vamos a terminar esa historia de Nabi, porque la verdad es que es demasiado triste!

Lo ha dicho con un tono falsamente animado que contradice el sonido de la voz, atenazada por la angustia.

Contesto con el mismo tono:

—Sí, vamos a terminarla y luego podré acabar la historia del asesino *wannabe* y hablar de los dos Dragones.

Salomé da palmas por dentro.

—¡Sí, sí, por favor, con lo que me gustan los cuentos fantásticos!

¿Habrá aleccionado Salomé a la enfermera? La señora Wang (tal es su regio nombre) se presenta en el salón llevando una bandeja con la *salam-tea*, las tazas y unas pastitas de Tous les Jours.<sup>[9]</sup> ¿Cómo ha adivinado Salomé que llevo sin comer desde ayer porque estoy sin blanca? Puede que, con esa astucia propia de las personas que sufren, haya adivinado que hoy he vuelto para terminar la historia que empecé ayer y cobrar el importe de cada historia en hermosos y crujientes billetes de cincuenta mil.

Ahora Nabi lleva una vida distinta a todo lo que había conocido antes. Se marchó de casa de su abuela sin avisarla, un día salió por la ventana de la planta baja y se plantó en la calle, sin equipaje y sin dinero. Se fue a vivir al estudio de grabación de los chicos por invitación de David Choi, en el sótano de un edificio del barrio sur, por esas callejuelas que hay alrededor de la estación de metro Gyodae; los chicos le compraron un yo y arrimaron a la pared los muebles y los aparatos electrónicos, y

en la entreplanta hay un lavabo y un aseo, es un lugar calentito y silencioso como una crisálida.

Todas las noches, Nabi se despierta y recibe a los chicos que tocan sus instrumentos, y ella canta las canciones que le han escrito; luego se inventa letras y melodías y entonces son ellos los que tocan sus canciones. Es el momento de su vida que más le gusta, el sonido de la música invade el reducido estudio, golpea las paredes y el techo, intenta escaparse, y ella lanza palabras, ora gritando ora con una voz baja y ronca. Choi le dice que tiene una voz grave y sexy, le gustaría que Nabi se moviera un poco cuando canta, por lo visto es lo que se espera de una cantante de rock, pero Nabi ha decidido quedarse inmóvil, arqueando siempre la espalda; el pantalón vaquero y la camisa blanca son su uniforme, y ahora también los chicos lo han adoptado, han sustituido los pantalones cortos, los bermudas y las camisetas de fantasía por vaqueros negros y camisas blancas de manga larga. También se han cambiado el nombre, ya no se llaman Flamines, ni Dexter, ni Intros, ni siquiera se llaman Black Jeans White Shirt; se llaman NABI, a secas, se llaman igual que ella, tocan para ella y viven para ella.

A Salomé le encanta esta parte de la historia, se le han iluminado los ojos, luce una sonrisa dificultosa, se nota que trata de imaginarse el estudio pequeñito, la música desatada, el golpeteo de la batería en las paredes y a la pequeña Hyang-su inmóvil en el centro de la habitación, con el pelo negro brillante a la luz de la bombilla eléctrica que cuelga pelada del techo y, más

potente que la música, su voz grave que recita las palabras, las palabras sin  
ilación, las palabras libres, las palabras más poderosas que los actos, más  
poderosas que la muerte...

Después, todo sucedió muy rápido, para ella, para los NABI.

La leyenda de la cantante de Jericho circuló por internet y los chicos  
la utilizaron para ponerse en contacto con agentes de giras, para  
organizar veladas privadas, conciertos en los clubes de Gangnam, en  
fiestas públicas, en la tarima que habían montado delante del centro  
comercial de Sinchon Station, en Incheon. Un fotógrafo mostró interés  
por ella, un hombre de cierta edad, algo excéntrico, propietario de un  
estudio que se llamaba Pearl Underground, en Yeouido. Para ella  
transformó el estudio en una pajarera (obviamente, inspirándose en el  
nombre de Nabi), con pájaros de todos los colores volando en libertad  
entre las ramas de magnolios plantados en maceta; había incluso  
mariposas. Nabi nunca se había imaginado nada igual, le daba la  
impresión de estar soñando despierta, las fotos que le hacía Nam-gil  
eran sorprendentes: su rostro ampliado hasta ocupar una pared entera,  
sus ojos con las pupilas dilatadas que parecían reflejar un mar de plomo  
(para dilatarle las pupilas le dio a Hyang-su un brebaje extraño  
preparado con una decocción de flores de datura roja) y siguió soñando  
mucho después de la sesión de fotos... Pero Nam-gil era un hombre  
muy dulce, algo rechoncho, como un gato grandote o un oso de  
peluche, Nabi se hizo un ovillo entre sus brazos para dormir toda la  
tarde mientras él le susurraba cosas amables al oído, era la primera vez  
desde hacía mucho tiempo que le sucedía algo tierno en la vida, desde

los tiempos en que pasaba veladas en compañía de Mikyeong, la prima de su tía, escuchando historias de brujas y hombres lobo...

Salomé escucha atentamente cada palabra, como si fuera su propia historia. Sabe de sobra que no me estoy inventando nada. Nunca he sabido inventar, solo cambiar nombres e imaginar lugares. Pero, por supuesto, no puede saber que yo también tengo una tía que se llama Mi-kyeong y que es campeona en el arte de asustar a los niños pequeños. Me dice:

—Ese fotógrafo, Nam-gil, ¿es un amigo?

—No —le contesto—. Es un lobo, como los demás, como Randall; Nabi es una presa para él, como lo es para el *stalker*. Ya sabe usted lo que dice la Biblia, como oveja en medio de lobos, así es su vida. Por eso su abuela no quiere que emprenda la carrera de cantante, lejos de la iglesia, sabe de sobra lo que la espera, pero no puede impedirselo, Nabi tiene que llegar hasta el final de lo que ha escogido.

Creo que Salomé se estremece cuando digo estas palabras. Para ella, lo sé, las historias no son solo historias, también son sensaciones que la rozan, que le queman la piel, pinchazos de aguja en las articulaciones, oleadas lacerantes detrás de los ojos. Las pide y le duelen, las teme. Me parece que le oigo los latidos del corazón a través de la piel de los antebrazos, le veo las pulsaciones en el cuello echado hacia atrás, a la altura de las yugulares.

Pero tengo que seguir adelante, cueste lo que cueste, aunque cada historia que le cuente a Salomé le quite un instante de vida.

Así pues, Hyang-su se hizo famosa con el nombre de Nabi y se convirtió en la amante del fotógrafo Nam-gil. Eso no gustó a los chicos

porque los tres estaban enamorados de ella, aunque con ellos lo único que había hecho era tontear, entre dos conciertos, una vez con este, otra con aquel, o incluso algunas veces con los tres a la vez, en la oscuridad de los clubes, con el calor y los focos como tormentas eléctricas. Con Nam-gil la cosa era más tranquila; la primera vez sucedió en su estudio, en medio de las plantas trepadoras y los pájaros; le desabrochó la blusa, le besó los pechos e hicieron el amor muy despacio, ella no gozó pero le gustó la proximidad de su cuerpo, el olor a almizcle de su piel, el pelo largo, que se dejó suelto y que le tapaba la cara. Después, las fotos de Nabi salieron en las revistas, en Seúl y luego en Estados Unidos, en Vogue, en Esquire, en Forbes, y más adelante, casi a la vez en casi todo el mundo, en México, en Inglaterra, en Francia. Ahora el agente ya no tenía que negociar los prime time, sino que eran los demás quienes la invitaban a ella, era la main, la que encabezaba los carteles, y Nam-gil despidió al agente y pasó a ser productor, protector y puede que también aprovechado; esa era la versión de los chicos, que no tardaron en saber de ese dolor cuando los despidieron también a ellos para sustituirlos por músicos que Nam-gil escogía para cada concierto, no aficionados, jovenzuelos, sino auténticos músicos, con tablas y prestigio, y técnicos de sonido que habían trabajado en Los Ángeles y en Nueva York, no en un sotanito de Sinchon insonorizado con cajas de huevos.

Ahora las canciones tampoco las escribía Nabi, había intentado imponerlas, pero Nam-gil fue inflexible: «Baby Nabi —le dijo, nunca alzaba la voz, siempre era amable, acariciaba el pelo a la joven como si fuera su oppa en lugar de su amante—. Yo sé lo que te conviene, la etapa de las canciones de cuna ya pasó, ahora tienes que empezar a vivir de verdad, eres una gran cantante, vas a recorrer el mundo entero,

vas a llenar aforos, en Londres, en Nueva York, en Tokio, y aquí todo el mundo te seguirá, todo el mundo te querrá y te desquitarás con la vida, tú, la niña sin madre, que cantaba en las iglesias; tú, a la que maltrataron y despreciaron; tú, que te fuiste de casa huyendo de la desgracia».

Nam-gil hablaba y Hyang-su notaba cómo se le escapaban las lágrimas y le corrían por las mejillas. Era la primera vez que sentía la tristeza que le había arraigado en el corazón, que le taponaba la garganta y le hacía un nudo en el estómago. La voz queda de Nam-gil se le metía dentro y deshacía los nudos, uno a uno, liberaba el agua que tenía en la memoria y el agua se le derramaba por los ojos.

Lo que había dicho el fotógrafo era cierto: ahora Hyang-su no tenía ya ni un momento libre, todos los días preparaba las giras de conciertos, grababa cedés y acudía a la radio o la televisión. Ya no podía vivir por ahí, como había hecho hasta ahora. Nam-gil le había buscado un piso en un bloque de viviendas muy grande cerca del río, en la decimotercera planta, y lo había amueblado parcamente con un colchón, sofás de plástico y una pantalla de televisión gigante. La ventaja de ese bloque era el anonimato, nadie se metía en la vida de nadie, y tenía una entrada protegida con un código y, sobre todo, con un portero, un expolicía jubilado capaz de disuadir a los intrusos y los curiosos. El hombre se encariñó enseguida con Nabi, a la que saludaba cortésmente cuando entraba o salía, y ella le correspondía con una sonrisa arrebatadora. Se sentía libre y dichosa por primera vez en la vida, con la música en el corazón y las atenciones del fotógrafo. Tenía la sensación de ser un animalito mimado, como una muñeca dulce y

soñadora; a veces se quedaba horas sentada en el colchón delante de la amplia ventana, mirando el río que brillaba a lo lejos. De vez en cuando se acordaba de su pasado y añoraba los días de antaño, sobre todo la compañía de los tres chicos. Apenas sabía de ellos, en algunas ocasiones la esperaban a la salida de un concierto, al borde de la acera, junto con la muchedumbre de niñas histéricas que chillaban cuando Nabi pasaba por su lado. Ellos intentaban decirle algo, pero los guardaespaldas los apartaban y el fotógrafo agarraba a Nabi del brazo y tiraba de ella hasta la limusina aparcada junto al bordillo. ¿Qué querían decirle? No tenía la menor idea, pero se le encogía un poquito el corazón, como si fueran mensajeros de su vida anterior, como si supieran algo que ella ignoraba y quisieran avisarla de un peligro.

Se lo comentó una vez a Nam-gil, que lo descartó con un ademán brusco: «No pienses en todo eso, Nabi, ya no importan nada y hasta te diría que te envidian el éxito y el dinero, les gustaría que los compartieses con ellos, sé que se plantean contratar a un abogado para reclamar ciertos derechos, por eso te pedí que dejaras de cantar las canciones antiguas, son unos avariciosos, ¡te quieren chupar la sangre!». A Nabi la entristeció mucho esta noticia, no podía creerse que los chicos que la ayudaron y se portaron tan bien con ella tiempo atrás hubiesen cambiado tanto en tan pocos años. De pronto, se sintió muy sola en la vida, sola a pesar de la muchedumbre que iba a sus giras de conciertos, a pesar de los encuentros con periodistas y productores, a pesar de los regalitos y las atenciones de Nam-gil. La única persona con quien mantenía una relación normal era el expolicía que vivía a la entrada del bloque, en un cuartito debajo de la escalera. No sabía cómo se llamaba, pero cuando tenía un rato libre, al final del día, a veces bajaba para hablar con él y que le contara su vida después de la guerra,

cómo su mamá había cruzado el río en pleno bombardeo llevándolo a él a la espalda; incluso le enseñó una foto que había encontrado en internet, obra de un soldado estadounidense, en la que se veía a una mujer joven vestida de harapos como una pordiosera, con varios hatos de trapos a sus pies y, sujeto a la espalda con un amplio chal, un niño con los ojos dilatados de hambre y de miedo, la cabeza rapada, la nariz llena de mocos y la boca negra de polvo: «Pues este soy yo con mi mamá, acabábamos de cruzar el paralelo 38, en dirección al sur». Enganchada a los hatos también estaba la bolsita llena de agujeros donde iban encerradas las dos palomas mensajeras, pero eso no se lo contó.

Detrás de la mujer se veía un paisaje arrasado, con socavones de las bombas. Y el ancho río, que Nabi reconoció de inmediato. No estaba segura de que el portero del bloque le estuviese contando la verdad ni de que los de la foto fueran él y su madre, pero la conmovió mucho y en lo sucesivo, cada vez que se acordaba se le saltaban las lágrimas, porque le recordaba a su propia madre, que la había abandonado cuando era muy pequeña para irse a vivir con otro hombre.

Salomé escucha estas palabras, puede que también ella esté conmovida porque se parece un poco a su propia historia, cuando su padre y su madre decidieron suicidarse, dejándole todos sus bienes a su hija, para escapar de una enfermedad incurable; y ahora le tocaba a ella estar enferma, con la muerte al final del camino, muy cerca ya.

Alguien más entró en la vida de Nabi. Se la presentó Nam-gil un día, se

llamaba Kim Yu-mi, tenía veintitrés años, el rostro algo alargado y una melena negra y muy lacia que le llegaba hasta los riñones. Iba a ser la asistente de la cantante, organizaría los encuentros con la prensa y le llevaría la agenda. Hablaba bajito, como con cierta timidez, y siempre se quedaba un poco aparte, detrás de Nam-gil. En poco tiempo se convirtió en alguien imprescindible para Nabi, la única persona entre ella y el resto del mundo. Se convirtió en una amiga. Entre concierto y concierto, pasaba parte del día con Nabi, la acompañaba al restaurante o de compras. No hablaba mucho, escuchaba a Nabi. Al principio la llamaba dongseong, como si Nabi realmente fuese mayor que ella. Nabi protestaba: «Mejor llámame onni, si quieres, pero yo no soy tu señora». Para ayudarla la llamaba yodongseong, hermana pequeña, pero Kim Yu-mi no podía contestarle nada mejor que Hyang-su chi. Con ella la vida cambió, Nabi ya no pasaba tanto tiempo sentada en el colchón mirando por la ventana. Aguardaba a que Yu-mi la llamase por teléfono para salir, cogían taxis juntas, iban a los centros comerciales o a picar algo a los restaurantes pequeños de Hongdae e incluso, a veces, por las noches iban a las discotecas a escuchar hip-hop. Por aquel entonces, Nabi se enteró de que su abuela estaba muy enferma. Llevaban años sin verse, la anciana no aprobaba del todo la vida que Hyang-su había escogido, y cada vez que la joven había tratado de reanudar la relación, la había rechazado, muy seca. A través de una prima, Nabi supo, con cierta satisfacción, que al final había estallado el escándalo, que habían pillado al pastor Randall por agredir a una niña del coro y que los padres no lo habían denunciado para evitar un oprobio (obviamente, por presión de la comunidad), pero al odioso personaje ese lo enviaron muy lejos, al oeste de África o al Vietnam, y nunca más se supo. Su mujer, la de las ancas voluminosas, se divorció y encontró un marido

nuevo, y todo volvió a la normalidad. Pero Hyang-su sentía mucha amargura de que a ella la hubiesen apartado, de que la excluyeran como si hubiese cometido alguna falta. De modo que cuando su abuela le dejó un mensaje para volver a verla, Nabi no se lo pensó dos veces. Nam-gil y Yu-mi se encargaron de organizar la cita. La joven no estaba al tanto, pero lograron transformar el reencuentro en un acontecimiento mediático. Sería un concierto en la iglesia, con himnos y espirituales delante de todos los fieles y bajo la atenta mirada de unas cámaras cuidadosamente escogidas.

La ceremonia se celebró una tarde de invierno, poco antes de Navidad. En la ciudad cubierta de nieve, los farolillos de las fiestas ya estaban encendidos; había abetos, regalos y bolas de algodón de las plantas de interior de la iglesia, llena a reventar. Nabi subió a la tarima, allí donde antaño aparecía con un vestido recto o en vaqueros con las rodillas rasgadas y deportivas. Pero para la ceremonia, Nam-gil había escogido un vestido rojo muy ajustado y zapatos de salón con motivos de confeti. Nabi se fijó en que en la primera fila había un asiento vacío y se estaba preguntando quién lo iba a ocupar cuando vio llegar a su abuela, a la que sostenían dos mujeres. La anciana se había vestido de negro, había ido a que la marcasen y peinasen con el pelo pegado como un casco y se había maquillado con esmero para ocultar la palidez del rostro. Caminó despacio hasta su sitio, se sentó muy tiesa y miró a Hyangsu. Era una mirada de despedida, pero la anciana no mostró ninguna emoción, no sonrió, mientras clavaba los ojos con dureza en los ojos de su nieta. Nabi cantó como lo hacía antes, casi sin moverse, con la espalda bien arqueada, cantó primero sola y luego los músicos cogieron la guitarra, la chica de la batería empezó a golpear el bombo y toda la sala se enardeció, cantando todos a una la letra del

himno, «Here I am to worship, here I am to bow down», marcando el ritmo con las palmas para acompañar las canciones de Nabi y, al final, tras un prolongado silencio, el entusiasmo del público se desbordó como una ola cuando Nabi cantó la letra del Arirang, despacio, con esa voz suya grave y un poco ronca.

Eso fue todo, no hubo ningún encuentro; Nam-gil había sido categórico: «Cuando acabes de cantar, te bajas de la tarima y sales por la puerta de atrás, Yu-mi estará allí para ayudarte». No tuvo que justificarlo porque, apenas dejaron de sonar los últimos compases de la canción, la anciana se levantó de su asiento, con ayuda de sus asistentes, y se dirigió al fondo de la sala sin mirar atrás. «Si quiere volver a verte, Nabi, sabrá dónde encontrarte.» Pero, al parecer, la abuela no la había perdonado en absoluto porque al encuentro de Navidad no le siguió ningún otro. Por el mes de febrero, Hyang-su recibió en el móvil un mensaje que le comunicaba la muerte de su abuela a consecuencia de un derrame cerebral. Le extrañó no sentir nada, solo una especie de vacío sonoro, como si la última fiesta de la iglesia no hubiese terminado de retumbarle en la cabeza.

Ese fue el invierno en que Hyang-su se enteró de que Yu-mi, a quien consideraba su amiga, a quien llamaba «hermana pequeña», se había convertido en la amante del fotógrafo. También se enteró, a través del banco, de que le habían vaciado las cuentas y no le quedaba nada. El piso en el que vivía llevaba seis meses sin pagar y el banco propietario había emprendido los trámites para desahuciarla. Hyang-su tendría que mudarse a finales del invierno, en abril. No tenía adonde ir, le aterrorizaba la perspectiva de tener que cambiar, de hacerle frente a la

realidad. En los últimos cinco años había vivido algo así como un robot, entre el ruido de las actuaciones en el escenario, los ensayos con los músicos, que siempre eran diferentes, y el silencio de aquel piso, mientras aguardaba que Yu-mi fuese a verla, unas visitas cada vez más espaciadas, y ahora entendía por qué. En lo que se refiere a Nam-gil, seguía siendo amable y atento; de vez en cuando se acostaba con ella en el piso vacío, y luego se marchaba, siempre con prisas, como si acudiese a una cita de negocios o regresara al hogar con su familia. Un día incluso se presentó ante Nabi con la mejilla izquierda arañada de arriba abajo, cosa de la que culpó a un gato salvaje, pero Nabi comprendió que era una marca que Yu-mi le había estampado en la mejilla a su amante para que todo el mundo supiese la verdad. Le daba vueltas a todo aquello, como un disco rayado, un sonido estridente de celos y de desprecio, que la intoxicaba aún más que las botellas de soju que bebía para poder quedarse dormida. Con la traición de Yu-mi y de Nam-gil, la fama de Nabi empezó a ir a menos. Los medios de comunicación se habían cansado de ella, o sería que habían descubierto a otra chica más joven, una cantante de rock con pantalones cortísimos y cazadoras de lamé, que se teñía el pelo de rojo. ¡Y por eso se llamaba Annie la Pelirroja (por los dibujos animados)! El silencio pasó a formar parte de la vida de Nabi. Ahora casi no salía del piso, se quedaba postrada delante de la ventana o bien fantaseaba con que salía volando hasta el otro lado de las montañas, al país del que habían llegado el señor Cho y su mamá, hacía mucho, y al que él decía que volvería alguna vez. El policía era el único que iba una vez al día, le llevaba comida, nada lujoso, solo una ración de su propio almuerzo en una fiamblera de dos pisos, arroz con kimchi, una sopa de tuétano, un trozo de pez sable salado. Había comprendido que Nabi no quería

hablar, dejaba la fiambarrera delante de la puerta, llamaba al timbre y se iba. Eran los únicos momentos de humanidad en su vida.

Es el final de una historia, lo sabe, yo no podría cambiarlo ni aunque quisiera. Salomé está levemente inclinada hacia delante, con los tendones del cuello marcados, y noto cómo le palpita a flor de piel, a ambos lados de la garganta, la sangre en las venas.

—Siga, por favor, Bitna. No deje esta historia sin acabar, como ha hecho otras veces. Quiero saberlo todo sobre Nabi, lo necesito, ¿lo entiende?

La cuestión no es que me pague; creo que si pudiese dar marcha atrás, devolverle los billetes de cincuenta mil wons, olvidarme de la sonrisa algo forzada de esa anciana de oro que me ha comprado comida y pagado el alquiler estos últimos meses, lo haría sin titubear.

—Por favor, por favor —repite Salomé con una voz boba y nasal de niña caprichosa, al tiempo que se balancea de atrás adelante haciendo tanto esfuerzo que los dedos aferrados a los brazos de la silla se le ponen blancos.

Sucedió al alba, dije. El alba es la hora más cruel para los que sufren porque la noche cede ante el día y no han podido disfrutar del descanso. Hyang-su anduvo hasta la cocinita del estudio, o más bien se deslizó sin levantarse del suelo, sentada sobre las piernas dobladas, puede que el alcohol y los medicamentos le impidiesen ponerse de pie, o que no quisiera ver su propio reflejo en los cristales, en el espejo del armario del salón, en la pantalla apagada del televisor. En la mano lleva esa cosa en la que nunca antes se había fijado: una percha metálica, una de esas perchas que te dan en la tintorería con los vestidos bien

planchados, con todos los botones abrochados hasta el cuello. En la cocina, la percha araña el suelo con un chirrido desagradable, puede que la vecina de abajo se queje una vez más, siempre se está quejando de los ruidos que vienen del techo, de los zapatos de tacón, de los cacharros en el fregadero o las patas del sofá que trastabillan al sentarse de golpe. Nabi trata de estirar el gancho de la percha pero no tiene suficiente fuerza en el brazo y el trozo de hierro cae haciendo aún más ruido. Cuando te mueres, según cuentan, lo que sientes no es doloroso, todo lo contrario, es dulce como la miel en la garganta, es embriagador como un humo perfumado que te llena el pecho, y la puerta que se abre en lo hondo del cerebro es igual que la entrada al paraíso. Luego el alma se escapa del cuerpo por todos los poros de la piel, por los ojos y por los oídos, por el pelo y por las fosas nasales, para esparcirse en el viento, viajar sobre las olas del mar, a través de las llanuras de eulalias y sobre las hojas de loto, entre las nubes tan veloces como los Dragones, hasta que encuentra una forma con la que poder unirse, una forma viva, una hierba, un árbol, una libélula o un gato.

—¡Sí, ya lo entiendo, es la misma gata que iba a la peluquería, es Kitty!

Salomé se ha convertido en una niña pequeña otra vez, una sonrisa le ilumina el rostro, puede que el dolor haya cesado en su cuerpo por un instante.

No sé por qué su dicha me hace tanto daño. Me levanto bruscamente para poner fin a esa mentira idílica.

No, Salomé, la muerte es repugnante, y cuando el señor Cho entró

finalmente en el piso, unos días después, porque los platos que dejaba delante de la puerta cerrada se quedaban intactos y estaban empezando a atraer a los insectos, notó el olor y enseguida lo entendió. Con la llave maestra abrió la puerta, no sin aprensión. Pero como es policía siguió adentrándose por el pisito silencioso, hasta que vio a Nabi colgada de la manija de la ventana de la cocina, enganchada a un simple alambre retorcido que se le había incrustado en la carne. Con mucho cuidado descolgó el cuerpo, ya frío y rígido, y lo tendió en el suelo de baldosas de la cocina. Solo dijo, en voz baja, como si temiese despertar a Nabi, susurrando: «¿Por qué, por qué?».

Me voy sin decir adiós, sin despedirme de la señora Wang, que está en el *office*. Creo que voy a quedarme libre muy pronto, que ya no tendré que contar mis historias, que podré empezar a vivir para mí misma, en esta gran ciudad donde solo cuentan el tiempo presente y el mundo de los vivos.

## Historia de los dos Dragones, para Salomé, finales de octubre de 2016

—Es una historia sin ser una historia —empecé a decir. Salomé me miraba con esos ojos suyos grandes y febriles—. Sí, ¿cómo puede ser que una historia que se cuenta no sea una historia?

—Si es la verdad —dijo Salomé.

—Sí, claro, pero incluso la verdad puede ser mentira si no te la crees, e incluso la mentira puede parecer verdad si la cuento bien.

—Entonces, ¿qué es?

—Bueno, voy a decírselo. Primero tiene que saber que los personajes de esta historia no existen.

—¿Porque se los ha inventado?

Yo prolongaba la espera. Quería que Salomé entendiese que nada es inventado, aunque nada exista. Quería que fuera como una melodía para ayudarla a vivir, a ella, que pesaba tan poco, la melodía de una canción sin letra, un soplo de viento que le pasara por el rostro entre la ventana abierta que da a la calle y la puerta del *office* donde está sentada la señora Wang.

—Ya le he dicho que no me invento nada. Por eso he llamado a los dos personajes los Dragones. El Dragón del norte y el Dragón del sur. Existen, de eso puede estar segura, pero nadie los ve. No voy a intentar describírselos, puesto que son invisibles. Son iguales a unas nubes, o iguales a un reflejo en el mar, o incluso iguales a las gotas de lluvia que oyes pero que no puedes ver.

—Entonces, ¿cómo puedo estar segura de que existen?

—Porque son antiguos, más antiguos que usted y que yo, han existido siempre, antes que esta ciudad, antes que este país, porque usted y yo somos solo un instante en la historia del mundo mientras que ellos, esos dragones dormidos, están aquí desde el principio.

Salomé cierra los ojos, tiene la cabeza apoyada en el respaldo inclinado de la silla y las manos estiradas sobre los reposabrazos. Se entrega a los sueños, como si durmiera.

—¿Se acuerda de la historia de Naomi, la niñita que la vieja Hana se encontró a la puerta del Buen Pastor?

—Sí, me acuerdo, es otra historia inconclusa, ¿verdad?

—Inconclusa no —dije—. Es una historia que aún dura.

—Entonces, dígame qué le pasó y qué tiene que ver Naomi con los dos Dragones de Seúl.

Yo no lo sabía antes de empezar, pero ahora lo veo todo más claro, cada historia enlaza con otra, como las personas que viajan en un vagón de metro y que estaban predestinadas, sin sospecharlo, a encontrarse un día (en algún punto de esta gran ciudad que es Seúl).

—Cuando creció, se convirtió en una niña de lo más interesante, tal vez porque no tenía a sus verdaderos padres.

—Como yo —murmura Salomé.

Nunca llamó a Hana mamá, aunque la quería muchísimo. Parecía una niña normal, a la que a veces le entraban caprichos y ataques de desesperación, pero su madre adoptiva se fue dando cuenta poco a poco de que tenía un don del que carecen los demás niños. Veía a su

alrededor cosas que nadie más veía. Por aquel entonces, la vieja Hana ya no trabajaba en el Buen Pastor, porque estaba cansada del turno de noche y también porque temía que se diesen cuenta de que había secuestrado a un bebé. ¡Eran tantos! Llegaban por lotes de diez o doce todos los meses, y cada vez era más difícil encontrarles madre, sobre todo a los que habían nacido con alguna minusvalía, los ciegos de nacimiento, los albinos o los mongólicos. De modo que a nadie le preocupó mucho la desaparición de Naomi. Cuando las enfermeras del turno de día le preguntaron por ella, Hana mintió con aplomo:

—Claro, la ha adoptado una familia.

—Pero ¿cuándo?

—La semana pasada, una gente con muy buena pinta, gente del Gobierno, viven en Namsan. Firmaron los papeles y hasta hicieron un donativo al Buen Pastor.

Un donativo, eso disipó cualquier sospecha. Pero cuando Hana se marchó del orfanato, cambió de domicilio, con el fin de asegurarse de que no fueran a buscarla para hacerle más preguntas. Para criar a Naomi, la vieja Hana reanudó su antiguo trabajo de cocinera en un restaurante pequeño del vecindario, en el sótano de un edificio, no lejos de Jongno. Naomi iba al colegio del barrio, ya había aprendido a leer y a escribir, y a cantar. Tenía una voz muy bonita cuando cantaba las canciones infantiles, algunas en inglés. Pero ese don secreto suyo apareció un día en que ella y su madre adoptiva iban paseando por la colina que domina Jongno. Se subió a un árbol, un árbol alto y aislado al pie de una pendiente rocosa.

—Hay una mujer mirándonos.

La vieja Hana abrió los ojos como platos.

—¿Dónde? Yo no veo nada.

Naomi insistía:

—Que sí, mira, va vestida de blanco y es muy guapa. Está sonriendo.

Hana atribuyó esa visión a la fantasía de una niña demasiado solitaria. No se lo contó a nadie. Para que se distrajera, apuntó a Naomi a clases de canto después del colegio. En otra ocasión en que iban andando por la calle, de vuelta del coro, Naomi se refirió a unos pájaros en el cielo, muchos pájaros que volaban formando amplios círculos, sin gritar, solo con el sonido que hacían sus plumas al viento. Sin embargo, en el cielo despejado no había nada, ni siquiera una chebi, ni siquiera un avión. Entonces Hana comprendió que Naomi no era una niña como las demás personas, que había recibido un don para ver lo invisible. Ya que tenía ese don, la vieja Hana pensó que debería conocer a Dios. Llevó a Naomi al templo de Bongwonsa, por la parte alta de la ciudad. Era un bello día soleado de principios de invierno, los árboles estaban herrumbrosos, el taxi las dejó a la entrada del templo y echaron a andar por los paseos. Delante de las imágenes sagradas, Hana se prosternó varias veces y Naomi la imitó. Encendieron juntas varillas de incienso y las clavaron en la maceta grande de barro cocido llena de tierra blanca. Luego se marcharon y bajaron a pie por la carretera hasta la parada de los autobuses para volver a Dong-dae, donde vivían.

—¿Qué has visto en el templo?— preguntó Hana algo más tarde (se imaginaba que Naomi había recibido la bendición de Dios y que se había transformado y la embargaba el júbilo).

Naomi solo se quejó de que le dolían los pies. «Puede que este no sea su Dios —pensó Hana—. Puede que haya nacido cristiana; al fin y al cabo, no sé nada de su familia.» Entonces Hana la llevó a la iglesia de Myeongdong, una construcción de ladrillo muy grande en el centro

del barrio bullicioso, rodeada de cines, de pizza parlors y de cafés. Pero a Naomi no le gustó mucho más. Incluso se quejó:

—¡Qué oscuro está esto! ¿Por qué la gente parece tan triste?

La vieja Hana estaba perpleja:

—Si Naomi no es budista ni cristiana, entonces ¿qué es?

Un sábado, como no había clase, Hana organizó la expedición. Era en la otra punta de la ciudad, en el barrio Wooi-dong, en las callejuelas que hay alrededor de la estación de autobuses. En una especie de garaje, una mujer alta y algo hombruna bailaba pisando unos sables. Llevaba puestos varios vestidos que se iba quitando uno tras otro, mientras giraba sobre sí misma. Calzaba unas deportivas estadounidenses grandes, rojas y blancas, y en las muñecas entrechocaban varias pulseras de cobre. Las familias habían depositado ofrendas, botellas de alcohol, fruta, cigarrillos y dinero metido en sobres blancos medio abiertos. Hana puso también un poco de dinero y quiso presentar a su hija para que la mujer la bendijera. Naomi se había quedado atrás, no quería que la vieran y escondía la cara en las faldas de Hana.

—¡No tengas miedo, ven, dale el sobre!

Pero Naomi se negó a acercarse, llevaba en la manita el sobre arrugado y se negaba a soltarlo. La mujer seguía girando sobre sí misma y a cada vuelta miraba a Naomi con ira o con ironía, y le salían de la boca palabras incomprensibles, con una voz ora grave ora aguda; al mismo tiempo daba golpes en un tamborcito. En torno a ella, los vestidos tirados por el suelo cobraban formas fantásticas a la luz del tubo de neón. Entonces Hana comprendió que el comportamiento de Naomi estaba alterando la ceremonia; las familias habían ido allí para que las bendijeran, para que sus hijos aprobaran los exámenes de

ingreso en la universidad nacional, las miraban con malos ojos, la cosa podía torcerse. Salieron huyendo cabizbajas y, en el metro que las llevaba de vuelta a Dongdo, la vieja Hana se sintió culpable ante la mirada rencorosa de la niña.

—¿Por qué hemos ido a ver a esa mujer tan mala?— preguntó Naomi más tarde.

Hana no supo qué contestar.

Fue por aquel entonces cuando Naomi empezó a hablar de los Dragones.

Como he dejado de hablar un instante, Salomé dice con voz soñadora:

—Yo nací en el año de Dragón, ¿lo sabía?

Nunca me ha dicho nada sobre su edad, pero hago un cálculo rápido:

—Solo puede ser 1977.

Salomé:

—El 1 de febrero de 1977.

Lo que da treinta y nueve años o, calculando como los coreanos, cuarenta años aproximadamente. Por primera vez, me atrevo a preguntárselo:

—¿Por qué sus padres la llamaron Salomé? Es el nombre de una guarra, ¿no? —He utilizado la palabra inglesa *bitch* porque es exactamente la palabra adecuada para ese personaje.

De repente, Salomé se irrita y contesta a la defensiva:

—¡No, ese nombre lo elegí yo, porque a todo lo que aspiraba era a ser una mujer que baila! Salomé baila muy bien, por eso los hombres están resentidos con ella, excepto su tío, pero a los resentidos les da envidia que sea famosa, lo mismo que le pasaba a Nabi, a los demás no les gusta que seamos felices, maldicen a la chica que baila y un buen día ¡ella va y les corta la cabeza!

Así de radical.

Salomé se demora en sus ensoñaciones. La tarde ya está avanzada y la luz otoñal se ha tornado del color de las hojas de los ginkgos de la avenida que bordea el edificio donde vive. Se me ocurre que lo que quiere oír es una historia de colores, una historia de árboles y de montañas, para escapar de la inmovilidad del piso, para respirar.

Naomi ha cogido la costumbre de mirar el cielo, es lo único que le interesa. Todos los días arrastra a la vieja Hana de la mano, salen a la calle y caminan hacia el canal, lejos de los edificios. Mira las nubes.

—¿Qué ves, Naomi? —pregunta Hana.

—Lo que veo no se mueve —dice Naomi—. Son como dos serpientes grandes enroscadas, están esperando.

—¿Esperando qué?

—Esperando su día —dice sencillamente Naomi, y Hana se pregunta qué significa ese día, esa hora.

Porque mira el cielo entre los edificios o cuando caminan hasta el puente de Samilgyo, y no ve nada, ni siquiera entornando mucho los ojos. Un domingo, cogen el metro de la línea azul y se bajan en Chungmuro para ir a andar por la montaña. Entre los pinos aún suenan las cigarras, y otro grito, más agudo, un grito de pájaro. Naomi le aprieta la mano a Hana.

—Aquí puedo ver a los Dragones —dice—. No les gusta el ruido de la ciudad, se esconden cuando hay demasiada gente, demasiados coches.

Anduvieron hasta la carretera que conduce a la cima de la montaña, a mucha distancia del tranvía. Se sentaron en un banco de piedra y Hana le lee a Naomi la estela que habla de Yun Dongyu. Lee las palabras del poeta, pero quizá se las sepa de memoria, en recuerdo de la guerra en la que su abuelo encontró la muerte.

*Una estrella para los recuerdos y  
una estrella para el amor.  
Una estrella para la melancolía y  
otra para el deseo.  
Una estrella para la poesía y  
otra estrella para mi madre.*

Naomi escucha atentamente y luego dice: «Cómo me gusta la poesía cuando habla de las estrellas».

Después de ese día, Naomi habla a menudo de los dos Dragones. No dice cómo son ni de dónde vienen. Solo dice cosas raras como: «El día que se despierten los Dragones...» o «Cuando llegue el momento, los Dragones volverán a encontrarse». Como todavía es pequeña, la vieja Hana piensa que se lo imagina, entonces le compra libros ilustrados que tratan de dragones. Un día le cuenta incluso la historia que oyó, cuando era pequeña, sobre el Dragón del mar:

—Hace mucho tiempo, en el sur de Corea, cerca de una ciudad llamada Mokpo, vivía una campesina anciana. Estaba sola en el mundo porque su marido y sus dos hijos habían muerto en la guerra. Vivía de preparar pasteles de arroz que vendía en el mercado de Mokpo a diario. Y hete aquí que un día, mientras iba por la carretera que lleva a la ciudad, se encontró con un tigre. El tigre estaba hambriento, se acercó

para comerse a la mujer, pero ella le tiró un pastel de arroz y salió corriendo. Sin embargo, no corría muy deprisa y ya notaba que el tigre le pisaba los talones, así que le tiró otro pastel, y luego otro más, y otro, pero el tigre se los zampaba todos y seguía persiguiéndola. En un momento dado, la anciana campesina llegó hasta una playa. Ya no le quedaba ningún pastel que tirar, así que le imploró al Dragón del mar: «¡Gran Dragón», gritó, «ayúdame, por favor, sálvame de este monstruo!». Apenas lo hubo hecho, el mar se abrió y apareció el Dragón del mar. Le dijo a la campesina: «Cruza el mar conmigo, del otro lado escaparás del tigre». Y eso fue lo que pasó, el Dragón sujetó el mar y la anciana pudo pasar al otro lado hasta la isla y salvar así la vida.

Naomi preguntó:

—¿Cómo era ese Dragón del mar? Cuéntamelo.

Pero Hana no supo responder. Solo dijo, tal como decía Naomi:

—Es un Dragón, como esos que ves tú. No lo ha visto nadie más que esa campesina, y sin embargo existe y duerme en el mar.

Naomi no hizo más preguntas. Sabe que en el cielo viven esos dos Dragones. No los ve, tan solo nota su presencia, es como el soplo del viento cálido en verano, o como los remolinos que arrastran las hojas de oro de los ginkgos.

—Cuando sea su hora, se volverán a encontrar como dos hermanos gemelos a los que separaron al nacer. —Echa la cabeza hacia atrás, sentada en el banco que hay delante de la estela de Yun Dong-yu—. El que escribió estos poemas los ha visto, estoy segura.

La vieja Hana tampoco lo duda. Dice:

—Siempre pasa lo mismo cuando hay una guerra o una calamidad, los dos Dragones se mueven mientras duermen, y cuando se despierten será el día del Juicio.

Piensa que lo está mezclando todo, la Biblia, los comentarios de Buda e incluso las historias increíbles que le contaba su abuela cuando terminó la guerra.

He vuelto a ver al *stalker*.

En realidad, creo que nunca me había dejado del todo. Es un experto, no iba a darse por vencido porque cayeran cuatro gotas. Lo había subestimado. Lo reconocí en el metro. No como el que veía hace tiempo, cuando vivía en El Sórdido. Me ha parecido más alto, vestido con un traje elegante y calzado con zapatos de moda, de cuero negro y demasiado puntiagudos, quizá. En lugar del gorro de lana negra tan ridículo que se ponía en verano, llevaba un sombrerito de un azul grisáceo, como la gente que va a las carreras de caballos, o a los cafés finos de los grandes hoteles de Jamsil.

De hecho, fue en Jamsil donde volví a verlo. Me habían citado en un edificio de oficinas para hacer una traducción del inglés para una empresa. Una aseguradora o unos *brokers*, no estaba muy segura, había contestado a un anuncio de Jobkorea. El salario era muy decente y estábamos en la época previa a los exámenes de la universidad, de modo que la *bitch* había vuelto a dar clase y ya no me necesitaba. Llevaba dos meses sin ir a ver a Salomé y me hacía mucha falta ese dinero para pagar el alquiler. La cita en Jamsil era a las nueve de la noche, el barrio se había vaciado de oficinistas y aquel edificio tan grande parecía un paquebote iluminado pero totalmente desierto. En el reflejo del cristal del vagón reconocí la silueta. Estaba unas filas detrás de mí y me miraba. Creo que lo primero que reconocí fue su mirada, se me clavaba en la espalda, un poco más abajo de la nuca, y noté como si me corriera agua fría por el espinazo. Pero estábamos en el metro, con un montón

de gente que subía y bajaba en cada estación. Cuando anunciaron el nombre de mi parada, decidí no moverme y bajarme en el último momento, justo antes de que se cerrasen las puertas. Había visto hacerlo en las películas. Me parecía una buena idea. Anduve deprisa por los pasillos del metro para ir a la salida 4, que está cerca del edificio de la empresa. A pesar del barullo, oía los pasos del *stalker* detrás de mí, lejos, andaba al mismo ritmo que yo y los tacones de plástico de sus zapatos nuevos retumbaban en los pasillos, exactamente igual que en las películas. Notaba que el corazón me latía a toda velocidad, estaba sudando a pesar del aire frío que soplaba en los pasillos. Hacia el final de pasillo ya no quedaba nadie, solo yo y aquel taconeo en el suelo. Intenté pensar: si echo a correr, él correrá más deprisa que yo y además le estaría diciendo que sé que está ahí, que le tengo miedo y que estoy a su merced. Si me escondo, por ejemplo en la tienda donde venden paraguas y cinturones, se dará cuenta de dónde estoy y esperará a que salga, porque no puedo quedarme indefinidamente en una tienda de tres metros cuadrados con una vieja que me pregunta: «¿Qué? ¿Qué va a comprar?». Busqué un uniforme, un policía, un empleado del metro o incluso un militar para pedirle auxilio, pero precisamente cuando los necesitas nunca los encuentras. ¿Y si tuviera cómplices? ¿Y si el policía estuviera disfrazado y aprovecharse para agarrarme por las muñecas y amenazarme? Pensé en llamar a alguien por teléfono, pero no me venía ningún número a la cabeza. Realmente estaba sola en el mundo. Por un segundo, pensé incluso en Salomé, menuda estupidez, ¿qué iba a hacer por mí una pobre inválida? Solo pensé en ella por la historia, como si el desenlace pudiera ser más importante que la realidad. Me diría: «¿Y qué pasó luego?».

Y a mí se me podría ocurrir ese final que lo explica todo, ese final tranquilizador, el truco postrero que me permite salvarme, seguir viva. Y, curiosamente, fue pensar eso lo que me curó del miedo. Si podía imaginar un

final, si podía verme corriendo, con los pasos mecánicos de ese hombre calzado con zapatones negros de charol, con su sombrero Maverick calado en la cabeza, es que yo dominaba la situación y esta podía transformarse, podía detenerse, podía desvanecerse como la imagen obsesiva de un sueño que se deshilacha minuto a minuto con los rayos del sol matutino. Eso era precisamente: estaba viviendo un sueño. Yo era el personaje del sueño y al mismo tiempo me veía actuar, caminar, balancear los brazos, apretar el bolso terciado contra la cadera, volver un poco la cabeza para captar el reflejo del *stalker* en un escaparate, contar sus pasos, uno-dos, uno-dos, uno-dos, aceleraba para oír uno-dos, uno-dos-tres, como esos niños que repiten un paso para andar más deprisa, hasta se me escapaba una sonrisa por haber tenido semejante idea. Cuando llegué a la salida 4 titubeé. ¿Y si me iba hasta la 6 y cruzaba la avenida? Podía correr entre los coches, aprovechar el caos de tráfico que hay por la noche en Jamsil para escaparme. Pero era inútil. Si no era hoy, sería mañana, o pasado. Al fin y al cabo, me había ido lo más lejos posible, a la otra punta de la ciudad, hasta Oryudong, y no había servido de nada. Estaba convencida de que me había seguido hasta allí, de que pasó por debajo del puente de Brooklyn y que delante de los restaurantes de carne de cerdo me había visto entrar en el bloque y se había quedado abajo, en la acera, hasta que se encendió la ventana de mi habitación. Encendió un cigarrillo de satisfacción y se lo fumó sin moverse. Y yo creyéndome que me había alejado de todo aquello, que había volado los puentes, que me había salvado.

Después del miedo, creo que lo que sentía ahora era ira. Eso era lo que me aceleraba el corazón, lo que me henchía el pecho. ¿Cómo podía haber sido tan ingenua? ¿Acaso no había aprendido nada de la vida? ¿Acaso había vivido todo aquello, la maldad de mi prima, el desdén de mi tía, la soledad y, sobre todo, la pobreza, no comer más que un poco de arroz con *kimchi* rancio,

no beber más que agua caldorra del grifo, para ser la presa de un animal feroz, para acabar quizá en una bolsa de plástico negro, cortada en pedazos, atada y arrojada al río Han? Se me iban agolpando todas esas ideas en la cabeza mientras subía los peldaños que llevaban a la calle y, después, caminaba por la acera entre los transeúntes hacia el gran edificio, iluminado como un barco atracado en un muelle.

Y luego, de pronto, comprendí que el *stalker* ya no me iba siguiendo. En los retrovisores de los coches aparcados, en los escaparates de las tiendas, ya no veía su silueta. No podía oír los pasos porque el barullo de la avenida estaba en su apogeo: los motores de los coches, el ronquido agudo de los autobuses a toda velocidad en plena calzada, la música de los bares y los expositores de las tiendas de móviles o de cosméticos, altavoces, vendedoras ambulantes, timadoras en los locales a pie de calle. En un momento dado, al cruzar una callejuela, una mujer vino hacia mí, llevaba un vestido blanco, como de enfermera, o puede que fuera un vestido de novia, parecía joven, pero según se me acercaba observé que tenía el rostro roído y arrugado, el pelo canoso y enredado debajo del gorro, y que llevaba una mascarilla higiénica. Cuando llegó delante de mí, se puso a gritar algo, no entendí qué, me aparté para dejarla pasar, me miró y volvió a decir: «¡AIDS! ¡AIDS!». Los peatones la esquivaban como si estuviera apestada.

Al darme la vuelta, no para seguirla con la vista sino para usarla como pretexto, pude comprobar que el *stalker*, en efecto, había desaparecido, y me detuve para recuperar el resuello, solo lo que tardé en pensar: «¿Y si me he equivocado?». O bien: «A lo mejor se ha cruzado con un policía y le ha dado miedo que yo lo denunciase». O también: «Hoy no es aún el día. Es como los Dragones del cielo, está esperando su día. No se manifestará hasta que llegue ese momento. Pero ¿cuándo? ¿Cuándo decidirá que es el día? ¿Por qué

mañana en lugar de ahora, por qué aquí, en Jamsil, en lugar de en Oryu, o en la calle de Salomé?».

Estoy justo delante de la entrada del edificio, solo tengo que dar unos pasos para empujar la puerta giratoria. Pero algo me detiene. No entiendo qué al principio, luego veo el brazo que me sujeta por el hombro, y el otro brazo, fuerte y recio como la rama de un árbol. No puedo gritar, no puedo moverme. Me tiemblan las piernas, el corazón me late a toda velocidad, no consigo respirar. Está aquí, detrás de mí, sujetándome. Su voz me habla al oído, no entiendo lo que me dice. Palabras serenas, palabras en un susurro.

—No entre ahí, no vaya, es una trampa, dentro la está esperando alguien para hacerle daño.

Delante del edificio no hay nadie, nadie al otro lado de la puerta. El vestíbulo está oscuro, a través de los cristales tintados de la puerta las lámparas del techo tienen forma de estrella de cuatro puntas. Veo las puertas de los ascensores, ahí es donde tenía que ir, a la decimosegunda planta, ahí es mi cita. La voz me repite, pegada al oído:

—No entre, es una emboscada; si va, se juega la vida.

Consigo soltarme un brazo, me zafo de la tenaza del hombre y lo empujo.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere de mí?

Me ha soltado, retrocede dos pasos, a contraluz no le distingo la cara, solo reconozco el sombrero de cuadros y el traje. Es menos alto de lo que creía, menos fornido. No sé si está sonriendo como lo hace a veces. Huele a tabaco y a alcohol. Son olores que me tranquilizan.

—¿Cómo lo sabe?

Ahora ya no me da miedo, es un hombre como los demás. El sombrero ese me parece ridículo.

—¿Quién es usted? ¿Cómo se llama?

Tarda en contestarme. Sigue repitiendo la misma frase:

—No entre en el edificio, la está esperando alguien, corre un grave peligro.

No acepto esa frase. Le grito:

—El peligro es usted, lleva meses siguiéndome, ¿quién es?

Contesta, como si fuera lo más normal:

—Mi trabajo es seguirla, me han contratado para protegerla. —Añade la dichosa frase, con un tono un tanto enfático, ya que no quiero darme por enterada—: La está esperando alguien en el edificio, alguien que le va a hacer daño, la matará.

Ahora estoy junto a la puerta. Vuelvo a mirarla, y el vestíbulo vacío y oscuro me repele, ya no puedo entrar.

—¿Quién le ha pagado? ¿Quién le ha pedido que me proteja? —No lo creo.

Y luego lo entiendo. La única persona que puede hacerlo, la única que lo sabe todo de mí, que tiene el dinero y el poder necesarios, y también la imaginación, es ella, la inválida en su silla de ruedas, la que ha utilizado a Frederick Pak, la que lo ha organizado todo, maquinado todo desde su salón amarillo en la otra punta de la ciudad. Es tan absurdo que no puedo contener la risa, una carcajada irónica más bien.

—Pues entonces, vaya a presentarle su informe, vaya a decirle lo que ha pasado. ¡Vaya a contarle esta historia, cómo me ha perseguido por el metro, y me ha impedido acudir a la cita, y me ha salvado la vida!

Me doy media vuelta y me alejo sin mirar atrás, camino por la ancha avenida hacia Jamsil, y, sin darme cuenta de inmediato, paso por delante de la iglesia de los cristianos, una puerta amplia de doble batiente con un letrero luminoso de neón encima, donde Nabi empezó su carrera de cantante hace mucho tiempo, creo que sucedió al principio de mi estancia en esta gran

ciudad de Seúl, cuando yo iba al sótano de la librería de Jongno para hojear las novelas policíacas japonesas y, sobre todo, las novelitas de la china Di'An, que escribe para las chicas ingenuas y provincianas de todos los países del mundo. Donde conocí a Frederick Pak. Pensé que seguramente Salomé contrató al *stalker* para que yo le contara a ella cómo me asustaba que me siguiera un desconocido. También pensé que nunca sabría el final de la historia del asesino *wannabe* por el simple hecho de que su ángel de la guarda me había impedido entrar donde el asesino me estaba esperando. ¡Peor para ella!

Después de todos estos acontecimientos extraordinarios, decidí cambiar otra vez de residencia. Marcharme de Oryu-dong. Ahora ya no me da miedo el *stalker*. No sé si siguió con su trabajo de ángel de la guarda, puede que Salomé lo haya relevado de sus funciones porque un vigilante que se identifica no sirve para nada. Era como un juego; al acercarse a mí, al avisarme del peligro, había roto las reglas. Además, el señor Pak, alias Frederick, me llamó varias veces para proponerme que nos volviésemos a ver. Nos citamos en el café Lavazza, donde solíamos quedar antes, por donde la estación de metro Anguk. Fue en ese barrio pequeñito donde encontré mi nueva dicha, una habitación independiente en la primera planta de una casita propiedad de una *ajumma* china llamada señora Lu Lu que vive con tres gatos. Cuando salgo de clase en Hongdae, me acomodo en el café delante de un capuchino y, mientras espero al señor Pak, escribo en una libretita con las hojas en blanco todo lo que se me ocurre, canciones, poemas o incluso axiomas. Ahora me encanta escribir mis sueños. El señor Pak me trae de vez en cuando noticias de Salomé, que en realidad no se llama Salomé, se llama Kim Se-ri, y el señor Pak habla tan bien de ella que me parece que tiempo atrás estuvo enamorado, hace veinte años, cuando todavía era un colegial. Eso es lo que me imagino pero, claro está, no puedo hablar con él de ese tema.

—Ha empeorado mucho —dice Frederick—. Se está apagando día a día, pregunta por ti. Y tú te niegas a atender sus recados.

¿Y a él qué le importa? Me pongo sarcástica:

—¿Es que ahora eres su recadero?

Él se encoge de hombros.

—No te pega nada ser mala.

¿Qué sabrá él? Para empezar, nadie nace siendo malo, sino que nos volvemos malos. Es uno de los axiomas que he escrito en mi libreta.

He decidido mantenerme firme, no volver a caer en las trampas de los demás. Todos piden algo, no pueden olvidarse de mí. Antes de mudarme, mi tía me estuvo acosando por teléfono todos los días. ¡Mi prima, la deliciosa Paek-hwa, se había fugado de casa! ¡Toda la familia estaba de los nervios! ¡Y yo no podía dejar de hacer algo, temían por su vida o, aún peor, por su virtud! ¡Como si mi prima tuviese algo que perder en ese ámbito! Al principio le devolví la llamada a mi tía para explicarle que no tenía ni idea de lo que estaría haciendo esa chica, ni con quién, ni dónde. No era la respuesta correcta. Mi tía me puso verde, me tachó de egoísta, de mentirosa, de aprovechada. Después de todo lo que ella y su hija habían hecho por mí, acogerme cuando llegué de provincias y no sabía nada de Seúl, la hija de unos vendedores de pescado de Jeolla-do que solo servía para desescamar merluzas. Le colgué y no le cogí más llamadas. Luego vino una serie de mensajes, algunos con lloriqueos y otros con amenazas. Llegué a temer incluso que aquella furia se me plantara en casa un día, que cogiese el metro hasta Oryu-dong, consiguiese las llaves con sus argucias habituales y se me instalara en la habitación, sentada en la cama, con las piernas abiertas y los ojos tiznados. Por ese motivo empecé a buscarme otra casa, lo más lejos posible.

Después, cambió de táctica. Consiguió que mi madre me llamase para hablar de Paek-hwa. Hablo con mi madre más o menos una vez al mes, solo unas palabras, para ponernos al tanto de qué tiempo hace, del trabajo, de los

problemas de dinero. A menudo pienso en volver allí, a Jeolla-do, a veces me dan náuseas cuando me acuerdo del pueblo, de la calle donde nunca pasa nada, solo algunas peleas de perros y, los sábados, los borrachos cayéndose en los campos de patatas dulces. Pero echo de menos el mar, me encanta deambular por el puerto, en Mokpo, mientras mi madre negocia con los pescadores que le venden peces sable y calamares. Me encanta el olor del mar, el sonido del viento, las luces de los barcos pesqueros mar adentro, como animalotes inmóviles flotando en la noche.

—Piensa en nosotros, cariño —decía mi madre—. Es la única hija de la hermana de tu padre. Es de nuestra sangre. No puedes lavarte las manos.

Para tranquilizarla, le dije que me encargaría del asunto.

—En cuanto pasen los exámenes tendré algo más de tiempo.

Mentí. Yo sabía que no iba a mover un dedo por Paek-hwa. Y mi tía ¡anda y que contratase a un detective privado! Hasta podía darle las señas de mi *stalker*, si quería. No sé si fue eso lo que le dije a mi madre y ella se lo contó a mi tía, el caso es que se abrió un abismo entre nosotras y me dejaron en paz. Al cabo de un tiempo me enteré de que Paek-hwa había vuelto a casa. Su padre le cruzó la cara, su madre le echó la bronca, luego la perdonaron y todo volvió a la normalidad. Así es como las chicas acaban siendo unas delincuentes y unas busconas. Otro axioma.

De este modo entendí lo que me pasa en la vida; nunca me había parado a pensarlo, lo raro y lo increíble que puede llegar a ser todo. No sé si será casualidad o como un sueño que tienes despierta. Cuando me acuerdo, me parece que todo estaba dispuesto para que sucediera esta historia, que en cierto modo fui la mensajera de una orden superior, celestial, y que después de aquello ya no podría volver a ser la misma persona. He aquí, pues, mi

última historia, que le contaré a Salomé antes de que sea demasiado tarde. Me apetece inventarla para ella, para explicarle que ha sido la única persona que ha significado algo en mi vida, más que mis propios padres, más de lo que nunca podría significar Frederick, la única persona entre los millones y millones de seres humanos que existen en esta ciudad de Seúl, en todos sus barrios, todos sus edificios, sus calles y sus carreteras, sus puentes y sus túneles del metro, e incluso en el ancho río Han, que ha presenciado cómo transcurrían en sus orillas todas las guerras, los crímenes y las pasiones. Y sus aguas verdes y amarillas siguen fluyendo, bajan hacia el mar, se mezclan con el agua sucia del océano y no retornan nunca.

El paso del puente del arco iris, para Salomé, en el  
hospital Severance,  
abril de 2017

Esta es una historia real, mi única historia real. No quiero decir que las demás historias que le conté a Salomé, para curarla de su dolor, fuesen mentira, pero las amañé para que le gustasen, añadí algunas palabritas suaves, algunas palabritas duras, para que comprendiera lo que sucede en ese mundo que no conoce, el mundo donde la gente se mueve, donde notas el calor del sol, el frío del viento invernal, la lluvia y la nieve. El mundo que es cruel y egoísta porque no le hace caso. El mundo que no la echará de menos cuando se muera.

Un domingo por la mañana temprano, la pequeña Naomi bajó de casa de su madre, en la decimosegunda planta de la torre B de la urbanización de Jongno. Delante del edificio hay un parquecillo largo y estrecho, rodeado de árboles. En la nieve, al pie de un árbol (un magnolio, que nunca pierde la hoja en invierno), Naomi vio una bola de plumas pardas, inmóvil y trémula, un pájaro que parecía dormido. Cuando se acercó, el pájaro abrió el pico y gritó: «¡Ppiak-ppiak!». Naomi se acuclilló para mirarlo y le dijo: «Pero bueno, ¿qué te pasa? ¿Te has perdido?». El pájaro contestó con el mismo gritito agudo: «¡Ppiak-ppiak!». Y mientras, aleteaba y sacudía las plumas del

pescuezo, todas de punta. Naomi se quedó un rato quieta y cuando quiso marcharse, el pájaro se incorporó para seguirla y se le refugió entre los pies. Alzaba la cabeza, sacudía las alas y seguía gritando «¡Ppiak!» para decir: «¡Cógeme!». Naomi pensó que si lo dejaba allí, los gatos del barrio se lo merendarían. De modo que lo cogió entre las manos y él se dejó, aferrándose con las patitas a los dedos de Naomi como si fuesen tallos de una rama y clavándole las uñas en la carne. Naomi subió al piso y como su madre no estaba y no sabía dónde ponerlo, lo colocó en una toalla, dentro del lavabo. Le dio de beber un poco de agua, primero en el vaso de lavarse los dientes y luego, como no se las apañaba, en el cuenco de la mano; se la bebió toda deprisa y corriendo, seguramente hacía bastante que se había caído del árbol y no había comido ni bebido nada. Con el calor del piso, pareció animarse un poco, se sacudió las plumas, aleteó y Naomi descubrió que las plumas de las alas tenían un color maravilloso, azul vivo con algunas plumas negras por el borde. Era sin duda lo más bonito que Naomi había visto nunca. Esperó a que volviera la vieja Hana y cuando esta vio el pájaro exclamó: «Es un arrendajo; este pájaro tuyo es un arrendajo del bosque, lo llaman uh-tchi».

Así que ese fue el nombre que le puso Naomi: O'Jay, como si fuera irlandés.<sup>[10]</sup> Hana le dijo que probablemente se moriría porque los pajaritos que se caen del nido ya no tienen a su mamá para que los alimente. «¿Qué come O'Jay?» Hana dijo que comía de todo, esencialmente insectos y orugas que encuentra en los árboles del bosque. Por suerte la vieja Hana es hija del mar y sabe dónde encontrar gusanos para la pesca. Llevó a Naomi al mercado de Namdaemun, cerca de la estación de ferrocarril, donde están las tiendecitas en las que venden cebo para la gente que va de pesca, y volvieron con una bolsa

de larvas de mosca. Naomi le dio su primera comida a O'Jay con los palillos de madera, le sujetaba la larva delante del pico y él se la tragaba. Luego se sacudía satisfecho y volvía a abrir mucho el pico mientras soltaba su gritito agudo, ese «¡Ppiak!» suyo, para pedir otra larva. Naomi y la vieja Hana se lo pasaron de maravilla toda la semana siguiente. Se turnaban para dar de comer a O'Jay, le hablaban y le limpiaban las cacas. Naomi se fijó en que a O'Jay le gustaba hacer caca encima de un papel, así que la vieja Hana fue a buscar periódicos e incluso libros de ocasión. Al principio, intentaron que O'Jay durmiera en una jaula, pero no quiso, en cuanto lo encerraban soltaba su «¡Ppiak!» más desesperado y Naomi lo cogía entre las manos. Ya no se separaba de ella. Fuera donde fuese, O'Jay la seguía, incluso al cuarto de baño y al retrete. Hana le explicó: «Como eres la primera persona a la que vio cuando se cayó del nido, creyó que eras su mamá».

Cuando Hana se iba a trabajar, colocaba a O'Jay en una rama de árbol que había cortado en el jardín del edificio y sujetado al lavabo con cinta adhesiva. Y cuando Naomi volvía del colegio, entraba en casa corriendo con el corazón palpitante y O'Jay la recibía con su grito agudo para decir «¡Mamá, tengo hambre!», mientras batía sus maravillosas alas azules. Naomi le daba de comer larvas de mosca, le daba de beber agua en el cuenco de la mano y luego se tumbaba en el suelo y se ponía a O'Jay en el pecho para calentarlo. «Escucha mi corazón», le decía.

Sabía que a los bebés nada les gusta tanto como oír los latidos del corazón de su mamá y como O'Jay había decidido que ella sería su mamá, necesitaba que lo reconfortasen.

La habitación del hospital es totalmente opuesta a su propia casa, todo es blanco, la ventana es un cuadrado de luz cruda que apenas tamizan las persianas venecianas de plástico. Salomé yace en la cama, con la parte superior del cuerpo metida en una especie de cilindro de metal que bombea y exhala aire. Solo le veo las piernas flacas, los pies, los brazos y el rostro consumido. Tiene la piel en torno a los ojos de color gris y el pelo sujeto hacia atrás con unas pinzas. Pero sigue teniendo los rasgos regulares de la *Sister Swallow* de Rossetti. Tumbada de espaldas, con los ojos cerrados y una tenue sonrisa en la boca que la enfermedad le ha afinado, también se parece a la Ofelia que pintó John Everett Millais y que tanto me gustó cuando tenía doce años, incluso la tenía en la pared de mi cuarto en Jeolla-do. Cuando empecé a hablar de Naomi, se le estremecieron un poco los párpados porque quería hacerme una señal, decirme que me estaba escuchando, que me esperaba. Frederick me había advertido: «Si no vas ahora, será demasiado tarde». No fue eso lo que me decidió. Fue el recuerdo de aquel pájaro que prohié hace tiempo, cuando era niña, y que se me fue escapando poco a poco. Me apeteció compartir ese pájaro con Salomé, no porque me resulte tan querida como aquel animalito al que cuidé hasta el final, sino porque su historia es común a todos los seres vivos. Es la historia más misteriosa de la vida, junto con el instante del nacimiento.

Naomi vivió durante esas pocas semanas con O'Jay una historia de amor. Cuando volvía del colegio, iba corriendo al cuarto de baño y el pájaro azul la recibía con esos grititos que no solo significaban «¡Mamá, tengo hambre!». También expresaban la alegría de volver a verla después de una ausencia tan larga en la oscuridad del cuartito. Naomi lo cogía, se lo ponía en el hombro y él le picoteaba suavemente la oreja

y le mordisqueaba el pelo. Luego venía la sesión de comida, los gusanos de la harina y las larvas que Naomi le metía en el pico con la punta de los palillos de madera, y para que abriese la boca le decía «¡A, a!», como todas las madres que le ofrecen una cucharada a su hijo. Sin embargo, algo no iba bien, Naomi ya se había fijado, una bolita blanca en la base del pico. Se lo dijo a Hana y decidieron llevar a O'Jay a que lo vieran en la Universidad Nacional de Seúl, donde tenían una consulta para los animales silvestres. Les consiguió la cita una amiga de Hana, Yu-mi, que trabajaba en el servicio de limpieza del hospital. El diagnóstico fue cruel. O'Jay estaba infectado con un virus que mata a las aves silvestres, les deforma el pico y obstruye la tráquea; estaba desahuciado y el veterinario les ofreció una eutanasia inmediata para evitar que sufriera y para impedir que contagiase a otras aves silvestres. Naomi volvió a casa llorando, no había aceptado que lo matasen a pesar de las sensatas palabras de su madre: «Tienes que aceptarlo, Naomi, es la única solución para él, y para ti también, no puedes impedir que pase lo que tiene que pasar». Pero ¿cómo iba a abandonar a O'Jay ahora que la quería y había depositado en ella toda su confianza, que la seguía a todas partes, que comía tan bien y que después de comer cantaba y desplegaba las alas para enseñarle sus plumas azules? Aunque no lo había hecho nunca, ahora Naomi iba a rezar, se dirigía a todos los santos y a todos los espíritus que había conocido en sueños, para que ayudasen a curarse al pobre O'Jay. A partir de ese día, cada momento de la vida de O'Jay se descontaba de su destino, era un día, una hora que ganaban a la enfermedad; cada bocado le daba fuerzas, cada latido del corazón de Naomi latía también en su pecho, en ese corazoncito que la niña sentía a través del plumón cuando lo sujetaba entre las manos. Para distraer a O'Jay, Naomi

consiguió un cedé con cantos de pájaros y lo reproducía en el ordenador de su madre. Buscó en internet grabaciones de arrendajos de la montaña y se los ponía a O'Jay, que abría mucho los ojos y parecía disfrutar con esa música. Luego, por la noche, antes de acostarse, Naomi lo acomodaba en su cama, al lado de su propio colchón, para oírlo y estar preparada para intervenir si pasaba algo. No dormía por las noches, pensaba en todo lo que podría conocer O'Jay si vivía, el sabor del viento en el cielo, la alfombra verde de los arrozales a sus pies, las montañas y los bosques, el olor de los pinos al sol cuando cazara gusanos en la corteza, como le había enseñado Naomi. «No te mueras, por favor —susurraba Naomi como una oración—. Te quedan muchas cosas bonitas por ver en el mundo, porque te libraste de los peligros y yo te salvé, ¡no te mueras!»

Salomé escucha las palabras de mi historia, sé que le gusta porque de vez en cuando se le entornan los párpados y dejan ver los ojos negros donde brilla una lágrima. La doctora, que tiene la edad de Salomé y que quizá por eso se apiada de esa mujer que ha llegado al final de su enfermedad, me dijo cuando me senté en la silla metálica al lado de la cama:

—¿Sabe?, parece que ya no es consciente de nada por culpa de las medicinas que le damos para aliviar el dolor. Pero si le habla la oírás; aunque crea que está durmiendo, sepa que la oye.

Soy la única que va a verla todos los días, puede que porque no tengo trabajo y ha terminado la época de exámenes. No he aprobado los exámenes, seguramente he perdido un curso, es posible que ya no me quede dinero para seguir y que tenga que volver allí, al sur, lejos de Seúl, para ayudar a mi madre con su trabajo. El señor Pak, Frederick, ya que le gusta tanto Chopin,

me ha dicho que pronto se irá a los States, lo han admitido en una gran universidad, en Rutgers (que se pronuncia «Ruckers», no sé por qué). No me ha ofrecido que me vaya con él y de todas formas, ¿podría hacerlo sin convertirme también yo en una *bitch*? Salomé es ajena a todo eso. Está en una isla, lejos de los ruidos y las tormentas, mi voz es el único hilo que la retiene.

O'Jay iba perdiendo fuerzas. Él, que al principio se abalanzaba hacia la comida cuando Naomi se la tendía con los palillos de madera, ahora apartaba la cabeza. De vez en cuando soltaba ese grito suyo, ese «¡Ppiak!» agudo, pero Naomi oía perfectamente que ya no había alegría en esa llamada, sino más bien algo así como ira y miedo, una pregunta sin respuesta. Para distraerlo, lo estrechaba contra sí y juntos caminaban al pie del edificio, por el jardincito pelado, entre los árboles. Naomi pensaba que quizá reconocería el lugar donde había nacido y que se acordaría de su mamá y de su nido. Pero O'Jay se echaba a temblar en cuanto salían, cerraba los ojos y se acurrucaba contra el cuello de la niña. El mundo era demasiado grande para él, el cielo demasiado blanco, el viento frío le traspasaba el plumón, no tenía fuerza para agarrarse a las ramas que le tendía Naomi, o puede que tuviese miedo de que la niña lo abandonara en un árbol. No había nada que hacer. La auxiliar de veterinaria Nuni le había dicho: «Tarde o temprano tendrás que traérmelo para que lo ayudemos a morir, te lo pedirá él; si lo quieres, tendrás que hacerle ese favor». La vieja Hana no decía nada pero miraba a Naomi con el pájaro apretado contra el pecho, y suspiraba. Con el amor se sufre, pensaba, porque ella había sentido todo aquello cuando se llevó a Naomi lejos del orfanato, era un

compromiso que no se podía traicionar; una vez empieza, hay que llegar hasta el final. Ahora, por las noches, Naomi ya no colocaba a O'Jay en la rama pegada con cinta al lavabo. Lo mantenía pegado al pecho (encima de un pañal para que pudiese hacer caca), hasta que se quedaba dormido. Entonces, por temor a hacerle daño mientras dormía, lo colocaba muy despacito en su percha. Lo escuchaba respirar, nunca se le habría ocurrido que un animal tan pequeño pudiese hacer ruido al respirar, un gritito agudo de tanto en tanto, como si soñara, un silbido muy quedo. Cada minuto que pasaba durmiendo era valiosísimo para Naomi. Ella también se dormía, con un ojo abierto, y tenía sueños muy raros. Soñaba con todas las criaturas que había visto desde su primera infancia, algunas muy tiernas y otras maléficas y temibles. Soñaba a menudo con los dos Dragones en el cielo de Seúl, que cubren la ciudad y el río, y a veces se mueven despacio, uno pegado al otro. Soñaba que echaba a volar con O'Jay y juntos recorrían el campo, por encima de bosques y arrozales, hasta las islas del mar.

A Salomé también le gustaría moverse. Puede que le duelan las escaras de la espalda o que tenga calambres en las piernas. Le doy masajes con cuidado, como aprendí a hacerlo con mi abuela. Presiono los tendones endurecidos y los músculos, con los dedos voy encauzando la sangre y la linfa hacia arriba, muy despacio. El respirador suena como la resaca en los guijarros de una playa, el cardiógrafo suelta pitidos agudos. La enfermera no tardará en llegar, es una mujer pálida de larga melena negra recogida en un moño por debajo del gorro; clava la jeringuilla en el tubo conectado a la vena de la mano derecha de Salomé, introduce el líquido nebuloso que elimina el dolor. «Ahora se dormirá hasta mañana por la mañana.» Cierra las láminas de la

persiana, la penumbra invade la habitación pero los pasillos siguen iluminados con tubos de neón. Me pongo de pie y me dirijo sin hacer ruido hacia la puerta de la habitación.

Esa noche, a Naomi la despertó un ruido, se levantó de inmediato y vio que O'Jay se había caído de la rama. Yacía en el lavabo, encima de la toalla blanca. Estaba de costado, aún vivía, porque se le estremecían las plumas. Naomi lo cogió delicadamente entre las manos y se lo puso contra el corazón mientras murmuraba palabras tiernas. Pero O'Jay permanecía inerte, con la cabeza ladeada y los ojos cerrados. Entonces Naomi se acordó de las clases de primeros auxilios del colegio, le sopló en el pico entreabierto para que recuperase la respiración. «¡Despiértate, O'Jay, te lo suplico!» Al cabo de un rato, O'Jay se despertó, abrió a medias los ojos, fijos en Naomi; pero tenía la mirada perdida, lejana. La niña notó que temblaba, que las alas querían desplegarse otra vez, enseñarle las plumas tan azules para agradecerle. Gritó dos veces su «¡Ppiak, ppiak!», le hubiese gustado lanzar un grito alegre, pero era más bien un grito de dolor, porque la vida se le escapaba del cuerpo e intentaba retenerla en vano. «O'Jay, O'Jay», susurraba Naomi. Le seguía soplando en la boca, le aplicaba un masaje cardíaco a través del plumón. El pájaro se tensó una sola vez, echando la cabeza hacia atrás como si quisiera alzar el vuelo, desplegando las alas en las manos de Naomi. Estaba muerto.

Salomé ya no oye nada. Está en coma desde ayer. El respirador sigue sonando como el mar, inspiración-espriación, con ese ruido cruel. No gritó,

no dijo ni una palabra cuando la vida abandonó su cuerpo. Solo se puso muy blanca de golpe. Intenté salvarla. Volví a darle masajes en las piernas y en los brazos, le soplé en la boca. Ya estaba lejos, cruzando el puente del arco iris como O'Jay. Su cuerpo sigue en la cama del hospital, con el pecho sujeto a la máquina neumática y las muñecas unidas a los tubos que le introducen nubes de olvido lechoso en las venas. Yo creía que su muerte no me afectaría, al revés, que me aliviaría porque me liberaba de su dominio, de su maldad. Pero todo el rencor cesó de pronto; se volvió del revés, como hacía mi padre con los pulpos recién pescados para rematarlos, allá en casa, en Jeolla-do. Salomé debió de ser la única persona a la que le importé de veras en esta ciudad, en Seúl, donde nadie se encuentra con nadie. Quiso que yo viviera por ella, para contarle la vida exterior, me utilizó pero también me protegió. Entonces, se me llenaron los ojos de lágrimas cuando tuve que separarme de ella.

Naomi se quedó toda la noche con O'Jay. Por la mañana, antes incluso de que se despertara su madre, bajó al jardín del edificio, cavó con las manos una tumba en el suelo al pie del magnolio y depositó en ella el cuerpo de O'Jay, tendido de costado, con la cabeza hacia atrás como cuando esperaba que le dieran de comer. No plantó ninguna flor. No pronunció ninguna oración. No sabía a quién dirigir oraciones. El mundo está dormido, hasta los dos Dragones del cielo de Seúl duermen aún, abrazados el uno al otro. Derramó lágrimas en la tierra. Nunca volverá a ser la misma porque sabe lo difícil que es morir, cuando todo el cuerpo y todo el espíritu quieren seguir viviendo; y que hay que gritar, temblar y tensarse antes de que el espíritu se vaya volando hacia el puente de colores maravillosos. Ahora no se le ha olvidado. Todos los días, antes de ir al colegio, o al volver, se detiene delante del

magnolio y habla con O'Jay, le cuenta cómo le ha ido el día, las cosas divertidas o tristes que ha visto, le habla de qué tiempo hace, del sol y del viento, de las flores que van a empezar a abrirse, e incluso de los gusanitos que se retorcerán en los huecos de los árboles como para decir «cómenos, cómenos». Y a veces, oye un aleteo en el cielo, oye gritos agudos y siente que O'Jay no está lejos, que pronto volverá.

Soy Bitna, tengo diecinueve años y estoy sola en esta gran ciudad que es Seúl, bajo el cielo. He conocido a mucha gente y muchas aventuras; algunas me las han contado y otras han nacido de mis sueños, o de mi vida. No fui al entierro de Salomé, a la que al nacer llamaron Kim Se-ri. No estoy segura de que el señor Frederick Pak asistiera. A la familia de Salomé no le cae bien; dice (el propio Frederick me lo confesó un día que le apetecía hablar de sí mismo) que es una *chebi*, un ave vestida de blanco y negro que se aprovecha de los demás y roba todo lo que se pueda robar. Un *gigolò*. A mí me parece que no les falta razón, es un hombre como muchos otros hombres: coge lo que desea y luego se marcha sin mirar atrás.

Camino bajo el cielo de Seúl; las nubes van rodando despacio; en Gangnam está lloviendo; por donde cae Incheon, el sol enciende una gloria y, al norte, la montaña Bukhan emerge de la lluvia como un gigante. Estoy sola, soy libre, voy a empezar a vivir.

*Seúl-París-Seúl,  
de abril a septiembre de 2017*

## **El Premio Nobel de Literatura sorprende y cautiva con una fábula urbana en el corazón de Seúl.**



A los dieciocho años, Bitna llega a Seúl desde la zona rural de Corea de la que procede. El deslumbramiento por la ciudad contrasta con las penurias de vivir junto a una tía y una prima que le hacen la vida imposible, casi como en *La Cenicienta*. Para poder huir, acepta la oferta de trabajo de un misterioso y atractivo librero: inventar historias para Salomé, una joven paralizada por una enfermedad incurable. Así asistimos, por ejemplo, a la historia del señor Cho, un antiguo policía que cría palomas mensajeras en la azotea de un edificio. En primavera, cuando sopla el viento, el anciano suelta a Dragón Negro y Diamante para que lleven mensajes a sus familiares que viven más allá de la frontera de Corea del Norte. Poco a poco, Bitna ejerce un poder insospechado sobre Salomé, que se alimenta del relato de esas vidas ajenas. Hasta que un día descubre que una misteriosa figura la está espiando.

**«Magistral, impregnado de todo el arte narrativo del premio Nobel de Literatura [...], LeClézio demuestra que la literatura no altera el curso de la existencia ni impide que la historia sea trágica. Tan solo permite que pase la luz.»**

Étienne de Montety, *Le Figaro littéraire*

**«Personaje inquietante, esta joven Bitna, cuyas palabras embrujan y cuya existencia flota como un enigma. [...] Una historia perturbadora, una obra proteiforme. A ratos cuento de hadas, a ratos novela de aprendizaje y a ratos un paseo por una ciudad en el fin del mundo.»**

Christine Ferniot, *Lire*

**«Esta novela muestra al autor en su apogeo; mantiene sus temas favoritos, que siguen siendo rabiosamente actuales. Una fábula sencilla pero profunda. Esencial.»**

Claire Lefebvre, *La Voix du Nord*

**«Le Clézio disfruta insinuando más que contando. Lo maravilloso, la magia, toca el nervio de la vida cotidiana de muchos coreanos: en esta Corea, o "país de los espíritus", se acepta que haya cosas inexplicables.»**

Philippe Pons, *Le Monde*

**«La sencillez y la delicadeza se dan cita en esta novela: Le Clézio [...] captura a través de Seúl una miríada de destinos, sin que se le escape lo ordinario de la condición humana.»**

Claire Devarrieux, *Libération*

**«Una declaración de amor a esta ciudad tentacular y, sobre todo, a sus habitantes, encarnados por una auténtica heroína de la compasión.»**

Sébastien Falletti, *Le Point*

**«Le Clézio entreteje la vida cotidiana con las fábulas mientras explora su origen y su misteriosa elocuencia.»**

Nathalie Crom, *Télérama*

**«Le Clézio lo ha absorbido y entendido todo de ese antiguo reino ermitaño, encadenado, áspero y, al mismo tiempo, curioso, sensible y abierto a los demás.»**

Antoine Perraud, *La Croix*

**«Una gran declaración de amor a esta bella ciudad insomne.»**

Clara Dupont-Monod, *Marianne*

**Jean-Marie Gustave Le Clézio** nació en 1940 en Niza. Es uno de los novelistas más celebrados y leídos de Francia, ganador del Premio Nobel de Literatura en 2008. Originario de una familia de Bretaña emigrada a la isla Mauricio en el siglo XVII, Le Clézio realizó sus estudios en Niza y se doctoró en letras por el Collège Littéraire Universitaire. Ya consagrado con su primera novela, *El atestado* (1963), galardonada con el Premio Renaudot, pero incómodo en la vida cultural parisiense y ajeno a las modas literarias, Le Clézio llevó una existencia nómada entre África del Norte, Asia y América hasta recalar, en 1970, en México. Allí fijó su residencia hasta 1992, año en que se trasladó a Albuquerque, Nuevo México, donde hasta hoy trabaja como profesor de literatura francesa. Es autor de más de treinta novelas, entre las que destacan *El diluvio* (1966), *La guerra* (1970), *Mondo y otras historias* (1978), *Desierto* (1980), ganadora del Gran Premio Paul Morand de Literatura de la Academia Francesa, *El buscador de oro* (1985), *Viaje a Rodrigues* (1986), *Printemps et autres saisons* (1989), *Onitsha* (1991), *Étoile errante* (1992), *Pawana* (1992), *La cuarentena* (1995), *El pez dorado* (1997) *La música del hambre* (2008). *Bitna bajo el cielo de Seúl* es su última novela.

Título original: *Bitna sous le ciel de Séoul*

Edición en formato digital: marzo de 2019

© 2018, Éditions Stock

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2019, María Teresa Gallego Urrutia y Amaya García Gallego, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Fotografía de portada: © Richard Koci Hernandez / SlateArt

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-663-4459-3

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

[1] De hecho, SKY es el acrónimo de las tres mejores universidades de Corea del Sur: Seúl, Korea y Yonsei. (Esta nota y las siguientes son de las traductoras salvo indicación contraria. Las traductoras agradecen a Laura Hernández Ramos, traductora de coreano, su asesoramiento para los nombres propios, los topónimos y aspectos de la cultura coreana.)

[2] En Corea existe la superstición de que el temblor de piernas da mala suerte porque es síntoma de mala salud.

[3] «El Sordido» en el original.

[4] Modelo coreano de futón.

[5] «Me parece que el barco se dirige a la isla. / No me parece que el barco se dirija a la isla. / ¿Me parece que se dirige el barco a la isla? / ¿No me parece que el barco se dirija a la isla?»

[6]1. «Rey de todos los tiempos / Alabado seas / Glorioso en las alturas / Aquí estoy para venerarte / Aquí estoy para prosternarme...» (N. del A., en francés en el original.)

[7]2. «Aquí estoy para venerarte / Aquí estoy para prosternarme.» (N. del A., en francés en el original.)

[8] Los *guls* son unas criaturas maléficas de las *Mil y una noches*. Esta denominación está tomada de la traducción al castellano de Salvador Peña Martín (Verbum, 2016).

[9] Tous les Jours es una cadena coreana de panaderías de estilo francés.

[10] En inglés, «arrendajo» se dice *jay*; de ahí el nombre.

megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

Bitna bajo el cielo de Seul

Primera historia narrada a Salomé, abril de 2016

Segunda historia narrada a Salomé, mayo de 2016

Tercera historia narrada a Salomé, julio de 2016

Continuación de la historia del señor Cho y sus palomas, agosto de  
2016

Historia de un aprendiz de asesino, finales de agosto de 2016

Final de la historia del señor Cho para Salomé, finales de agosto de  
2016

Historia de Nabi, la cantante, para Salomé, septiembre de 2016

Historia de los dos Dragones, para Salomé, finales de octubre de  
2016

El paso del puente del arco iris, para Salomé, en el hospital  
Severance, abril de 2017

Sobre este libro

Sobre Jean-Marie Gustave Le Clézio

Créditos

Notas

cada libro, cada volumen  
que ves aquí, tiene un alma  
el alma de la persona que lo escribió  
y de aquellos que lo  
leyeron, vivieron y soñaron con él.

